

MIL

Revolución hasta el fin



**Revolución
hasta el fin**

Revolución hasta el fin

MIL

Reapropiación
EDICIONES

Colección Herejías

Revolución hasta el fin

MIL

Reapropiación Ediciones
reapropiacionediciones@gmail.com
www.reapropiacionediciones.noblogs.org

Segunda edición: mayo 2019

ISBN: 978-84-948884-2-7
Depósito legal: AS-01398-2019

Impreso en Book Print Digital. Hospitalet de Llobregat - Barcelona

Agradecemos a Sergi Rosés su ayuda en la transcripción del texto, así como sus sugerencias.

Alentamos la difusión y reproducción total o parcial de este libro bajo cualquier medio.

ÍNDICE

Presentación	9
Prólogo	19
Primera Parte	21
1. Adecuar los viejos conceptos a las nuevas realidades	23
2. El concepto de mercancía	30
3. La misión histórica del proletariado	38
4. El concepto de proletariado	44
5. Conciencia de clase y revolución	51
6. La ideología es el opio del pueblo	58
Segunda Parte	67
7. La crisis mundial del capitalismo	69
8. La contradicción fundamental del capitalismo, hoy	81
9. Sociedad tecnocrática y autoritarismo	95
10. Los países mal llamados «comunistas»	106
Tercera Parte	121
11. La revolución mundial de los consejos obreros	123
12. El proyecto revolucionario	135
¿Qué vendemos? ¡¡Nada!!;	
¿Qué queremos? ¡¡Todo!!	146

PRESENTACIÓN

Las décadas de 1960 y 1970 fueron un período marcado por una oleada internacional de luchas que azotaron el mundo capitalista. Pocos países se libraron de las convulsiones sociales que ponían en jaque el orden del viejo mundo. La clase dominante, es decir, la burguesía, veía como regresaba a la escena histórica el viejo sujeto de la revolución: el proletariado. Rompiendo con la alienación y la brutalidad a la que le somete el reino de la producción y circulación de mercancías, la masa de los esclavos modernos se alzaba de nuevo tras décadas de sumisión, para rebelarse contra las condiciones existentes. De Argentina a la Unión Soviética, de Japón a Estados Unidos, de Sudáfrica a Italia, de China a Uruguay pasando por Argelia... la llama de la rebelión irrumpía en el seno de la necrosis cotidiana. La intensidad y virulencia, así como los niveles de organización y determinación de esa confrontación mundial, fueron diferentes en cada lugar, pero su esencia y perspectiva fue la misma: abolir la sociedad de clases.

Con diferentes niveles de autonomía, ese vasto movimiento cristalizó y consolidó un rico proceso organizativo que rompió la correa de los partidos, los sindicatos y demás organizaciones que nos atan a nuestros amos. En ese proceso se inscriben evidentemente toda una serie de grupos y militantes que se mostraron como los más decididos y como los que con mayor claridad percibieron e impulsaron el desarrollo de los acontecimientos. El MIL fue uno de esos grupos.

Desarrollando principalmente su marco de actuación en España, el MIL fue un episodio organizativo en el que confluirán y parti-

ciparán proletarios provenientes fundamentalmente —no exclusivamente— de cuatro ámbitos. Algunos provenían de rupturas con la extrema izquierda del capital, especialmente del grupo Acción Comunista, otros venían de grupos y experiencias de luchas, como Vive la Commune, otros en ruptura con ccoo, y finalmente algunos militantes que participaban en la librería La Vieille Taupe.

Esto merece un paréntesis para explicar algunas cosas. Para nosotros el MIL no fue una simple firma con la que se reconocían ciertos militantes. Nuestra concepción de la organización va mucho más allá y nada tiene que ver con la de los formalistas —o informales— organizativos. El rígido esquema organizativo característico del mundo de la separación no puede comprender la riqueza y complejidad del asociacionismo proletario y su crítica práctica de la separación. De ahí que muchos se escandalicen cuando, en el caso que nos ocupa, nosotros veamos la constitución del MIL antes de que estampe por primera vez esa firma en algún lado, o que por otro lado consideremos militantes de dicho grupo a personas a las que nadie les dio el «carnet de la organización». Se comprende entonces que cataloguemos, por ejemplo, *El movimiento obrero en Barcelona*, como un texto del MIL, pese a que sabemos que dicho texto fue elaborado y editado cuando la firma del MIL aún no existía. O que igualmente afirmemos que un militante de La Vieille Taupe como Jean Barrot no solamente militó en dicho grupo, sino que fue un militante central¹. Evidentemente el especialista de la separación se indignará y tachará de falsificador este proceder pues en su mundo estático no hay sitio para las *fantasías dialécticas* que todo lo mezcla y lo pervierte, tanto en el tiempo como en el espacio. Pero no es su opinión la que nos interesa. Precisamente esta cuestión es la que más equívocos y dificultades plantea, no sólo para compren-

1. Con esto queremos además contraponernos a todas las pseudocríticas que desde ciertos sectores se lanzaron y se lanzan contra Barrot por su balance crítico de la trayectoria del MIL.

der la historia del MIL y sus aportes, sino cualquier proceso organizativo del proletariado, especialmente el que tiene que ver con la organización de las minorías revolucionarias. Es partiendo únicamente del proceso real como podemos enriquecernos de la experiencia del MIL en tanto que un producto secretado por la lucha de clases para tratar de asumir en su seno toda una serie de tareas. El propio MIL supo sintetizar de manera impecable el asunto con una pequeña afirmación muy conocida pero muy poco comprendida: «la organización es la organización de las tareas».

Dicho esto, lo que a nosotros nos acerca al MIL y nos interesa rescatar de esa rica experiencia es precisamente lo que lo caracterizó y diferenció de todo el entramado de grupúsculos izquierdistas que existían en España y en el mundo en esa época. Y esa diferencia no fue otra que la de asumir toda una serie de tareas que la lucha revolucionaria exige —reapropiación programática, agitación, elaboración y difusión de materiales, formación teórico-práctica, impulso del asociacionismo, acciones, etc.— comprendiendo siempre la dinámica de conjunto que las unía, jerarquizaba en importancia y las orientaba: el comunismo. El MIL no difiere en nada de cualquier otro grupúsculo si esquivamos esta realidad. No son las acciones armadas, los atracos, los libros, la biblioteca... en sí lo que hace al MIL inscribirse en el accionar de las minorías revolucionarias que han existido a lo largo de la historia. Podemos repasar toda la historia y veremos que muchos grupos han hecho esas mismas cosas, juntas o por separado, pero para defender cualquier cosa. Un libro es un libro pero su contenido y lo que lo engloba lo hace diferente de otro. De la misma forma atracar bancos para sobrevivir es indudablemente una práctica respetable, pero adquiere otra dimensión si se enmarca dentro de las tareas de la revolución —como financiar proyectos subversivos— o si se enmarca en la contrarrevolución —financiar todo lo contrario—. Lo que importa es, pues, el proyecto social que materializaba el MIL, las posiciones teórico-prácticas, la praxis que se defendía y que exigía y daba contenido

a esas tareas que desplegaba como medio para asumir la defensa del comunismo en tanto que movimiento de supresión de las condiciones existentes. Como decían en las Ediciones Mayo 37:

Entendemos que aniquilar todas las mistificaciones del Capital, vengán del Estado, del PC o de los grupúsculos, **es una práctica comunista. Que esto se haga por medio de la palabra o el acto responde a las necesidades de cada momento y de cada circunstancia**².

Efectivamente, poniendo en el centro de su práctica la crítica unitaria del capitalismo, la denuncia del reformismo y la socialdemocracia en sus diversas variantes—leninismo, trostkismo, maoísmo, «anarquismo»...— y de sus organizaciones, la contraposición a la ideología, recuperando y reafirmando cuestiones invariables de la revolución, la práctica del MIL se inscribe en la lucha histórica de las minorías revolucionarias por tumbar la sociedad de clases. No hace falta insistir en la importancia de fortalecernos con su experiencia.

Evidentemente la vida del MIL se encontró, como ha pasado en todas las épocas y lugares, con límites y contradicciones que tensionaron constantemente esa experiencia. La autonomización de tareas que siempre arrastró el grupo es el resultado de una contradicción que se manifestó entre sus dos proyectos fundamentales: la biblioteca—impulsado principalmente por el denominado Equipo Teórico—encargado de la profundización, estudio y difusión de materiales revolucionarios y que tendrá su corolario en las Ediciones Mayo 37; y la denominada agitación armada—impulsado por el denominado Equipo Exterior—, que bajo la forma de expropiaciones al principio, servirá como financiación al proyecto de la biblioteca y a las ediciones³. Será precisamente este proyecto—el de la agitación armada—, el que se irá «liberando» cada vez más

2. Subrayados de la editorial.

3. Había otro sector denominado Equipo Obrero debido a su mayor relación y actividad en el seno del mundo laboral.

de aspectos fundamentales que despreciaba como mera «teoría», queriendo dar un salto cualitativo en el tema de las armas. Mientras tanto, el resto veía cada vez más difícil mantener en la coyuntura existente en España el proyecto de la biblioteca, al que daban prioridad, vinculado al de las armas. La imposibilidad de continuar juntos se impuso, y la autodisolución fue comprendida de forma lúcida por el sector más ligado a la biblioteca que lo representó en una viñeta incluida en el nº2 del CIA⁴, que escenificaba un encuentro sexual—aunque no es correcto calificar a un sector de práctico y al otro de teórico como se expresa en dicha viñeta⁵. Esa viñeta explica mucho mejor la autodisolución que el propio comunicado. De la misma forma en una circular interna meses antes de la autodisolución, el «Equipo Teórico» hacía un pequeño balance.

El Equipo Exterior se había vuelto militarista y se abstenía de formulaciones políticas, debido a una situación y unas experiencias concretas. El Equipo Obrero se había vuelto inmediatista, eficientista, pragmático y se conformaba con salir del paso en un problema técnico o de aparato. El Equipo Teórico, aunque reducidos a nuestro papel de «revolucionarios separados» prevé (así como parte del Equipo Exterior) el proceso de unificación de todos los Equipos y considera que tal proceso puede centrarse en torno a las aportaciones de Hasta el fin⁶.

Este sector comprendió que un pequeño grupo de militantes no puede solucionar en su interior—más que ideológicamente, es de-

4. El CIA (*Conspiración Internacional Anarquista*) fue una publicación firmada como MIL (desarrollando además las siglas por primera vez como Movimiento Ibérico de Liberación) iniciada unilateralmente por una parte del Equipo Exterior y que creó un gran malestar en el resto de miembros del MIL, especialmente por el contenido, hasta el extremo que llegaron a negarse a distribuirla. No hacía más que escenificar la contradicción en auge en el interior del grupo. Se sacó un segundo y último número para «compensar el anterior» en el que entre otros artículos se publicaría el comunicado de autodisolución.

5. Ver viñeta en la p. 18.

6. Circular interna del MIL titulada «Notas para el análisis de conjunto de nuestra tendencia y sus perspectivas», abril de 1973.

cir en el mundo de lo falseado—lo que es un problema general de su clase, del propio desarrollo de la lucha social, del cambio de la correlación de fuerzas en favor de la revolución. Hay que reconocer junto al MIL que la unidad de la diversidad de tareas teórico-prácticas no viene dada en lo inmediato, sino en el proceso global. La voluntad de un puñado de revolucionarios por sí misma no puede reemplazar a ese proceso de transformación más que en el mundo de lo ficticio. Por eso es fundamental saber jerarquizar las tareas del momento, saber priorizar y percibir lo que el movimiento necesita y posibilita atendiendo a la correlación de fuerzas entre clases. Y la única garantía frente a la especialización y la autonomización es luchar por mantenerse siempre en la defensa de las necesidades e intereses, tanto generales como históricas de la lucha. La represión que llegó acto seguido de la auto-disolución enturbió el proceso subsiguiente del MIL. Lo que es evidente es que el sector pro-lucha armada liberado de la carga de la biblioteca pudo dedicar todos sus esfuerzos en esa dirección, y el sector de la biblioteca intensificó su actividad con las Ediciones Mayo 37.

Sobre *Revolución hasta el fin*

Desde hace años existe una gran cantidad de material sobre el MIL. La gran mayoría es mera literatura sin valor alguno que sigue el rastro de un mito, la rentabilidad política o económica, o por qué no, todo al mismo tiempo. Por supuesto que hay trabajos que han escapado a esta línea y se colocan abiertamente en nuestro terreno. Entre estos últimos no podemos dejar de recomendar para profundizar en la experiencia del MIL el libro de Sergi Rosés, *El MIL: Una historia política*⁷.

7. Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002. La editorial Klinamen publicó también en marzo de 2014 un libro interesante al respecto: *El 1000 y la OLLA. Agitación armada, formación teórica y movimiento obrero en la España salvaje*.

Nuestra intención con la publicación de este texto es evidentemente una contraposición a toda esa literatura, pero al mismo tiempo se trata de dejar que el mismo MIL se contraponga a ella por medio de uno de sus textos más ambiciosos, *Revolución hasta el fin*, que no fue publicado en su época. Probablemente porque no estaba considerado como texto acabado y había muchos aspectos que no terminaban de convencer⁸. Sabemos que circuló mucho al interior del MIL, que se discutió, que se tomó como el eje de unificación del MIL y también conocemos que se quería purificar para publicar pero finalmente se abandonó por otras tareas.

Por lo tanto hay que comprender este límite que ellos mismos percibieron y que les llevó a esa decisión. En la lectura se puede observar esta realidad en posiciones y pasajes que se presentan bastante desplazados en comparación con otros. De hecho hay que tener en cuenta que este mismo texto es un momento del proceso de afirmación de toda la ruptura que el MIL desarrollaría respecto a las viejas ideologías del enemigo, afirmación que fue profundizando, mejorando y clarificando. Por este motivo, vemos pertinente que nuestra edición sea una edición crítica, con la inclusión de notas críticas o aclaratorias. Evidentemente esto lo hacemos siempre en los casos más cualitativos, en los que pensamos que no podemos dejar pasar tal o cual afirmación sin decir nada pues la consideramos una concesión al enemigo y sin la pertinente crítica participaríamos en la misma, o bien porque vemos necesaria alguna aclaración.

Aclarado esto hay que subrayar la riqueza que contiene el texto y que es lo que nos impulsa a publicarlo. Aunque tenga pasajes envejecidos y algunas posiciones con las que no estamos de acuerdo,

8. No podemos confirmar que no se haya realizado alguna pequeña tirada en la época, pues hay testimonios contradictorios al respecto de militantes del MIL. Lo que sí podemos asegurar es que, si hubo alguna tirada, fue muy reducida.

para nosotros no hay duda de la importancia, vigencia e invariabilidad que contiene a nivel general.

El contexto en el que se escribe este texto no sólo evidencia la crisis social del capitalismo en las décadas 1960 y 1970, sino el estado de quiebra de una de las ideologías socialdemócratas más nefastas de la historia: el leninismo. Así, mientras se generalizaban las luchas y las rupturas de clase en todo el mundo, los partidos autodenominados «comunistas» adquirían un descrédito generalizado. Fenómenos como el grupuscular (escisiones continuas de partidos comunistas) o el guerrillerismo llegaban al sùmmum en esas décadas y era una prueba evidente del agotamiento de los PC oficiales en su intento de reprimir la acción proletaria en todo el mundo. Cada vez estaba más claro en todas partes el papel que jugaban los países del «Este» en la represión mundial de las luchas proletarias⁹. Toda una serie de apoyos críticos tomaban fuerza para destruir la ruptura (trotskismo, maoísmo, guevarismo...) y afirmar la reforma. En todo este contexto, *Revolución hasta el fin*, arroja luz colocándose en la línea histórica de la praxis revolucionaria intentando ahondar en la ruptura programática entre la práctica revolucionaria del proletariado y las expresiones burguesas que tratan de reprimirla y atraparla en el lazo socialdemócrata. Como se comprobará es cierto que a veces hay toda una terminología confusa y algunas posiciones que todavía están influenciadas por concepciones socialdemócratas, pero hay que tener en cuenta que el texto no representa una conclusión, sino un momento de la ruptura con esas concepciones.

Sus posiciones sobre la mercancía, la socialdemocracia, el proletariado, la crisis capitalista, la ideología, la revolución y sus tareas, el comunismo... se inscriben en los esfuerzos del proletariado

9. Recordemos un ejemplo luminoso de la gran connivencia entre las esferas de capital: el comercio de carbón entre la Polonia «socialista» y la España «fascista» para combatir las huelgas mineras en España en 1962 y 1963.

por retomar las posiciones históricas de la revolución. El MIL fue, ante todo, eso, y pese a sus límites, el texto *Revolución hasta el fin* es una de las formas bajo las que materializó y nos transmitió ese esfuerzo que sigue siendo en la actualidad una necesidad ineludible. Sólo por ello merece salir de la oscuridad.

Algunas aclaraciones técnicas

El texto *Revolución hasta el fin* se hallaba completamente desaparecido y nos fue imposible conseguir un ejemplar impreso o una transcripción informática. Únicamente conseguimos un viejo borrador escaneado del que no podemos asegurar que sea la última versión escrita por el grupo. Debido al estado deteriorado del borrador, que contenía numerosas partes ilegibles, tuvimos que hacer una laboriosa labor de transcripción, revisión y corrección hasta tener el texto definitivo. Esperamos la indulgencia del lector en el caso de haber cometido algún error.

REAPROPIACIÓN EDICIONES

Diciembre de 2015



VENDRÁ UN MOMENTO EN QUE "LA TEO-
RIA Y LA PRACTICA SE EN-
CONTRARAN DE VERDAD..."

PRÓLOGO

Barcelona 1970-71

Cuando la revolución no se plantea con pleno radicalismo, hasta el fin, el movimiento revolucionario no logra conseguir sus auténticos objetivos. La lucha internacional de la clase está rompiendo con los viejos moldes teóricos, políticos y organizativos: las recientes experiencias del movimiento obrero en España ponen de manifiesto también este ajuste de cuentas con los viejos mitos y dogmatismos, condición indispensable para el único planteamiento auténticamente revolucionario, para la revolución hasta el fin.

El presente texto no se limita a plantear de forma explícita una situación de ruptura del movimiento obrero con respecto a los pasados errores, sino que se propone provocar nuevas formulaciones revolucionarias en el terreno mismo de la lucha y mantener a todo lo largo del proceso una actitud eminentemente crítica. Planteamos aquí la compleja y heterogénea problemática de la lucha de clases: los nuevos conceptos, las mismas realidades, el proyecto revolucionario (el auténtico...). Los revolucionarios deben llevar estas cuestiones tan fundamentales hasta el fin.

Este escrito no se limita a solucionar problemas, a sugerir enfoques nuevos, y a suscitar nuevas formulaciones revolucionarias: pretende mantener en todas estas cuestiones una exigencia crítica fundamental. En cierta forma, puede decirse que éste es un texto significativo dentro de una «etapa transitoria» del proceso revolucionario: etapa que puede y debe superarse definitivamente, atacando la raíz de las cuestiones, yendo en ellas hasta el fin.

Hemos recurrido para este estudio: al bagaje teórico clásico, así como a una serie de aportaciones que han clarificado su alcance y sentido real: las obras fundamentales de Marx y Engels, en especial

La ideología alemana, los *Grundrisse* y la primera parte de *El Capital*, *El Estado y la revolución* de Lenin, *La revolución traicionada* de Trostsky, *La acumulación del capital* y *Marxismo contra dictadura* de Rosa Luxemburgo, *Historia y conciencia de clase* de Georg Lukács; publicaciones de clásicos como Paul Lafargue, Karl Kautsky, Rudolf Hilferding, Max Adler, Amadeo Bordiga, Antonio Gramsci, Anton Pannekoek, Herman Görter, Otto Rühle, Anton Ciliga, Tomori, etc.; revistas como *Socialisme ou Barbarie*, *International Situationniste*, *Arguments*, *Autogestion*, *Anthropos*, *Cahiers Spartakus*, *Invariance*, *Cahiers du Communisme des Conseils*, *Sozialismus-Politik*, *Informations Correspondance Ouvrières*, etc.; autores actuales como Henri Lefebvre, Lucien Goldmann, Edgar Morin, Pierre Naville, Ernst Mandel, Daniel Guérin, Jack Kuron, Karol Modzelewski, etc.; es decir, un amplio abanico de aportaciones críticas a ampliar en forma permanente hasta el fin.

El bagaje crítico que implica todo nuestro estudio de la compleja problemática revolucionaria actual no se presenta como algo infalible y plenamente coherente, puesto que constituye la trama de un estudio que no se considera como completo y acabado, como definitivo y exhaustivo, sino que quiere ser fundamentalmente un punto de partida más que un punto de llegada; nuestro intento es el de reflejar críticamente el grado de conciencia presentado por el movimiento obrero en las últimas luchas, aquí y hoy. Este escrito es sólo el inicio, vinculado al momento actual del movimiento obrero y a sus exigencias críticas. Sin embargo, la lucha continua: hasta el fin.

I Parte



ADECUAR LOS VIEJOS CONCEPTOS A LAS NUEVAS REALIDADES



Toda teoría revolucionaria ha de ser adecuada a unas realidades diversas y cambiantes —a distintos tiempos, a distintos países— y ha de tener en cambio una unidad interna. Es que el concepto de revolución implica una dialéctica continua entre dos polos: la teoría y la acción implica un continuo pasar del uno al otro, o, mejor, una interacción constante entre ambos. Es lo que Marx entendía por praxis. Es inevitable un desfase entre un marxismo auténtico que no nos queda más remedio que ir a buscar a sus mismas fuentes y el mundo del último tercio del siglo xx. Marx vivía en un capitalismo de mercado y libre competencia, con una burguesía racionalista y avanzada, con la aparición en escena de un proletariado del que aún era muy difícil saber el porvenir. No podía imaginarse fenómenos como la Alemania de Hitler —capitalismo irracionalista—, la URSS de Stalin —pretendida heredera del legado marxista y «patria del proletariado»—, los USA de Nixon —imperialismo monopolista, sociedad del «bienestar» o sea del consumo de masas, amparado en la Guerra Fría, en el mantenimiento de guerras calientes y en el «miedo atómico»— o la contradictoria España de Franco, hoy en el momento más significativamente confuso de los últimos treinta años. Por ello, el movimiento revolucionario se halla permanentemente, no sólo en peligro de desfallecer, sino también de desviarse. Existen dos clases de desviación que marcan dos posibles dimensiones entre las que se debate toda teoría revolucionaria:

1. Modernismo: Considerar completamente envejecidos los criterios de Marx en el terreno de la teoría revolucionaria, completamente nuevas las realidades que vivimos, completamente inadecuados unos a otras, dos mundos distintos, dando al desfase un calor de salto cualitativo.
2. Arcaísmo: Considerar todo lo contrario, creer que nada ha cambiado desde que Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista*, negar la existencia de un desfase entre el manifiesto de 1847 y la realidad mundial de 1971.

Maximalismo y minimalismo en la interpretación de Marx

Hay que reconocer que hay ya en la obra de Marx toda una serie de ambigüedades que presentan frecuentemente un carácter contradictorio; tales contradicciones internas sólo pueden ser superables mediante la valoración del papel de un determinado texto dentro del conjunto de la obra de Marx, del momento en el que Marx lo escribió, posibles influencias exteriores, motivaciones tácticas, etc. Es decir, a través de una interpretación. Esquemáticamente podemos decir que tal interpretación será de carácter maximalista (arcaísta) o de carácter minimalista (modernista) en todos y cada uno de los puntos controvertidos de la obra de Marx.

Es lógico que ya en vida de Marx, surgieran desviaciones arcaístas y modernistas en el seno del movimiento obrero:

1. La aparición del revisionismo en Alemania (programas de Gotha y Erfurt patrocinados por Lasalle, especialmente la obra teórica de Bernstein) fueron una muestra histórica de «modernismo» en pleno siglo XIX.
2. La reacción frente a la propagación oportunista del revisionismo fue una acentuación «arcaísta» del dogmatismo (en oca-

siones por puro oportunismo también: puede decirse que tienen tono arcaísta-dogmático los últimos escritos de Engels, la crítica a Bernstein por parte de Kautsky y la posición consecuente tomada por la socialdemocracia alemana, posición que fue heredada y acentuada por Plejanov y por los bolcheviques rusos que elevaron este dogmatismo a extremos inimaginables, especialmente a partir de la toma del poder de Estado por parte del partido y del mantenimiento del Estado en sus manos).

Arcaísmo y modernismo, hoy

Actualmente los *Sumos Pontífices* del mal llamado «izquierdismo» —trotskistas y maoístas en general, intelectuales a lo Althusser— para criticar sistemáticamente el derechismo de los PC con el secreto deseo de suplantarles el día de mañana en su monopolio del marxismo, necesitan encerrarse en un maximalismo-arcaísta que les impide el planteamiento eficaz de los problemas revolucionarios reales del mundo moderno; en cambio los *Sumos Pontífices* del reformismo (PC y partidos políticos a su derecha) sólo pueden justificar su práctica política con una interpretación minimalista-modernista que es en realidad una ruptura absoluta con la tradición marxista en nombre de nuevos enfoques, nuevas técnicas, nuevos horizontes, etc.

Los PC conservan junto a su ideología reformista los restos de la ideología dogmática izquierdista de un pasado casi olvidado, que utilizan para las disputas entre grupos, para reafirmarse como monopolizadores absolutos del izquierdismo frente a quienes intenten disputarles tal monopolio. En realidad pues, quienes verbalmente son más dogmáticos son en la práctica los más revisionistas; el debate tradicional pierde con ello todo sentido. Por ejemplo, no tiene sentido la oposición entre Líster (arcaísta-dogmático) y Carrillo (modernista revisionista) ya que los

dos son en el fondo lo mismo, dogmatismo verbal y revisionismo en la práctica; o bien, apenas tiene sentido una crítica dogmática de China a la URSS tachándola de revisionista, como si la propia práctica política de China no fuera revisionista. El debate tradicional ya no tiene sentido salvo para poner en claro, si es que hacía falta, el dogmatismo de los revisionistas y el revisionismo de los dogmáticos.

Hay muchas maneras de intentar suavizar el arcaísmo con correcciones modernistas, o al revés: hay arcaísmos revisados —pero más arcaístas que revisados—, modernismos dogmatizados, conatos de izquierdismo modernista, de reformismo arcaísta, etc.

El marxismo creador, en su intento de enfrentarse a quienes han fundido de modo oportunista dogmatismo y modernismo (PC, grupúsculos izquierdistas, etc.) ha de mantenerse entre este doble polo arcaísta y modernista: si se encierra en el arcaísmo se condena a ser inadecuado, si se encierra por el contrario en el modernismo se condena a ser infiel a sus propios principios. Aquí trataremos de ser arcaístas y modernistas al mismo tiempo, fieles a los principios y adecuados a las nuevas realidades; pero no se trata de establecer un término medio entre dos desviaciones sino de reemprender una dialéctica constante entre estas dos dimensiones inevitables del pensamiento revolucionario, dejando que sea la práctica en último término quien sitúe adecuadamente todas y cada una de las cuestiones fundamentales¹⁰.

10. Para nosotros toda esta forma en la que aborda el MIL el tema de la teoría revolucionaria y algunas de sus desviaciones ideológicas, utilizando los conceptos modernismo y arcaísmo, es muy confusa al no partir del eje central de la vida misma del proletariado y sus determinaciones. Partiendo de esto último podemos captar claramente la contraposición entre la teoría revolucionaria y todas las desviaciones ideológicas (marxismo incluido), entre la primera como producto de la lucha del proletariado y todos esos que nos la presentan como creación de ciertos individuos iluminados.

Liberar el presente del pasado

Además de todos los frenos exteriores que comporta la lucha de clases, los revolucionarios se sienten normalmente trabados por una serie de frenos internos: no sólo por las condiciones objetivas sino también por las condiciones subjetivas. Falta de imaginación, sentido histórico de las nuevas realidades, falta de capacidad de oponer nuevas formas de lucha a la nueva fisonomía adoptada por el mundo explotador-alienante contra el que se lucha. Y esta falta de imaginación no debe atribuirse sólo a una voluntaria ceguera de los revolucionarios, al carácter rutinario de sus organizaciones, a insinceridades, «traiciones», etc. La raíz de esta falta de imaginación y de puesta al día radica en el lastre del pasado que todos arrastran un poco, por revolucionarios que sean, en su incapacidad por liberar el presente del pasado.

Esto se constata en toda la historia del movimiento revolucionario. Los revolucionarios de la Comuna de París de 1871 pretendían estar repitiendo el levantamiento de 1848 cuando en realidad estaban haciendo algo nuevo, completamente distinto. Con anterioridad, puede decirse que los levantamientos revolucionarios europeos de 1848 pretendían repetir la revolución francesa de 1789-1815 (especialmente el periodo 1792-1794) pero en realidad hicieron algo nuevo; que la revolución francesa pretendía a la revolución inglesa de Cromwell, y que ésta seguramente se inspiraba también en ejemplos del pasado, etc. Pero la historia no se repite y si se repitiera ya no sería historia.

Posteriormente a la Comuna de París, hay que decir que la revolución rusa y la consigna de Lenin «Todo el poder para los Soviets (para los consejos obreros)» así como su afirmación de que la

Esto no quiere decir, evidentemente que no haya militantes muy importantes (Marx, Bakunin...), pero que son creados por la propia lucha.

postura auténticamente revolucionaria es la de eliminar el Estado —segunda parte de su librito *El Estado y la revolución*— decía inspirarse y querer repetir la Comuna de París; todos sabemos que la revolución rusa de 1917 desembocó en el fortalecimiento del Estado y no en su abolición. Pero también los sistemas de consejos obreros de las revoluciones alemana y húngara, que no «traicionaron» su inspiración auténtica en la Comuna de París y en su negación del Estado, aportaron algo distinto y nuevo a la concepción revolucionaria de la organización de clase y sus formas de lucha (consejos obreros).

La historia continúa; la revolución china se presentó como una «larga marcha» del ejército rojo para llegar hasta tomar la capital: durante esa larga marcha (1934-1949) se proclama nada menos que «repúblicas soviéticas» a las zonas de apoyo del ejército popular. La guerrilla de Fidel Castro empezó como una ofensiva de un ejército popular y acabó siendo una experiencia nueva, una guerrilla. Los latinoamericanos han tratado repetidamente de instalar en sus propios países la estrategia guerrillera cubana en vez de liberar el presente del pasado.

Si aquí hablamos, pues, de arcaísmo y de modernismo y consideramos insuficiente dicho arcaísmo, no es pues que nos apuntemos al modernismo para estar más de moda por la frivolidad de estar al día. Lo que en el fondo se debate en el enfrentamiento arcaísmo-modernismo es el problema de la teoría y la acción revolucionaria: cómo liberar el presente del pasado. Esto, como hemos visto, no basta con decirlo: exige un esfuerzo constante de imaginación para liberar el presente del pasado, para reinventar sus estrategias sin quedar limitados por los esquemas mentales de un pasado que todos arrastramos con nosotros.

El problema de la teoría revolucionaria es, en cierta manera, el problema de su innovación permanente; el problema de la acción revolucionaria es el de luchar por un «hombre nuevo» y una socie-

dad nueva y el de adecuar a la novedad de los fines la novedad de los medios, de las formas de lucha. Es cierto que es posible llevar a cabo experiencias nuevas creyendo que estamos repitiendo la historia y hacer revoluciones impensables sin tener conciencia subjetiva de que se está haciendo historia, algo nuevo. Pero en la medida en que ésta puede volverse contra los revolucionarios —antes, durante y después de la revolución—, en la medida que puede constituir tanto un freno real como una recuperación del movimiento revolucionario por parte de la burguesía, hay que exigir de todos y cada uno de los revolucionarios un esfuerzo permanente y obstinado para liberar el presente del pasado; los auténticos revolucionarios no pueden ser conservadores ni de su propio «revolucionarismo».



2

EL CONCEPTO DE MERCANCÍA

El capitalismo, reino de la mercancía

Si, en definitiva, en todos los modos de producción de la historia humana el factor económico ha sido el elemento determinante de toda superestructura (Estados, leyes, política, ideas, etc.), en el modo de producción capitalista este factor se presenta en toda su rudeza y descaro. El capitalismo se rige por las leyes de intercambio, del mercado —real o ficticio—, del valor de uso y del valor de cambio, etc. y por ello lo definimos como «reino de la mercancía», de lo que puede comprarse, venderse o intercambiarse. Decimos «reino de la mercancía» porque, bajo el cetro del capitalismo y de sus leyes de librecambio, todo se trastoca viéndose forzado a convertirse en «mercancía», expuesta en el mercado con vistas a la venta, con un precio, condenada a ser comprada a cambio de dinero por quienes tienen en sus manos el oro, el dinero, la moneda, la riqueza...

Así por ejemplo, el Arte —que en el período feudal es ejercido de forma más o menos anónima y colectiva— pasa a ser, desde la aparición del elemento burgués en las ciudades de la Baja Edad

Media, un objeto (cuadro, novela, etc.), una mercancía con un autor vendedor, un precio, una mercancía en venta a cambio de dinero.

Todo esto no quiere decir que el feudalismo fuera algo mejor cuyo regreso deseáramos, ni tampoco lo contrario, que el capitalismo comporte humanamente un progreso real. Decir «mejor» o «peor» es dar una opinión personal que, como tal, no admite verificaciones científicas.

Diremos pues, para hablar con mayor exactitud: en el modo de producción capitalista el factor económico no se limita a jugar —como en todo modo de producción— un papel a nivel infraestructural, sino que interviene a nivel estructural —la sociedad se estructura de acuerdo con el concepto de mercancía e intercambio— o incluso a nivel supraestructural, configurando una forma política de Estado, presidiendo la política y las leyes, constituyéndose en ideología dominante («La clase de ideología dominante es la ideología de la clase dominante»).

El fetichismo de la mercancía

Cuando el poder del dinero pasa de influir en el comercio y la industria a constituirse en ideología dominante, aparece el fenómeno del fetichismo: fetichismo del oro, del dinero, fetichismo de la mercancía. La palabra fetichismo equivale a grandes rasgos a idolatría: el dios de los capitalistas es el oro, el dinero, la mercancía en definitiva, y como tales dioses los adoran y exaltan, predicán la religión del oro-dinero-mercancía. En el capitalismo la mercancía es infraestructura y superestructura porque viene a ser la tierra y el cielo de los capitalistas, la realidad sobre la que pisan y la salvación a la que aspiran.

El primer gesto que expresa en la práctica este amor por la mercancía es el régimen de propiedad privada y el mantenimiento de

dicha propiedad privada a través de los tiempos mediante la ley de la herencia. La propiedad, especialmente cuando no se limita a los bienes de consumo sino que llega a abarcar los medios de producción (fábricas, minas, tierras...), es un elemento infraestructural regulado por unas leyes; el fetichismo que lo provoca y lo «justifica» es en cambio un elemento superestructural decisivo, toda una visión del mundo.

Profundicemos más este concepto de fetichismo: su rango esencial es la llamada «cosificación universal». Para el capitalista todo tiene un precio, todo puede comprarse o venderse, todo es mercancía, todo es cosa manipulable, todo es objeto de intercambios mercantiles.

Cuando se dice que el capitalismo cosifica elementos de la realidad antes no cosificados, no sólo quiere indicarse que los convierte en mercancía objeto de intercambio, sino que al hacer esto modifica sus estructuras internas. Por seguir con el ejemplo del arte: el artista anónimo y a menudo colectivo cede el lugar al artista individual; éste ya no hace poemas épicos que van a pasar de boca en boca como propiedad colectiva, obras pictóricas anónimas —los característicos frescos medievales—, sino que tanto el escritor como el pintor han de dar forma de «cosa» a su creación (el pintor lo hace mediante la pintura sobre tela que se presenta al público bajo la forma de cuadros en los que la creación está encajonada por un marco cosificador; el literato lo hace a través del invento de la novela, forma cosificada de hacer literatura a través de cuya evolución podríamos seguir la evolución del capitalismo). Pero no es sólo el arte, por supuesto. El fetichismo de la mercancía y la inseparable cosificación que comparte afecta profundamente a:

1. Las relaciones del hombre con la naturaleza: el hombre convierte la naturaleza en «cosas», en productos manufacturados.
2. Las relaciones interpersonales del hombre con sus semejantes: se habla de «contrato social», las relaciones interper-

sonales se convierten en contratos mercantiles. El matrimonio por ejemplo, es un contrato de propiedad privada del hombre sobre la mujer cosificada, propiedad que implica una posesión exclusiva, y para ello es corriente hablar de «fetichismo erótico», «comercio sexual», de matrimonio como forma cosificada de relación entre sexos, etc.

3. Las relaciones de producción: es decir, la alienación-cosificación del trabajo humano.

Alienación del trabajo asalariado

Tampoco el trabajo humano ha escapado al poderoso dominio de la mercancía. En el esclavismo, el hombre —el esclavo— era un objeto de propiedad privada que se compraba y se vendía en los mercados de esclavos. En el capitalismo, es la fuerza de trabajo del hombre —lo rentable del trabajador esclavizado por el capital— la que tiene un precio —el salario— la que se compra y se vende en el «mercado de trabajo», la que toma forma de cosa-mercancía: movido por la necesidad, el trabajador se ve obligado a enajenar su fuerza de trabajo a cambio de dinero.

Hemos dicho «enajenar» en vez de «vender» para subrayar el drama fundamental de la sumisión del hombre al reino de la mercancía: cuando el hombre se vende, se enajena. Esta enajenación o alienación es económica, social e ideológica, en beneficio del dinero, del capital, del capitalismo, del sistema que mantiene y defiende la propiedad privada y la explotación capitalista:

- El capital no es más que trabajo acumulado, la sumisión del trabajo al capital crea nuevo capital que pasa a engrosar y reforzar al capital y la sumisión al mismo del trabajo humano, único

elemento capaz de crear valor (técnicamente se habla de «valor añadido» refiriéndose al del «trabajo añadido»).

- Sobre esta realidad económica se basan unas relaciones de trabajo de carácter explotador-explotado entre capitalistas y obreros, que a partir de la división social del trabajo, crea una división de la sociedad en clases (clase dominante y clase dominada, fundamentalmente).

- Y por añadidura, resulta que la ideología dominante de la sociedad, es la ideología de la clase dominante de dicha sociedad; hemos pasado de la enajenación de la fuerza de trabajo a cambio de un salario a una especie de despersonalización colectiva a nivel ideológico-subjetivo, el hombre se siente máquina, es consciente de que tanto su propia persona como su trabajo creador se han cosificado-alienado.

La lucha contra la alienación

Hemos seguido hasta ahora los planteamientos tradicionales. Veamos ahora cómo se plantea esto en nuestro tiempo. Fenómenos como la publicidad han puesto de manifiesto que, en la sociedad de consumo, las nuevas formas de alienación vienen a añadirse a la alienación en su sentido estricto: a la alienación en la producción se añade la alienación por el consumo, a la alienación en el tiempo de trabajo se añade la alienación en el tiempo «libre»...

A partir de esta nueva situación, la lucha contra la alienación debe plantearse a nivel de todo el sistema, tratando de reimplantar la desalienación a todos los niveles, es decir, la apropiación del hombre no sólo de la naturaleza sino de su propia naturaleza.

Insistamos en el concepto de «apropiación»: la alternativa a la expropiación de la personalidad humana por la explotación capitalista es la apropiación por uno mismo, de sí mismo y de lo que le

rodea, del ser humano-cuerpo, ideas, deseos, y del tiempo-espacio cotidiano en que está encarcelado, la realización objetiva de una desalienación que no puede ni debe limitarse a ser subjetiva. En el sistema moderno de sociedad tecnoburocrática de consumo, las opresiones se especializan para así tener un mayor dominio sobre el individuo agobiado: a través del urbanismo, se configura dictatorialmente y sin participación de los interesados, el espacio-tiempo de su vivir cotidiano (vivienda, transporte, etc.); a través de la cultura al servicio del sistema y de todo el sistema educativo, se condicionan profundamente nuestras ideas y deseos. Existe una presión moral y religiosa que limita lo sexual y la consiguiente apropiación del cuerpo humano y de sus deseos; existe una presión publicitaria, como hemos dicho ya, que fabrica artificialmente los deseos propios; una presión que limita la imaginación; etc.

El dominio de la sociedad tecno-burocrática de consumo¹¹ sobre todos y cada uno de los individuos que la habitan, es tan refinado que llega a un elevado grado de especialización; el neocapitalismo no sólo establece la «parcelación» en las operaciones de trabajo para mejor dominarlo (lo que antes hacía un solo obrero, la hacen ahora una docena de obreros en una cadena, cada uno de ellos, hace sólo una parte de la operación del obrero de antes, ninguno sería capaz de hacerla toda, y le permite establecer ritmos infernales, cadencias, controles abusivos, etc.). El neocapitalismo, establece también una «parcelación» del llamado tiempo libre para

11. Hablar de sociedad de consumo en plena sociedad capitalista desde el punto de vista del ser humano es erróneo. La sociedad capitalista, es una sociedad de miseria, de escasez, miedo, explotación y muerte. Es cierto que en fugaces momentos históricos ha existido una mayor intervención del proletariado en el proceso de consumo mercantil que ha dinamizado las rotaciones de capital. Sin embargo esto siempre ha sido muy limitado geográficamente y en paralelo a una intensificación de la explotación o la destrucción de fuerzas productivas en otros lugares. E incluso en esos casos se demuestra más claramente la contraposición entre ese consumo mercantil y el consumo humano, lo que se sacia en el consumo mercantil no son las verdaderas necesidades humanas sino las del capital.

mejor dominarlo (una parte la domina a través del urbanismo, otra a través del sistema educativo, otra a través de las normas morales, de las leyes, de las supersticiones, de la religión, del mantenimiento de la incultura o de la fabricación de una nueva incultura mediante la tele, la prensa lacrimosa, deportiva, etc.).

Es lógico, pues, que se planteen niveles limitados y especializados de lucha contra todas estas opresiones: protestas en mercadillos, quemas de autobuses, bloqueos de autopistas, etc. son formas de lucha contra cuanto se pretende imponernos a través del urbanismo; las diferentes formas en que se aborda la cuestión de la libertad sexual son negativas tajantes al código religioso moral impuesto; la proliferación en el campo de la cultura del planteamiento que presenta a los estudiantes como futuros «perros guardianes» de la burguesía, tanto los técnicos como los sicólogos y sociólogos, es un elemento corrosivo de todo el planteamiento actual de la cultura establecida, de la condición estudiantil y del sistema de enseñanza en su conjunto; las roturas de cristales de bancos y grandes almacenes, el incendio de automóviles de lujo, etc. son formas de expresión de la guerra a muerte contra el consumo; las reivindicaciones específicas de la mujer, de los jóvenes, de las nacionalidades, de las minorías raciales, etc. son muestras y ejemplos de lo que podríamos llamar «contestación parcelada», o intentos limitados de una apropiación no total¹².

Tales intentos tienen un carácter tremendamente positivo, en la medida en que ponen en cuestión e impugnan en la práctica diaria al sistema establecido, en la medida en que rechazan, aunque sólo marginalmente, su «racionalidad» expropiadora-alienadora. Pero ha de quedar claro que tales intentos limitados de expropiación no

12. Si bien, todos estos ejemplos son respuestas parciales surgidas de las necesidades humanas, no así el de las nacionalidades. Cuando la bandera nacional es levantada o defendida, por mucho que sea como *nación oprimida*, no es más que el veneno de la ideología patriótica de la burguesía que busca unir bajo ella a explotados y explotadores.

sustituyen a la apropiación total y auténtica, que la desalienación no es un fenómeno puramente subjetivo a nivel de pensamiento; en realidad, la alienación a la que intentamos dar la alternativa no es sólo a nivel de pensamiento sino social y económica. Que es como decir, que la «apropiación total» requiere un cambio total, que la auténtica apropiación sólo puede realizarse a través de un cambio auténticamente revolucionario. Ésta es la «misión histórica» que el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels asignó al proletariado en 1847.



3

LA MISIÓN HISTÓRICA DEL PROLETARIADO

¿Un malentendido histórico?

Hay un cierto embarazo entre los marxistas de vieja escuela cuando se les pregunta por la misión histórica del proletariado: ¿cómo es posible que no se haya producido ya la revolución mundial obrera que vaticinaba el *Manifiesto Comunista*? Hemos esperado más de un siglo desde el *Manifiesto* de 1847, ¿tendremos que esperar aún mucho más?

No nos sirven las excusas de quienes dicen que el proletariado cumplió ya con su misión histórica en 1917—con la salvedad de que no hizo una revolución mundial, sino en un solo país, la URSS, y hoy en día en una sola área de influencia, el Este— y que la misión actual del proletariado occidental es la de proteger «la patria del socialismo» y sus conquistas, en vez de hablar utópicamente de «Revolución mundial». Las posiciones pro-chinas son similares pero centradas en otra fecha histórica y en otra patria; las posiciones castroistas son parecidas aunque dado lo pequeña que es Cuba, ponen sus esperanzas en la revolución latinoamericana, tercermundista, tricontinental, etc.

Es el mismo estupor que los asalta cuando se habla de los cambios del mundo moderno. La misma duda que nos asalta a todos

cuando comprobamos el carácter pasivo y a menudo reaccionario del comportamiento medio de la clase obrera, de estas masas inmóviles y conformistas integradas por el fútbol, la tele, las quinie-las y por el consumismo electrodomesticado: ¿no se equivocarían Marx y Engels al asignar al proletariado una «misión histórica» que éste parece incapaz de realizar? ¿Hasta que punto podían y debían evitar posiciones «mesianistas» viendo en una clase apenas definida entonces, algo así como el pueblo elegido encargado de imprimir en la historia de la humanidad un salto cualitativo que pusiera fin a la propia historia de la humanidad, etc.?

Esta asignación al proletariado de una misión de tal envergadura como es la supresión del capitalismo por el Socialismo, del gobierno de las personas por la administración de las cosas, el paso del reino de la necesidad al de la libertad, la superación de toda clase de alienación, etc., por parte de Marx y Engels, ¿no habrá sido en realidad un malentendido histórico? Ante una clase obrera mayoritariamente despolitizada e integrada, que parece haber perdido toda conciencia de clase, toda agresividad, etc.; ante un proletariado conformista, fatalista, conservador, pasivo y a veces hasta contrarrevolucionario, y pese a la existencia de minorías combativas y con conciencia de lucha, es lógico que se ponga en duda la validez para nuestra época de las tesis de Marx y Engels, según los cuales, el único sujeto real posible de un cambio revolucionario total a escala planetaria era precisamente esta clase que «sólo tiene sus cadenas que perder y un mundo nuevo a ganar». Hoy la clase obrera tiene o cree tener algo más que cadenas, está integrada por el consumismo, se conforma con el viejo mundo. ¿Hasta qué punto es correcto considerarla aún hoy protagonista de la historia mundial y, en caso de no ser correcto, quien la sustituye aquí y hoy en esta misión? Antes de dar una respuesta tajante a estas comprensibles dudas, veamos por encima el campo de argumentación superficial en que suele caerse al abordar esta problemática.

Posiciones de autojustificación

Toda una serie de intelectuales utilizan la existencia de este desfase entre una antigua teoría (sobre todo si se considera doctrina acabada, ideológica) y las nuevas realidades que han seguido a la crisis mundial de 1929-1933, para justificar toda clase de posturas. Se empieza por decir que Marx se equivocó, o simplemente que no podía prever como iba a cambiar el mundo entre 1847 y 1971, para invalidar el contenido revolucionario que aún hoy tiene el *Manifiesto Comunista*. Se dice con indulgencia que posiblemente la clase obrera de su tiempo hacía revoluciones (las revoluciones europeas de 1848, la Comuna de París...) que estaba ideológicamente sensibilizada (por ejemplo la rápida extensión de ideologías como el proudhonismo en el seno de la clase obrera) y políticamente organizada (la primera internacional reunía a marxistas y bakuninistas). Pero en definitiva se niega la validez actual de las tesis de Marx, se afirma pura y simplemente que el proletariado ha dejado de tener una misión histórica, y se justifica con ello la integración del proletariado en la sociedad capitalista y la anulación de su misión histórica. ¿Cómo va a realizarse si su protagonista no ha encontrado sustituto y él mismo es incapaz?

Quienes tratan de atajar este oportunismo modernista con un arcaísmo de vieja escuela demuestran una ingenuidad tal que se queda todo en buenas intenciones y justifica de hecho las tesis que ataca. Defienden básicamente que nada ha cambiado esencialmente desde el *Manifiesto*, salvo detalles inevitables; por lo menos si el mundo ha cambiado, la clase obrera no. Según ellos, el actual proletariado es sinceramente revolucionario y no quiere integrarse en profundidad en la sociedad de consumo; y en caso de que quisiera, no podría. Pero sus organizaciones tradicionales —partidos y sindicatos— la han «traicionado» repetidas veces; ello no prueba que la clase obrera haya dejado de ser revolucionaria, dicen, sino

todo lo contrario porque ¿cómo podría hablarse de «traición de clase» si estas organizaciones se hubieran limitado a cumplir el secreto deseo de estas masas obreras de integrarse en la sociedad de consumo? Moraleja izquierdista que suele acompañar a las justificaciones grupusculares propias de estas posiciones: ni la clase obrera ha traicionado las esperanzas de Marx ni nosotros traicionaremos a la clase obrera como se la ha traicionado hasta ahora: ¡la revolución es inminente!

Validez actual del *Manifiesto*

Las posiciones antes mostradas quedan refutadas por sí mismas desde el momento que son la justificación del reformismo por una parte y del izquierdismo grupuscular por otra; estaban ya refutadas de antemano en tanto que posiciones superficiales sobre la problemática del cambio revolucionario y de su sujeto histórico. Esta superficialidad recubre muchas inexactitudes y algunas deben ser por lo menos clarificadas.

Marx considera al proletariado como sujeto del cambio revolucionario no debido a su fuerza ni a su conciencia revolucionaria, sino debido a su negatividad, a que no tenía «más que sus cadenas que perder», a que su racionalidad en tanto que clase lo enfrentaba inevitablemente a sus explotadores de tal modo que la lucha de clases era un elemento insalvable mientras el capitalismo sea capitalismo y el trabajo asalariado sea trabajo asalariado, mientras subsista el reino de la mercancía.

Marx y Engels conocían la situación de la clase obrera, su impotencia, su alienación radical, la negatividad y combatividad posible que tal alienación radical segregaba; conocían la integración al conformismo de la inmensa mayoría de la clase obrera de su tiempo, especialmente enajenada por una religión fatalista que predi-

caba la sumisión; sabían también la impotencia de una Primera Internacional no sólo dividida, sino compuesta fundamentalmente por artesanos e intelectuales; vivieron de cerca la impotencia insurreccional de 1848 y 1871; criticaron ya duramente la primera fase de burocratización del movimiento obrero (programas de Gotha y Erfurt) porque presintieron sus nefastas consecuencias.

Marx hubiera rechazado los conceptos y explicaciones psicologistas: la «traición» a la clase obrera, la «misión histórica» concebida como mesianismo mágico que viene a redimir el mundo, la formulación no materialista de la historia mediante evasivas inaceptables «si tal cosa hubiera sucedido, la historia se hubiera desarrollado de tal o cual manera». Marx señaló la tendencia del capitalismo hacia la concentración internacional de capital, osea hacia el imperialismo¹³, los monopolios, la coyuntura neocapitalista.

Marx habló de la posición del proletariado dentro del proceso de producción-expropiación-alienación propio de la explotación capitalista —posición que sigue siendo la misma en la actualidad— y es refiriéndose a su negatividad, a sus intereses económicos y sociales incompatibles con los de la clase dominante, que Marx (como simple constatación de la dinámica propia del reino de la mercancía) afirmó que el proletariado era el sujeto del cambio revolucionario radical del futuro, que era una clase cuyos intereses como clase coinciden con los del resto de la humanidad (e irán coincidiendo cada vez más, puesto que los demás estamentos

13. Queremos remarcar que son Lenin y todas las variantes del marxismo-leninismo, y no Marx, quienes nos hablan del imperialismo como una fase concreta, la superior, del capitalismo. Se creará así el cuento de los países imperialistas y los oprimidos para desplazar el antagonismo de clases en pos de un presunto antagonismo entre países y tratar de conducir al proletariado a defender tal o cual país, arrastrándolo incluso a ser carne de cañón en la guerra imperialista. En contraposición con todo esto la crítica proletaria concibe al imperialismo como la esencia del desarrollo de cada átomo de capital, cada átomo de capital busca extenderse, acumular, dominar... Por lo tanto no solamente son imperialistas todos los Estados, sino cada partícula de capital.

no pueden emprender a título colectivo nada más que reformas y parches dentro del reino de la mercancía). Sólo la clase obrera será capaz de emprender este «asalto al cielo» que comporta la lucha por la superación de este reino de la mercancía y de la explotación; es una afirmación muy profunda y muy elemental al mismo tiempo.



4

EL CONCEPTO DE PROLETARIADO

Al concepto abstracto del proletariado corresponde el concepto abstracto del socialismo como nacionalización y planificación, cuyo contenido concreto resulta ser finalmente la dictadura totalitaria de los representantes de la abstracción del partido burocrático.

PAUL CARDAN

«La Experiencia Revolucionaria», *Socialisme ou Barbarie*, 1952.

Explotadores y explotados

El hecho que divide a la sociedad en dos grandes clases antagónicas —burguesía y proletariado— es el de la explotación; éste es el criterio que nos va a permitir distinguir los bandos en pugna, el reaccionarismo de la burguesía y la misión histórica del proletariado. Pero esta explotación es al mismo tiempo económica, social y a nivel de pensamiento, como ya vimos: el criterio de delimitación que corresponde a cada uno de estos niveles es respectivamente el de salario, el de trabajo manual y el de alienación. Ello da pie a una interpretación minimalista y una interpretación maximalista del concepto de proletariado, un sentido restrictivo y un sentido amplio respectivamente.

La interpretación minimalista tiene un tono tradicional o arcaísta: sólo los trabajadores manuales, obreros o campesinos, o sea, excluyendo los técnicos, los trabajadores no manuales, tanto si son oficinistas, capataces, cronometradores, etc, como si son de profesiones liberales, intelectuales, artistas, maestros, etc.

De entre los trabajadores manuales sólo los explotados por otro, o sea, excluyendo a los artesanos, a los campesinos con parcela propia, a los obreros con taller propio, tanto si utilizan el trabajo de terceras personas (de las que son explotadores) como si no.

De entre los explotados, sólo la población no exterior al proceso de producción, o sea, excluyendo al ama de casa obrera, los obreros en paro, los delincuentes y marginados, los estudiantes por lo menos a partir de los 14 años aunque sean de familia obrera, los universitarios, etc.

La interpretación maximalista tiene, por contraste, un tono nuevo o modernista: englobando indistintamente a técnicos, oficinistas, capataces, cronometradores, profesionales liberales, intelectuales, artistas, maestros, etc. en tanto que asalariados en sentido amplio (aunque algunos venden trabajo o el producto mismo bajo fórmulas jurídicas distintas del «salario», aunque algunos reciban añadido a su salario una parte de plusvalía); también a quien trabaja por cuenta propia como artesano, con parcela o taller propio, etc. en tanto que explotado por el sistema (aunque tenga trabajando junto a él a terceros); también a todo el pueblo en general, si se exceptúa a la minoría en el poder, que está en cierta manera alienada por el sistema, por la sociedad de consumo de masas, la publicidad, la televisión, etc. (en este sentido, un amplio sector de la pequeña y media burguesía, aunque ni participe directamente del proceso de producción o participe a título de explotadores es, en este sentido, explotada y forma parte de todo un pueblo explotado-alienado).

Hay que buscar el punto medio adecuado entre ambas posiciones, la primera excesivamente cerrada (el obrerismo exagerado y sus desmesurados elogios del trabajo alienante, de la condición de explotado, de la mano callosa del trabajador, etc. al que suele tenderse más por folklore y pintoresquismo que por razones de peso); la segunda tan abierta que da pie a toda clase de veleidades y oportunismos (un ejemplo es Serge Mallet que llega a decir que los técnicos de las empresas punta no sólo son más progresistas —¿por qué?— sino que constituyen la nueva «clase obrera», el sector de la clase que ha escapado a las redes del consumismo en que ha caído el proletariado tradicional, el nuevo sujeto de la revolución). Entre la posición maximalista y la posición minimalista quedan toda una serie de sectores y capas intermedias, que objetivamente se alinean con el proletariado o la burguesía y que el fascismo, «la democracia orgánica», la CNS¹⁴, etc. ha constituido en tercera clase social para suavizar los contrastes y antagonismos y disimular vanamente la existencia de una lucha de clases y de una misión histórica del proletariado.

El oportunismo en torno a las clases medias

La fijación de quién es proletariado no es, como pretende la burguesía, un estudio sociologista o de un nivel de ingresos: es la delimitación de quién es el sujeto de la revolución. Para los oportunistas, la delimitación acerca de las clases medias—un conglomerado heterogéneo que la burguesía pretende consolidar bajo la forma de tercera clase que niegue la evidente existencia de dos grandes clases antagónicas— es mejor esquivarla dejándolo todo en una penumbra en la que todos los gatos son pardos (sea bajo el nombre

14. Central Nacional Sindical: denominación del sindicato vertical franquista.

de «reconciliación nacional», de «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», de «frente popular anti-imperialista», etc.).

Así, los oportunistas se complacen en organizar una «asociación democrática de cuadros y técnicos», una asociación democrática de periodistas, de médicos, una organización estudiantil que consolide a su alrededor un movimiento específicamente universitario, una organización para maestros si viene al caso, otra para amas de casa, e incluso una organización de sacerdotes democráticos y una «asociación democrática de pequeños empresarios»; sin contar con la movilización de artistas e intelectuales. Todos estos movimientos son retrógrados y reaccionarios en tanto que organizan a la pequeña burguesía como si fuera una clase, en dirección opuesta a la marcha de la historia y de la lucha de clases revolucionaria.

Salvo cuando existen factores de explotación (asociación de empresarios), de alienación (asociación de curas) o de mistificación en general (mistificación cultural por parte de los intelectuales, otros tipos de mistificación), en todos los demás casos no se niega la posibilidad de que individuos de extracción y de actividad no específicamente proletaria puedan ser revolucionarios subjetivamente (si su sinceridad queda probada) y objetivamente (si la práctica lo confirma): algunos estudiantes pueden alinearse teórica y prácticamente con la clase obrera pero tienen que empezar por negar que los estudiantes, tomados como conjunto, sean todos revolucionarios, como finge creer el movimiento estudiantil. Lo mismo puede decirse con respecto a técnicos, maestros, etc. en donde pueden darse minorías de individuos honestamente revolucionarios aunque, en tanto que conjunto estructurado sean todo lo contrario. En casos en que se da explotación, alienación o mistificación, como ya se ha dicho, no basta con que haya unos individuos honestos marginados subjetivamente de la inmensa mayoría para poder alinearse con la clase revolucionaria: han de abandonar ob-

jetivamente su condición de sacerdotes, «intelectuales sagrados», empresarios, etc.

Las capas medias son un conjunto heterogéneo, destinado a escindirse a título prácticamente individual en dos direcciones, ya que forman parte de una sociedad presidida por el antagonismo fundamental entre dos grandes clases sociales, explotadores y explotados. Así pues, la burguesía consolida teóricamente a las capas intermedias de tercera clase, los oportunistas realizan en la práctica esta consolidación, y una y otra cosa son contrarrevolucionarias. Políticamente, el fascismo y todas las formas de corporativismo se han basado siempre en la movilización de las capas medias y de su irracionalismo, propio de una clase en decadencia, en proceso de proletarización progresiva a medida que se ensancha el foso que separa a explotadores y explotados¹⁵.

Proletariado y teoría revolucionaria

De hecho en determinados períodos (debido al bajo nivel de la lucha de clases) y en determinados aspectos (debido al carácter misticador de la sociedad de consumo) la frontera entre explotadores y explotados se presenta a menudo borrosa y sin la evidencia con la que aparece cuando la lucha de clases crece y se agudiza (por ejemplo, en los «tiempos heroicos» del pasado; por ejemplo, en la revolución de Mayo en Francia, anticipo de las huelgas salvajes que se avecinan al neocapitalismo), significa que, por encima de tales contingencias, el criterio estricto de delimitación entre burguesía y

15. Es un sin sentido afirmar que las clases medias están destinadas a disolverse entre las dos clases antagónicas, y, al mismo tiempo, decir que son ellas las que son movilizadas por el fascismo. Esa afirmación esconde que es el proletariado quien ha sido encuadrado y negado por esa ideología.

proletariado se efectúa siguiendo los altibajos de la lucha de clases porque es un criterio, en definitiva, de política revolucionaria.

En relación con toda esta cuestión suele plantearse un falso problema: si la teoría revolucionaria ha sido elaborada desde dentro o desde fuera de la clase obrera en lucha. Es inadmisibles una teoría revolucionaria exterior a la práctica revolucionaria. Un planteamiento superficial de este falso problema da entonces alternativas igualmente falsas: Marx no era un obrero pero vivía pobremente, Engels era un pequeño empresario al que el sistema explotaba, Lenin era un intelectual, un obrero de la cultura, etc. En nombre del sentido de «clase» más estricto se está apadrinando en realidad el criterio más elástico y flexible, dando pie a la hora de la verdad a los planteamientos interclasistas propios de la pequeña burguesía: ya que la clase obrera es el protagonista único de la historia y ya que Marx y Engels elaboraron la teoría revolucionaria del movimiento obrero de su tiempo hay que deducir según ellos que eran obreros y protagonistas de la Historia, aunque en este intento pueda perderse el sentido real de proletariado.

El leninismo ha sido la más funesta confirmación de esta confusión entre intelectuales de la clase (Partido) y la clase obrera real: los intelectuales de la clase han abandonado su función intelectual al servicio de la clase para sustituir a la clase en su acción política y usurparle así los frutos de su acción revolucionaria; ya no es la clase obrera la protagonista de la Historia sino el Partido, una masa exterior a la clase pero que se pretende interior a la misma... En este sentido, todos conocemos los ritos de «proletarización» que se han llevado a cabo en el seno de los grupúsculos izquierdistas que pretendían prolongar el malentendido de los bolcheviques rusos.

Todos estos falsos problemas y falsas soluciones revelan un profundo subjetivismo-individualismo (en el caso del leninismo y las «proletarizaciones») así como un mecanicismo ingenuo extremadamente funesto (¿qué quiere decir «desde dentro» y «desde

fuera» cuando se está hablando de teoría revolucionaria?). No hay ni puede haber teoría revolucionaria desde fuera de la clase revolucionaria porque no hay ni puede haber acción revolucionaria desde fuera de la misma: proceda del individuo que proceda, esta teorización de la acción revolucionaria verificable en nuevas acciones, esta teoría pertenece a la clase obrera y a su acción. Es lógico que muchas veces estos intelectuales que sirven de instrumento a la clase revolucionaria para dar forma teórica a su praxis cotidiana sean de procedencia exterior a la clase, individuos que no han participado personalmente en las luchas concretas. Pero la teoría revolucionaria no es el individuo que da forma a las experiencias de la lucha de clases, la teoría está en relación dialéctica directa con la acción y ésta con la teoría: esta relación es praxis.

Esto equivale a decir que sin la lucha de clases revolucionaria que existió en tiempos de Marx, la aportación teórica de éste habría sido imposible; en cambio si Marx no hubiera existido la clase obrera en lucha hubiera hallado a otros individuos que, mejor o peor, hubieran formulado la experiencia de la lucha de clases revolucionaria de aquel tiempo. Y, como quien dice Marx y la clase obrera de su tiempo dice también cualquier individuo exterior a la clase que haya hecho aportaciones a la formulación teórica lo más precisa posible de la lucha de clases que agita sus tiempos se comprende que —contra los ritos pequeño-burgueses de la «proletarización-leninista»— afirmemos: la teoría es desde fuera y no-revolucionaria cuando no está en relación dialéctica directa con la experiencia de la lucha de clases (aunque sea un obrero quien la formule); la teoría es desde dentro y revolucionaria cuando está en relación dialéctica directa con la experiencia de la lucha de clases (aunque sea un pequeño-burgués quien la formule).

CONCIENCIA DE CLASE Y REVOLUCIÓN



El oportunismo identifica la conciencia psicológica de hecho del proletario con la conciencia de clase del proletariado.

GEORG LUKÁCS, 1923

El proletariado como clase alienada

No es una novedad de nuestros tiempos el que el proletariado se halla sumido en la alienación, no se trata de una novedad de la sociedad de consumo: desde siempre el proletariado se ha encontrado sin «concepto de clase», sin conciencia de su misión histórica en definitiva. No hay motivos para desgarrarse las vestiduras: la alienación de la clase obrera no es a nivel de pensamiento sino a nivel social y económico. ¿Cómo podría una clase económicamente hundida, socialmente desamparada, sumida en la ignorancia a nivel de pensamiento, tener otra conciencia psicológica de hecho que ésta del conformismo, del consumismo, del fútbol y de la tele, etc.? No debemos escandalizarnos ante el hecho, tan a menudo comprobable, de que tantos y tantos obreros hacen horas extras y más horas extras (aunque el sueldo que tengan sea suficiente), porque quieren tener gastos superfluos, incluso porque quieren presumir

de propietarios, porque se hallan tan embrutecidos por el trabajo asalariado que ya ni su tiempo libre regatean: no es porque se les creen falsas necesidades, sino porque el régimen capitalista de trabajo embrutece.

El auténtico inconformismo con dicha situación no debe limitarse a ser una crítica superficial a la conciencia psicológica de hecho del proletariado, porque no sería una actitud realista, porque se ignorarían tanto las causas de la alienación del hombre a la mercancía como la fuerza de los lazos de relaciones de producción y de relaciones sociales con que tal alienación se consolida. Debe criticarse todo este conjunto, todo el sistema capitalista, la alienación-cosificación que ha hecho de cada proletario una «cosa», un simple engranaje de su compleja maquinaria, una pieza de una cadena automatizada... Pero ya ¿para qué?, ¿con qué esperanza si nos limitamos a constatar ante un sistema que mantiene a la clase obrera en la ignorancia permanente de su misión histórica, si acabamos de ver la paradoja que supone la asignación de dicha misión histórica a una clase inconsciente y alienada desde siempre?

Este escepticismo es el que suele invadir a los individuos con antecedentes políticos que analizan a conciencia la situación real de la clase obrera en la sociedad de consumo: ésta no es la clase obrera de que se les había hablado... Todos estos ex-marxistas olvidan formularse una pregunta: ¿en qué pensaba Marx cuando asigna a la clase más alienada e inconsciente la misión histórica más ambiciosa de la historia, la de «sobrepasar la Historia en el sentido de hacer la Historia al rehacer la humanidad» (Lukács)? Se le ha reprochado a Lukács el ignorar este problema: distingue entre la conciencia psicológica de hecho del proletariado y la conciencia de clase del proletariado, pero apenas se preocupa por indicarnos cómo esta abstracción nebulosa se encarna y transubstancia de hecho convirtiéndose milagrosamente en «una fuerza real de la sociedad y de la historia» (ídem). Se dice que Lukács idealiza esta conciencia

de clase —«realidad histórica total que encarna la verdad y el sentido de la vida humana»— sólo porque no nos indica cuándo, dónde y cómo «la conciencia de clase llega a la situación en que puede ser directamente captada» (ídem). Vamos a tratar de dar respuesta a esto, y para ello vamos a pasar de Lukács a Marx mismo que es quien en último término sería el motivo de las posibles contradicciones con que se topa el planteamiento materialista-histórico de Lukács.

Conciencia real y conciencia posible

La dialéctica fundamental de Marx en torno a la conciencia de clase en general, así como de la toma de conciencia, estriba en que no se habla tanto de conciencia real como de conciencia posible. No decimos que la clase obrera —todos y cada uno de los individuos que la componen— posean una conciencia de clase psicológica de hecho sino que, debido a los determinismos a los que se halla sometida, va a verse volcada a la exigencia inminente de adquirirla: unos la adquirirán individualmente por propias capacidades, otros la irán adquiriendo paulatinamente a fuerza de acumular experiencias de lucha, otros finalmente —aunque no se logre acumular las experiencias de lucha a nivel de toda la clase obrera tanto debido a su integración como debido a la mal llamada «traición» de las organizaciones tradicionales de lucha— la adquirirán en forma brusca; en este sentido, la revolución de Mayo en Francia y buen número de «huelgas salvajes» por una parte, así como por otra parte las revoluciones anti-estalinistas de Berlín en 1953, Poznam 1956 o Hungría 1956 representan un rompimiento brusco en un momento propicio con largos años de reformismo y de burocratismo respectivamente.

Pero el planteamiento de la conciencia en tanto que conciencia posible plantea más problemas de los que resuelve: ¿cuándo, dónde y cómo se dan estas milagrosas tomas de conciencia? Los planteamientos políticos a partir de la conciencia real son reformistas e integradores, pero una política planteada a partir de la conciencia posible es pura y simplemente utópica, aventurada. Resuelve el dilema, ciertamente, y deja a salvo todas las formulaciones de Marx sobre el tema de conciencia pero ¿no había otra posibilidad de hacerlo sin condenarnos al utopismo? Ampliemos el concepto: la utopía significa lo imposible hoy (o lo que ayer consideraron imposible hoy) pero posible mañana o pasado mañana (y acaso incluso posible hoy). Este utopismo no es tal utopismo en la medida en que confiamos en la marcha ascendente de la Historia, tal como la «profetizó» el materialismo histórico. ¿No tiene esto algo de «acto de fe», y no es esto peligroso en la medida en que la fe dicen que es ciega? Hemos empezado poner en duda esta fe ciega que ha llevado al pensamiento revolucionario a tantos malentendidos, a tantos callejones sin salida, ¿por qué, pues, acabar por refugiarnos en ella? ¿Es qué tal género de «actos de fe» resultan siempre inevitables?

Después de tanto planteamiento modernista (todo ha cambiado, nada tiene ya sentido, las nuevas formulaciones de los viejos pensamientos sólo sirven para agravar las contradicciones internas de tales viejos pensamientos, etc.), bueno será una compensación de carácter arcaísta. Cuando Marx habla del sentido de la Historia y de su superación por la conciencia de clase se limita a enunciar un postulado, un supuesto científico no exento de optimismo pero formulado con el máximo rigor científico: es todo lo contrario de una «fe ciega». Es más, cuando Marx señala al proletariado y le asigna una misión histórica total no lo hace en plan de profecía arbitraria, sino que tiene sus motivos: el proletariado puede asumir una misión revolucionaria total en la medida en que sus intereses como clase coincidan con los intereses de toda la sociedad. Marx admiraba la extraordinaria aportación de los socialistas

utópicos para tratar de no limitarse a ser un utópico, de dar base científica a sus formulaciones. Incluso podríamos llegar a decir que lo único que pasa es que Marx fue un «modernista» en su tiempo, una persona dedicada a definir con palabras y teorías las nuevas realidades, la aparición del proletariado en la esfera histórica: con la diferencia de que sus planteamientos sobre el proletariado han tenido y tendrán aún, debido a su profundidad, mucha más vigencia que la que tendrán dentro de medio siglo las teorías sobre el «hombre consumista» o la «sociedad opulenta» de los modernistas superficiales de nuestros días; Marx formula una tesis sobre el proletariado con perspectiva histórica.

El proletariado como «negatividad creadora»

Marx no asignó la realización práctica de la superación de la Historia a los individuos más preparados de su tiempo, ni a los más conscientes (burguesía progresista, pequeña burguesía intelectual, etc.), sino a un estamento social que encarnaba en aquellos tiempos, como también hoy, el grupo de la negatividad a nivel tanto de pensamiento, como de relaciones sociales y de producción. Cuando dice que «el proletariado no tiene más que sus cadenas que perder y un mundo nuevo que ganar» no está haciendo una frase brillante sino poniendo de relieve la negatividad radical a que el sistema capitalista condenaba al proletariado inevitablemente. Marx veía que no podía existir burguesía sin proletariado, es decir, que no podía existir capital sin plusvalía, que no podía existir valor sin trabajo añadido; las técnicas se perfeccionan, hoy que la innovación tecnológica constante es un factor esencial del capitalismo si quiere combatir la tasa decreciente de ganancia, si quiere sobrevivir a la amenaza de las crisis cíclicas; pero el capitalismo, aún

cuando técnicamente pudiera prescindir del proletariado, no puede hacerlo desde el punto de vista de la racionalidad del sistema.

El capital aumenta, se concentra, acumula trabajo humano expropiado; aunque no lo quiere y aunque no lo sepa, el proletariado es objetivamente enemigo de la burguesía, la misma dinámica del sistema capitalista ha de ponerlos frente a frente, eliminando todas las capas precapitalistas (que pasan a engrosar las filas de la burguesía y del proletariado); y este enfrentamiento es una evidencia cada vez más.

El desarrollo del capitalismo en nada ha desmentido este proceso. La burguesía niega la existencia de una lucha de clases, compra las organizaciones obreras (sea concediendo reivindicaciones, sea adquiriendo el control de sus burocracias), pretende que en la era industrial y en la sociedad de consumo hay unos criterios de delimitación que no coinciden con los criterios de clases, etc. Pero, aunque tenga la iniciativa, no puede suprimir la contradicción fundamental de su sistema explotador entre el carácter cada vez más social del trabajo y la apropiación cada vez más privada. Frente a ello, el proletariado plantea la total negatividad a que le condena el sistema; esta negativa se le hace patente en el proceso mismo de la producción, la lleva en los huesos, en la sangre: «no tiene más que sus cadenas que perder».

Corrijamos esta perspectiva arcaísta con un enfoque modernista sobre la negatividad: ¿Quién encarna en esta nueva sociedad esta negatividad creadora que Marx intuyó en la condición socio-económica misma del proletariado? Si en vez de analizar el Mayo francés desde el punto de vista de extracción social, lo analizamos desde el punto de vista de la negatividad, comprenderemos por qué fue un acontecimiento revolucionario: los estudiantes del Barrio Latino no tenían «conciencia de clase» obrera, ni tampoco los «blousons noirs» que se añadieron a ellos; pero en aquel país y en aquel momento representaban el grado máximo de negatividad,

de contestación, y por ello constituyeron el punto revolucionario culminante. Los sindicatos, que creían conocer la conciencia psicológica de hecho de los proletarios, se encontraron sorprendidos ante la conciencia de clase, ante la negatividad del proletariado que quiere abolir su propia condición.

El comentario adecuado vendría a ser: en el mundo moderno, a medida que la racionalidad del neocapitalismo, de la sociedad de consumo, de la política tecno-burocrática del Estado lo invade todo, relativiza completamente el valor de la democracia política y se constituye en poder fuerte (capaz de una gran «tolerancia represiva») que crea el vacío a su alrededor. Fruto de este vacío es la negatividad en todos los sectores; cuando tal negatividad es capaz de abandonar su carácter pasivo para convertirse en negatividad creadora estamos ante el estallido brusco de la conciencia de clase del proletariado, a partir de sectores parcelados y a veces marginales pero con una voluntad revolucionaria total.

En esta situación, la «revolución» toma nuevas fisonomías, a menudo imprevisibles, relacionadas con la vida cotidiana, con el tecno-burocratismo del Estado, es decir, más en relación con la falsa racionalidad del sistema neocapitalista que con cada burgués concreto tomado por separado. En esta nueva situación, que exige un esfuerzo constante de imaginación creadora a partir de la contestación total (o sea, de la negatividad total), se hace más patente que nunca la afirmación de Lukács: «Sólo se puede salir de la crisis del capitalismo por la conciencia de clase del proletariado».



6

LA IDEOLOGÍA ES EL OPIO DEL PUEBLO

La ideología como «cosificación»

Acabamos de plantear que la salida a todos estos dilemas y malentendidos que afectan a la esencia misma del pensamiento revolucionario estaba en la conciencia de clase. Nos hemos apresurado a decir que se trataba de una chispa mágica que brotaba espontáneamente de la clase obrera como encarnación providencial de una «idea», bajada milagrosamente del cielo de los principios a la práctica cotidiana. Es fácil, pues, que nos imaginemos la «conciencia de clase» como una «teoría», una «cosa», una «ideología», en definitiva: debemos pues apresurarnos a negarlo. Hemos empezado hablando del capitalismo como «reino de la mercancía y de la cosificación». ¿Cómo podría la conciencia de clase del proletariado poner fin al capitalismo si formara parte del «reino de la mercancía», aunque sólo fuera en tanto que elemento cosificado? Nuestra búsqueda de una alternativa revolucionaria al capitalismo a partir del proletariado como cosa, de su «misión histórica», de la conciencia de clase y de su misión histórica, acabaría sucumbiendo al reino de la mercancía y de la cosificación que pretende superar.

Nuestra definición de ideología es radical: cuando el pensamiento revolucionario, la conciencia de clase, se inmovilizan bajo la forma de «teoría acabada», de «método científico», se convierten en «cosa», en algo muerto, en algo manipulable y manipulado, y en consecuencia en algo desvirtuable y desvirtuado, en una mercancía adulterada que pasa de mano en mano siguiendo las leyes de la oferta y de la demanda, en un producto que se cotiza en el mercado. Marx sólo concebía sus aportaciones como un pensamiento para la acción, como un pensamiento revolucionario supeditado a la práctica revolucionaria. Hoy, cuando bajo la capa de «socialismo científico», de «materialismo dialéctico», etc., es la práctica la que se supedita a un pensamiento cosificado y dogmatizado, a una ideología, cobra todo su valor la famosa declaración pública de Marx: «Yo no soy marxista» (Marx estando personalmente opuesto a los intentos de cosificación bajo forma de sistema de sus aportaciones al pensamiento revolucionario).

Las «tesis sobre Feuerbach» de Marx

En sus «tesis sobre Feuerbach» (1845) y en toda su obra de este período, Marx emprende un «ajuste de cuentas con su pensamiento filosófico anterior», según sus propias palabras. Dice allí:

Tesis 8 sobre Feuerbach: «Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que desvían la teoría hacia el misticismo hallan su solución en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica».

Tesis 11: «Hasta ahora los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de distintas maneras; se trata de transformarlo».

Marx rompe así radicalmente con el mundo de la ideología, y de forma especialmente tajante con la llamada «izquierda hege-

liana» (Bauer, Feuerbach) que critican la religión en nombre de la filosofía, en nombre del humanismo (aunque hablen del «hombre concreto»): hay una diferencia fundamental entre esta «izquierda hegeliana» que es muy revolucionaria pero sólo sobre el papel y una salida revolucionaria en la práctica; esta diferencia es la que precisa Marx al distinguir entre quienes se limitan a interpretar el mundo y quienes lo transforman.

Marx escoge así entre interpretar el mundo como humanista revolucionario y analizar en la práctica este espíritu revolucionario «transformando el mundo». El camino que emprende es el más ambicioso y difícil pero el único camino real, materialista, concreto de verdad: la ideología, llámese religión, filosofía o humanismo es la que los filósofos críticos llaman «falsa conciencia», lo que más adelante Marx denominará «superestructuras»; es un «misterio que desvía la teoría hacia el misticismo en vez de hallar una solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica». En una sola línea Marx resume brillantemente su toma de posición frente al mundo de la ideología y señala vigorosamente el camino de alternativa a dicho mundo de la ideología mediante la transformación revolucionaria mundial. La denuncia que Marx hace de la separación existente entre las ideologías y la práctica humana nos muestra lo que es en realidad el mundo de la ideología: un mundo de ideas absurdamente separadas de la primera, un mundo de ideas muertas, impotente y falso. Desde 1845, todo teórico revolucionario debe responder al desafío de Marx, colocándose en la posición por éste exigida: no interpretar el mundo sino transformarlo.

Ideas separadas y poder

Los revolucionarios actuales no sólo se hallan divididos sino también desconcertados: las «ideologías» a que se cogen como

tabla de salvación están completamente desvirtuadas, desnaturalizadas, mistificadas, podridas... Marx dijo que él no era marxista y Engels dejó bien sentado que «Nuestra doctrina no es un dogma sino una guía para la acción», y sin embargo el pensamiento Marx-Engels (y algo parecido podría decirse del doctrinarismo anarquista, o de cualquier otra forma de dogmatismo) quedó cosificado como ideología, como un todo completo, acabado, al que nada podía añadirse ni modificarse sin caer en pecado de flagrante revisionismo, al que no podían hacerse aportaciones creadoras: tenía que acabar convirtiéndose en un dogmatismo arcaísta aún cuando Stalin no hubiera existido (dogmatismo que se convirtió en ideología de Estado o ideología en el poder, para acabar no siendo más que una mistificación política contrarrevolucionaria, en la que no es difícil señalar rasgos conservadores-reaccionarios-fascizantes).

Pero resulta demasiado fácil criticar el marxismo-leninismo en tanto que ideología en el poder en determinados Estados. También la mayoría de marxistas que viven en la oposición de los países capitalistas se han sentido castrados al encontrarse que se consideraba el marxismo como un sistema acabado, una ideología-cosa, una doctrina, hasta el punto de que podría decirse, imitando a Marx: «Hasta ahora, el marxismo se ha limitado a interpretar el mundo de distintas maneras; se trata de transformarlo...». Pero el rasgo que caracteriza ante la opinión pública al «marxismo», tanto si está en el poder como en la oposición, es realmente éste: que es la única ideología que ha tomado el poder que se ha demostrado eficaz. Quienes confunden la ciencia con la eficacia, admiten que el marxismo ha degenerado en ideología, dogmatismo, culto a la personalidad, que se ha convertido en una nueva religión que goza de millones de practicantes, en una Iglesia (con sus mártires, sus santos, sus ritos de iniciación, sus catecismos, sus ceremoniales, sus monumentos, su Santa Inquisición, sus cismas, sus Sagradas Escrituras, sus herejes, etc.). Pero se creen que es el único pensa-

miento revolucionario científico, pese a tantas y tan manifiestas irracionalidades, porque es el único que ha tomado el poder.

La ideología, vista desde el punto de vista de la cosificación, no es sólo un pensamiento revolucionario que se inmoviliza, que se convierte en «cosa»: al hacerlo se convierte en ideas separadas (o «ideas separadas del poder») que pueden dar pie en cualquier eventualidad a un poder separado (justificado en unas «ideas del poder separadas»). Desde la aceptación del mantenimiento de unas ideas en tanto que «ideas separadas» (lo que Marx critica, en definitiva, a las «ideologías») hasta la justificación de un «poder separado» no hay más que un paso; en el caso de los bolcheviques, el poder del Estado separado del poder de los Consejos Obreros (o «Soviets»)¹⁶, el poder del Partido separado del poder del Estado, etc. «El marxismo como institución —ha señalado agudamente el economista polaco Kolakowski— es casi la contradicción del marxismo como método».

El espectáculo de la ideología, hoy

Una vez analizado el planteamiento clásico y sus prolongaciones, pasamos balance a las modernas mistificaciones ideológicas:

16. No estamos de acuerdo en toda esa forma en que se encara la insurrección en Rusia y la separación entre el poder de los soviets y el poder del Estado, pues en los hechos la mayoría de soviets terminaron convirtiéndose en organismos del Estado burgués, aprobando toda la política bolchevique y renunciando a la revolución social. El porqué acaban imponiéndose las posiciones bolcheviques al interior de la mayoría de los soviets, el porqué esos órganos en los que el proletariado organizó su lucha acababan transformándose en órganos de la contrarrevolución es un aspecto fundamental para sacar lecciones de aquella experiencia. Responder a todo esto como hace el consejismo apuntando a la actuación evidentemente liquidadora del partido bolchevique es quedarse con un solo aspecto de la contrarrevolución y construir una mitología nefasta sobre los consejos.

1. Las ideologías «revolucionarias» —marxismo, anarquismo, etc.— manejadas por manos dogmáticas y contrarrevolucionarias y a veces por la propia burguesía. La URSS brindó ayer al fascismo y hoy al neocapitalismo una ideología tecnocrático-autoritaria (la «planificación», el poder supremo del Estado, la tecno-burocracia, etc.); el anarquismo en cambio ha sido utilizado por la CIA y por las campañas de prensa de la Guerra Fría y hoy se utilizan algunos eslóganes separados del conjunto del sistema como «autogestión», «participación», «descentralización», etc.
2. Las ideologías reaccionarias de la derecha se presentan bajo la forma de irracionalismo (fascismo, etc.) o bajo la forma moderada del pragmatismo «no ideológico»:
 - La ideología de la des-ideologización, del fin de todas las ideologías.
 - La ideología-mistificación que se finge no ideológica (la «ciencia», la «técnica», la «racionalidad», la «objetividad»), en tanto que elementos manipulados para constituir una ideología tecnocrático-fascista al neocapitalismo,
 - La sofisticación de la sociedad de consumo en tanto que «ideología» aunque no presenta un cuerpo teórico sólido (la publicidad como ideología, como espectáculo de la mercancía en el reino de la mercancía, etc.).

En resumen, la burguesía lleva la iniciativa en cuanto a ideologías y manipulación de sus contenidos, sigue una estrategia con posiciones agresivas y defensivas. Trata de consolidar agresivamente una sólida ideología tecnocrático-fascista acorde con las relaciones de producción y las relaciones sociales en el neocapitalismo (es decir, una ideología de clase dominante, una superestructura, una falsa conciencia), y al mismo tiempo se coloca a la defensiva de toda crítica mediante el recurso de sacar sus con-

ceptos de las ideologías «revolucionarias», sus posibles críticos, y dándoles una apariencia no ideológica.

A través de la parcialización de la teoría revolucionaria, la burguesía anula su carácter transformador para más tarde integrarlo en su sistema establecido. En este proceso de recuperación el neocapitalismo tiene como más firmes aliados a las organizaciones tradicionales de la clase obrera (partidos y sindicatos). El neocapitalismo trata, pues, de constituir por todos los medios una fachada respetable de falsa racionalidad que oculte sus profundos irracionalismos, que evite que sus irracionalismos en la producción y en las relaciones sociales se evidencien a nivel ideológico. El neocapitalismo demuestra más que nadie que la «ideología dominante en una sociedad de clases es la ideología de la clase dominante», que la ideología no es sólo una superestructura sino una mistificación que expresa una falsa conciencia.

Alternativa al mundo de la ideología

No basta con criticar el marxismo vulgar para entrar en las filas del pensamiento crítico, no basta con decir que su pecado original ha sido tomar el poder, ni tampoco que al constituirse en «ideas separadas» se predisponía a tomar el poder. Hay que decir bien alto que tomó el poder en vez de destruirlo, que en vez de transformar la sociedad se constituyó en ideología de Estado, en «opio del pueblo»; según nuestros «revolucionarios» de hoy, reliquias intactas de los años 20, existe una «economía marxista», una «filosofía marxista», un «estructuralismo marxista», unas «ciencias naturales marxistas», un «arte marxista», etc. Hay verdaderas manadas de «especialistas en marxismo» que hacen el juego a toda nuestra sociedad occidental de especialistas y parcelas especializadas, especialistas

que no tienen ni el sentido de la totalidad (por eso son «especialistas») ni el de la alternativa de Marx (transformar el mundo en vez de interpretarlo); los «especialistas en marxismo» interpretan el mundo en vez de transformarlo.

Volvamos pues al punto de partida de la crítica del mundo de la ideología, a la Tesis 11 sobre Feuerbach de Marx. Acabamos de comprobar que en los países del Este el marxismo-ideología es una cosa práctica concreta, un instrumento de poder. Si analizamos con rigor la sociedad neocapitalista podremos descubrir también en ella estos mecanismos casi invisibles que ponen en relación toda una serie de «ideas separadas» (ciencia, técnica, publicidad, arte, espectáculo...) con el poder de la tecnoburocracia del Estado bajo el reino de la omnipotente mercancía, y siguiendo las leyes y normas de su fetichismo y cosificación. La ideología, toda clase de «ideas separadas», son algo concreto susceptible de ser utilizado por políticos, por el poder. Lo que estamos escribiendo, por ejemplo, puede ser utilizado o manipulado por los poderosos «líderes» de la poco poderosa oposición antifranquista, si se ve reducido a su carácter de cosa elaborada que ahí queda, si no se traduce en una práctica que realice cuanto aquí venimos escribiendo.

La crítica «teórica» a la ideología que aquí hemos emprendido, tanto desde el punto de vista arcaísta —cita de la «tesis de Feuerbach» de Marx—, como desde el punto de vista modernista —la ficción del fin de las ideologías tanto por parte de los burócratas «prácticos» del Este como por parte de los tecnócratas científicos del neocapitalismo— no tiene valor alguno por sí sola. Sólo tiene valor en la medida en que no sean ideas separadas de la acción, en la medida en que estén situadas constantemente al nivel de la «praxis». El concepto «praxis» quiere indicar precisamente esto: un pensamiento en proceso de realización, una realización que se piensa a medida que nos apropiamos de ella como realización. Praxis no es lo mismo que «práctica», es el paso dialéctico continuo

del pensamiento a la acción y viceversa. No hay teorías ciertas o falsas, sino pensamientos eficaces o no, realmente realizados en una apropiación creadora.

Cuanto hasta aquí se ha escrito, especialmente que la conciencia de clase (que asume la misión histórica del proletariado contra el mundo de la mercancía) no es una ideología, sólo tiene valor en la medida en que se relativiza su propio mundo estableciendo una reestructuración crítica permanente que impida su constitución como «ideas separadas»; en definitiva, sólo tiene sentido en la medida en que no queda separado de la realidad concreta y de su proceso mundial de transformación. Cuanto hasta aquí se ha escrito y cuanto pueda seguir escribiéndose, sólo tiene sentido si quienes lo escribimos, quienes lo difunden, quienes lo leen, quienes lo intuyen, etc., contribuimos colectivamente a realizarlo en la práctica, a transformar el mundo aquí y ahora.

II Parte

... con plano radicalismo, hasta el fin, la lucha in-
sulo, Barcelona 1970-71. Barrera
FIN...
... asegurar sus auténticos objetivos. La lucha in-
... con los viejos mitos obreros, políticos y orga-
... del movimiento obrero en España, panes de manifi-
... planteamiento auténticamente revolucionario, para la revolución
... no se limita a plantear de forma explícita una situación d-
... con respecto a los pasados errores, sino de la lu-
... formular una actitud eminentemente crítica. Plan
... del proceso revolucionario (el auténtico)
... de la lucha de la clase crítica. Plan
... el proyecto revolucionario, para la revolución
... tan fundamentales (el auténtico)
... cuestiones fundamentales, hasta el
... limita a revolucionar problemas, hasta el
... de una "etapa" revolucionaria, hasta el
... de una "etapa" revolucionaria, hasta el
... de una "etapa" revolucionaria, hasta el

LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO



No es una crisis únicamente económica

Hay que devolver al concepto de crisis todas sus profundas implicaciones que tenía en la obra de Marx. Sus sucesores no distinguieron suficientemente los conceptos de crisis cíclica del capitalismo y de crisis total del desarrollo social capitalista, confundieron con una crisis meramente económica y de paro total de la producción que debía producirse de modo inexorable, la crisis total que Marx anunciaba, y en la que era todo un modo de producción el que entraba en crisis. Marx no limita la crisis al nivel de la infraestructura económica, sino que considera concernidas la estructura social y las superestructuras políticas e ideológicas, incluso el Estado. Basaba efectivamente tal predicción en un análisis de la racionalidad capitalista —que pretende ser una «racionalidad económica»— y en las líneas tendenciales de su evolución. Marx fundamenta por ello su crítica al capitalismo en la crítica económica, no porque sostenga planteamientos economicistas, sino porque el capitalismo pretende basar en las «leyes naturales eternas de la Economía» la justificación de su existencia y funcionamiento, su racionalidad

como sistema total. En otras palabras, Marx ataca la racionalidad del sistema capitalista en su más inaccesible ciudadela, mediante su crítica de la Economía Política.

Al tomar por separado las aportaciones de la obra de Marx han surgido el economicismo, el politicismo y el filosofismo, tres deformaciones oportunistas del aporte de Marx a cargo de sus sucesores y sin sentido del conjunto, de la totalidad; se ha convertido al marxismo en especialidades separadas. Consecuencia de ello es que se confunda la crisis mundial del capitalismo con una crisis cíclica que llega automáticamente, sin necesidad de la lucha de clases. Sólo así pueden hacerse desarrollos politicistas separados del planteamiento global; decir, por ejemplo, que en las nuevas condiciones del Imperialismo, y ante la no realización de la «crisis automática» del ciclo económico —de que hablan los economicistas— se impone la sustitución de la clase obrera por un partido de «revolucionarios profesionales», una vanguardia, etc. en la lucha de clases. Para justificar este tipo de maniobras politicistas hace falta la invocación de una ideología; tal es el papel que corresponde llenar al filosofismo, el de convertir el marxismo en una ideología, en una doctrina, en una especialidad separada del resto del aporte de Marx, en una deformación del auténtico marxismo en definitiva.

Se trata de un triple oportunismo que viene a deformar el aporte de Marx: es preciso reintroducir la dialéctica entre todos los niveles de la realidad —economía, política, filosofía—, es preciso superar los planteamientos mecanicistas de los oportunistas de derecha y de izquierda. No hay por qué esperar una crisis exclusivamente del ciclo económico, una crisis automática independiente de la agresividad y conciencia de la lucha de clases; la organización y la conciencia revolucionaria tampoco puede ser pensadas por separado. Es muy importante para todo el planteamiento de la lucha de clases el ser conscientes en todo momento de que el capitalismo

tiene planteada ante sí una crisis mundial; no una crisis de carácter meramente económico, sino una crisis total.

Acumulación y reproducción del capital

Lo que distingue al capitalismo de todos los anteriores sistemas de producción (esclavismo, feudalismo, capitalismo comercial, etc.) es que no se limita a efectuar una reproducción simple del capital; así como todos los sistemas de producción se limitan a recoger al final del ciclo económico el capital invertido (reproducción simple), el capitalismo no puede conformarse con ello sin entrar en crisis, debe efectuar una «reproducción ampliada» de capital. De ahí, el carácter expansivo del capitalismo: empieza en unos pocos sectores del modo de producción y acaba invadiendo y determinando todo el sistema económico, social, político e ideológico; empieza en un pequeño rincón del mundo llamado Europa y acaba invadiendo todo el planeta.

Una visión histórica amplia de la aparición de los primeros focos de economía capitalista —capitalismo comercial europeo— y del lento paso de los siglos hasta la implantación del capitalismo como sistema, plantea pronto una serie de preguntas: ¿por qué apareció precisamente en Europa occidental? ¿Cómo fue invadiendo progresivamente el mundo y a qué obstáculos tuvo que enfrentarse? Es lo que se conoce como el problema de la acumulación primitiva de capital: si se invierte un capital para que se multiplique dando un capital mayor (reproducción ampliada del capital, punto fundamental de la rentabilidad del capitalismo, es decir de su existencia y funcionamiento) y este proceso se inicia en Europa¹⁷

17. La afirmación de los compañeros del MIL nos parece presa del eurocentrismo. El capitalismo no nace en Europa y se va extendiendo al mundo. Por el contrario, pese

con tal envergadura, es que había un capital acumulado extraordinariamente considerable.

Según Goldmann, la acumulación primitiva de capital en Europa en la alta Edad Media no fue exclusivamente fruto de la usura sino que se debe a un fenómeno en más alta escala y con motivaciones ideológicas de tipo religioso. Gracias a la existencia de los grandes monasterios medievales y a las órdenes religiosas en torno a los cuales se movía toda la economía de su tiempo, básicamente agrícola, pudo llevarse a cabo la acumulación primitiva de capital que exige que exista más producción que consumo. Los monasterios de la época feudal pusieron en marcha la agricultura europea, pero debido a los famosos «votos de pobreza» realizaron durante siglos y siglos una producción máxima con un consumo mínimo. La existencia de esta «acumulación primitiva» feudal hace posible la aparición de florecientes ciudades (s. XII-XV) bajo la protección directa de la monarquía —es decir, del Estado—. El Estado cobra fuertes impuestos a los señores feudales y protege en cambio a las ciudades, con lo que inician su despegue los gremios, los usureros y el capitalismo comercial en general, sector que en los siglos XVI y XVII se lanza ya decididamente a la reproducción ampliada del capital y a la invasión del mundo (América, Asia y África). Siendo correcta la opinión de Goldmann sobre la acumulación primitiva de capital, nos encontramos con la paradoja de que, en nombre de la religiosidad y del voto de pobreza, se había acumulado riqueza y se había abierto paso al «materialismo» burgués-capitalista con su consiguiente fetichismo del oro, del dinero y de la mercancía. Ironías de la historia.

a la importancia de los centros mercantiles europeos, el capitalismo surge del mercado mundial que va subsumiendo y descomponiendo todas las sociedades anteriores. Todo este proceso se impone en todos los aspectos de la vida de forma violenta y totalitaria para ir determinando todo en forma cada vez más profunda por la lógica del valor.

Sólo en nombre de un más allá puede convencerse a las clases trabajadoras de que acepten con gusto una producción máxima y un consumo mínimo. Este «más allá» puede estar en la otra vida —en el caso de la religión medieval aquí examinado— o en este mundo (el «mas allá» del futuro: la acumulación primitiva de los países mal llamados «socialistas» se ha hecho en nombre de un futuro mejor, de una Sociedad nueva y de un Hombre nuevo, de los ideales del socialismo y del comunismo, de la marcha de la Historia y de los intereses de la humanidad); tanto en el caso de la superstición religiosa como en el de esta nueva forma de mistificación se trata de sacrificar el presente a un futuro inalcanzable (el cielo o un «paraíso comunista» que va dejándose siempre para más tarde durante más de medio siglo); se trata de estrecharse hoy los cinturones y consumir por debajo de lo que se produce; y en uno y otro caso la mayoría del pueblo cree equivocadamente que este sacrificio del presente en nombre del paraíso futuro o «más allá» es justo y positivo.

La tendencia decreciente de la cuota de ganancia

Los conceptos económicos que dan razón de la puesta en marcha del capitalismo —acumulación primitiva del capital— y de su funcionamiento de progreso y expansión —reproducción ampliada del capital— no son meramente económicos como acabamos de ver sino que comportan unas estructuras sociales, unas superestructuras ideológicas adecuadas: «No es la conciencia lo que crea el ser social sino el ser social el que crea la conciencia». Marx, una vez analizados ambos aspectos, examina las posibles perspectivas del capitalismo y llega a la conclusión de que la expansión del capitalismo inherente a la reproducción ampliada del capital no puede ser indefinida, que algún día el mundo le va a resultar demasiado

pequeño, que la búsqueda de nuevos mercados mediante el Colonialismo no puede ser solución indefinida al problema¹⁸. En base al desgaste tecnológico, etc. Marx formula la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia: la reproducción ampliada del capital va a ser cada vez más difícil debido a la disminución progresiva de la cuota de ganancia que, en tanto que ley tendencial más que como profecía, Marx la observa ya en el funcionamiento del capitalismo de su tiempo, poniendo en claro las contradicciones inherentes del capitalismo.

Si se dan en el capitalismo una serie de crisis cíclicas, de las que la más famosa fue el crack mundial de 1929, es debido a que el funcionamiento interno del capitalismo no es tan armónico como pretende, sino que presenta contradicciones internas innumerables que pueden resumirse a grandes rasgos en esta doble tendencia que le viene impuesta: la tendencia a la reproducción ampliada del capital, base de su racionalidad económica y de subsistencia, y la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. En los debates académicos entre los economistas burgueses y los economistas «marxistas» se niega la existencia de tal tendencia decreciente por una parte y se afirma dogmáticamente por la otra la disminución efectiva de los beneficios precisamente en la era del capitalismo de grandes monopolios, que ha eliminado el mercado en tanto que fuente de contradicciones internas y crisis periódicas, que se ha asegurado la colaboración directa del Estado en la planificación económica de la burguesía. Ni unos ni otros se dan cuenta de que

18. Nunca Marx defendió tal cosa, fue más bien Rosa Luxemburgo en su obra *Acumulación de capital*, la que afirmó dicha tesis sobre la crisis. Marx, por el contrario, siempre afirmó que las contradicciones del capital son internas, no externas. No depende de mercados externos al capitalismo, sino de la propia naturaleza del sistema de producción capitalista, que la sobreacumulación de capital a la que se ve empujado por el proceso de valorización implica agudizar todas sus contradicciones, y que son las contradicciones de clase las que sintetizan todas las demás y las lleva hasta sus últimas consecuencias, la destrucción del capital.

Marx apuntaba únicamente una tendencia, una ley tendencial, y que admitía perfectamente que tal línea tendencial pudiera ser provisionalmente paliada pero nunca eliminada del todo: por el contrario, la supresión del mercado, la concentración monopolista, el recurso al Estado, etc. no hacen más que confirmar que efectivamente existe una tendencia decreciente y que se movilizan toda clase de recursos para paliarla provisionalmente.

La confusión de la crisis mundial del capitalismo con una crisis meramente económica, creencia en el paso automático-mecanicista de esta crisis económica a la crisis total de la estructura social y de las superestructuras políticas —Estado— e ideológica, ha permitido esta presentación dogmática de la crisis como efecto de una tendencia dogmáticamente irreversible en vez de presentarlo como una línea tendencial inherente a la lógica del sistema capitalista y ha permitido a los economistas burgueses —J.M. Keynes, Schumpeter, etc.— el negarlo precisamente en el momento en que estaban experimentando más fuertemente sus consecuencias, en el momento en que el capitalismo se veía obligado a introducir correctivos poderosos —planificación indicativa, mecanismos anti-crisis, etc.— para subsistir, en el momento en que no tenía más remedio que ponerse en los brazos del Estado. Desde el período 1929-33 puede afirmarse que hemos entrado en la crisis mundial del capitalismo y en la artificial prolongación de su agonía.

Métodos artificiales de supervivencia del capitalismo

No pretendemos entrar en cuestiones de especialista, que se hallan hoy estancadas por uno y otro lado en un debate mal planteado por ambos. Pero podemos y debemos preguntarnos cómo subsiste el capitalismo después de su gran crisis de 1929-33, cri-

sis de alcance mundial y total que llegó a extremos tales como el auge del fascismo; preguntarnos cuáles son sus recursos para combatir la tendencia decreciente de la cuota de ganancia asegurando una reproducción ampliada del capital. Se pueden resumir dichos recursos en:

1. La ampliación de mercados, exteriores o interiores.
2. La industria de guerra, en tanto que industria no productiva directamente vinculada al presupuesto del Estado.
3. Las innovaciones tecnológicas.

En primer lugar, la burguesía recurrió al aumento de la producción a través de la innovación tecnológica y por medio del colonialismo; a ello siguieron las guerras colonialistas y las guerras interimperialistas para disputarse las colonias, modificar el reparto del mundo —con ello no se niega que las colonias fueran, además de nuevos mercados, una fuente de materias primas baratas—. En 1870 surge la vía prusiana hacia el capitalismo en la que la «revolución industrial» no es realizada por la burguesía industrial que se enfrenta revolucionariamente al Estado si no por el Estado mismo —viene a ser como el primer anuncio de la colaboración Estado-burguesía que se generalizará con la aparición de los grandes monopolios—.

Los comienzos del siglo xx vienen presididos por la crisis mundial del capitalismo: la primera guerra mundial (1914-18) aplaza la crisis económica hasta el famoso «crack» de la Bolsa de Nueva York en 1929; el final de la primera guerra mundial precipita con violencia inusitada la crisis política y la lucha de clases internacional (Rusia 1917, Alemania 1918-20, Hungría 1919, Holanda 1920, Italia 1921). Con la implantación de regímenes autoritario-fascistas en los países sobre los que se cierne la amenaza de una lucha de clases revolucionaria (Italia, Alemania, Austria, España, Bélgica, Francia...) y de una estrecha vinculación Estado-burguesía para la reorganización económica en los países llamados «democráticos»

—los países capitalistas no-fascistas— y con el estallido de la segunda guerra mundial y la postguerra culmina sin resolverse la gran crisis mundial del capitalismo, es decir: la contradicción entre la necesidad de realizar una reproducción ampliada de capital y la dificultad de realizarlo ante la tendencia siempre decreciente de la cuota de ganancia.

¿Puede esta agonía prolongarse indefinidamente?

Mediante los enormes complejos industrial-militares de la segunda guerra mundial, la destrucción que comportan (a un nivel de tecnología superior a todas las guerras del pasado) y la necesidad de reconstrucción de la postguerra, se despilfarra el excedente que provocan las crisis económicas capitalistas y se realiza una nueva reproducción ampliada de capital, postergando para más tarde la crisis mundial del capitalismo y efectuando las transformaciones necesarias para aplazarla indefinidamente. Ello no hace más que acentuar las contradicciones internas del capitalismo, contradicciones que quedaron por resolver.

Hay dos etapas, claramente diferenciadas, en esta postguerra mundial, que políticamente se conocen como etapa de la Guerra Fría y etapa de «coexistencia pacífica». En la primera fase de la postguerra, la reconstrucción del Occidente Europeo proporciona un nuevo mercado para el imperialismo yanqui: es la fase presidida por la ideología anti-comunista y la mentalidad de «milagro económico» —ni los propios capitalistas logran dar crédito a sus ojos al ver que se ha realizado una nueva reproducción ampliada de capital y lo consideran algo milagroso—. La industria aplica una serie de innovaciones tecnológicas procedentes de las industrias de guerra (una de ellas se llama significativamente «Átomos para

la paz»). En nombre del «milagro económico» se aumenta el nivel de vida de las clases trabajadoras con lo que se crean nuevos mercados—un mercado interior—al mismo tiempo que se consiguen unos resultados políticamente integradores e ideológicamente mistificadores.

La descolonización y los planes para desarrollar el «Tercer Mundo», dentro del mantenimiento de relaciones neocoloniales es también un intento contradictorio de crear nuevos mercados para el futuro: ¿cómo compaginar la necesidad de que estos países sean unos clientes económicamente solventes con la necesidad de que no puedan ser jamás autosuficientes con respecto a los países imperialistas? Toda esta maniobra económica-ideológica de los primeros años de la postguerra presenta sus contradicciones: la reconstrucción de la Europa Occidental, su constitución en «sociedad de consumo» neocapitalista, el neocolonialismo, etc. se basan en la ideología anti-comunista; ello comporta el mantenimiento de una serie de guerras locales (Corea, Vietnam, Argelia...) que, si en un primer tiempo sirvieron, junto con la acumulación de arsenales atómicos de dimensiones absolutamente irracionales, para justificar el presupuesto de los complejos industrial-militares y sus innovaciones tecnológicas, a la larga se han demostrado como elementos poco manejables o provocan la inflación en momentos de coyuntura desfavorable.

A partir de los años 60, aproximadamente, esta fase puede darse por acabada, se ha gastado ya una buena parte de esta insólita reproducción ampliada del capital y vuelve a presentarse el fantasma de la cuota decreciente y de la crisis; veamos qué estrategia adopta el capitalismo para postergarla de nuevo. Las relaciones neo-colonialistas con el Tercer Mundo se deterioran y el Imperialismo demuestra con toda evidencia que no sólo no va a industrializar a estos países sino que va a empobrecerlos más y más: surgen entonces rupturas de muy diverso signo desde Cuba

al Congo o Argelia hasta los regímenes militares anti-imperialistas —Egipto, Perú—, pasando por posiciones intermedias como Bolivia o Chile. Se mantiene la «sociedad de consumo» neocapitalista pese a haberse acabado el «milagro económico»: el resultado son las oleadas de huelgas salvajes que irrumpen en Europa y América. Se sustituye la ideología de Guerra Fría por la de coexistencia pacífica Este-Oeste con lo que se consigue:

- a) Nuevos mercados para el mundo occidental.
- b) La posibilidad de aprovecharse de una serie de innovaciones tecnológicas del otro bloque.
- c) La mistificación ideológica que comportan estas aperturas así como la que comporta la aparición en el otro bloque del modelo occidental de «sociedad de consumo».
- d) Una transformación cualitativa de la industria de guerra.

Ésta, efectivamente, va a reducir sus irracionales arsenales atómicos mediante acuerdos bilaterales y va a dedicarse a la conquista del espacio; subsisten ahí los altos presupuestos y las investigaciones tecnológicas de posterior aplicación a la industria, pero lo que antes era Guerra Fría pasa a convertirse en una simple rivalidad casi deportiva, en una carrera por el prestigio del régimen de libre competencia.

Resumiendo: tras la crisis mundial del capitalismo de 1929-33, se ha logrado reproducir de nuevo en forma ampliada el capital sólo mediante el fascismo, la segunda guerra mundial y sus primeras consecuencias, es decir, en forma anormal. En 1971, podemos considerar esta etapa como ya superada —aunque se mantengan reminiscencias de fascismo en España, de Guerra Fría en Vietnam, de ideología anti-comunista en la propaganda yanqui, etc.—. Cuanto más el neocapitalismo disfraza estas contradicciones internas que no ha sabido resolver sino prolongar, más se ponen de manifiesto. Ante el fantasma de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, ¿podrá el sistema capitalista realizar una reproducción

ampliada de capital? ¿Serán suficientes para ello los nuevos mercados de los países del Este, la carrera del espacio, una «sociedad de consumo» sin «milagro económico», etc., en un mundo en que no puede ya recurrirse a una tercera guerra mundial? ¿No se corre el riesgo de que aflore de nuevo la contradicción fundamental del capitalismo?

LA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL DEL CAPITALISMO, HOY

No se puede considerar como azar el hecho de que es precisamente la sociedad capitalista la que se ha convertido en campo clásico de aplicación del materialismo histórico.

GEORG LUKÁCS, 1923

La «contradicción fundamental» según Marx

¿Por qué decimos que corre el riesgo de que aflore de nuevo «la contradicción fundamental» del capitalismo? No nos referimos aquí a la contradicción entre su espíritu expansionista —necesidad de una «reproducción ampliada del capital»— y la tendencia decreciente de la tasa de ganancias. Ésta es una contradicción puramente económica que afecta a toda su racionalidad economicista, a la racionalidad del capitalismo como sistema. Pero, en tanto que lo único que entra en crisis es la economía y la racionalidad social, tiene una doble salida: el irracionalismo teórico —los fascismos, filosofías de angustia, etc.— y el recurso a las grandes «técnicas» prácticas —los nuevos mercados, las guerras, los inventos—.

Cuando Marx habla de contradicción fundamental no se refiere a una crisis económica sino a una crisis de sociedad, a una crisis total que afectará también a la economía: según Marx, a medida que el capitalismo vive, se desgasta en la medida en que acentúa la contradicción que él considera la fundamental, entre el carácter cada vez más social de la producción y el carácter cada vez más privado de la apropiación. Esto es más peligroso para el sistema que la crisis económica misma, en la medida en que hace cada vez más insostenibles las reglas del juego capitalistas, sus concentraciones monopolistas, su apropiación de la plusvalía, su recurso de sometimiento de la sociedad al Estado: es esta contradicción fundamental la que pone en crisis tanto las relaciones de producción (división del trabajo) como las relaciones sociales (división de la sociedad en clases).

Tras la crisis mundial del capitalismo (que hemos situado simbólicamente en 1929-33), el sistema capitalista ha salvado la crisis económica (su racionalidad) a costa de agudizar su contradicción fundamental: ha efectuado una nueva reproducción ampliada a costa de acentuar el carácter social de la producción y el carácter privado de su apropiación. Se ha pasado de la primera fase de Imperialismo —analizada por Lenin— a una mayor concentración monopolista, a una imbricación oligopólica de los monopolios entre sí, y de todo el sistema de monopolios económicos con el Estado: el carácter privado de la apropiación se acentúa. Al mismo tiempo que el Estado saca las castañas del fuego al capitalismo, se acentúa el carácter social de la economía: es el que tradicionalmente representaba el bien común de la «sociedad» el que hoy en día se convierte en gerente de los monopolios —mediante los planes de Desarrollo— y en un capitalista más —mediante las empresas estatales y semi-estatales—.

Contradicción fundamental y neocapitalismo¹⁹

La posguerra europea, los años 60 españoles, vieron el desarrollo de la filosofía «desarrollista». El Estado como Providencia, la desaparición de las diferencias de clases no mediante una mejor distribución sino de un mayor desarrollo para todos (y por tanto también para la clase obrera que podrá tener también su utilitario a plazos, su electrodoméstico, su televisor, etc.), en una palabra, la paradisíaca «sociedad del bienestar»; todo, naturalmente, mediante lo que ellos mismos llamaban «milagro económico». Pasada la primera fase de la posguerra europea, pasados los ilusionados años 60 españoles, la dura realidad ha vuelto a poner en pie los mismos problemas, toda esta retórica desarrollista ha puesto de manifiesto el carácter social de la producción sin eliminar en absoluto la apropiación privada de dicho «milagro». En las zonas en que se ha llegado a conseguir crecimiento económico, se ha dado sin desarrollo social ni político alguno, crecimiento en vez de desarrollo, crecimiento privado en vez de desarrollo económico-social.

La fase del «desarrollismo», en la que hoy ya ni creen los burgueses, ha acentuado el carácter social de la producción en dos aspectos:

1. La «triumfal» intervención del Estado en la economía ha pasado a ser decisiva, con o sin milagro, con o sin propaganda «desarrollista».

19. Entendemos que no tiene sentido hablar de neocapitalismo, basándose simplemente en particularidades de un momento de «milagro económico» como la llamada «sociedad de bienestar», un mayor acceso al consumo, etc. Particularidades que no sólo tuvieron lugar únicamente en una pequeña parte del mundo, sino que hoy están llegando a su fin por las propias contradicciones del capital.

2. El crecimiento económico comporta la extensión del sector «servicios» —lo que los economistas llaman «sector terciario»—, es decir, de un sector que no es directamente productivo²⁰ —aunque sea rentable— sino fundamentalmente social.

Sin coger ejemplos demasiado lejanos como los USA, Japón, Suecia, o la «milagrosa» Alemania occidental, puede decirse que Francia, un país del Mercado Común, pero con tan poco «milagro económico» que ha tenido que devolver la moneda, tiene sólo un 25% de proletariado productivo: de cada 4 obreros asalariados franceses sólo uno produce mercancías mediante un trabajo de transformación de una materia prima más o menos elaborada; los otros 3 son oficinistas, intermediarios, o satisfacen otro tipo de necesidades no productivas y la creación de nuevas necesidades, esto que se llama Servicios y que abarca desde transportes, grandes almacenes, hasta la publicidad y el espectáculo, pasando por toda clase de burócratas y funcionarios.

La contradicción fundamental del capitalismo ha llegado con el neocapitalismo a su más pleno paroxismo. La producción es cada vez más social.

1. Se trata de un servicio a la colectividad tres de cada cuatro veces.
2. Viene desarrollado por el Estado —entendiendo por «Estado» en un sentido amplio que abarque desde los funcionarios del Plan de Desarrollo y los gobernantes, hasta los políticos de la oposición y los montajes sindicales—.
3. Es apropiado privadamente por un capital cada vez más concentrado y unitario, cada vez más al margen del trabajo creador colectivo.

20. Es un error frecuente identificar trabajo productivo con producción material, cuando bajo el capitalismo es productivo todo trabajo orientado a la creación de plusvalor (entre el que también está el sector servicios).

4. En ocasiones incluso el Estado se convierte en patrono explotador (empresas estatales y semi-estatales, monopolios controlados por el Estado, etc.).

La «racionalidad» capitalista en crisis

Hemos dicho que el capitalismo ha logrado la reproducción ampliada, y la consiguiente superación de su crisis mundial, mediante la agudización de la contradicción fundamental entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, es decir, mediante una entrada en crisis de la «racionalidad» social del sistema a cambio de su supervivencia económica. ¿Qué pasaría si se prescindiera de la racionalidad capitalista? Suprimiríamos la contradicción fundamental del capitalismo suprimiendo no sólo la propiedad privada sino también toda otra forma de apropiación privada (por ejemplo, la que efectúa la burocracia en los países mal llamados «socialistas»). La economía dejaría de dominar a la sociedad:

1. Desaparecerían los criterios de lucro, ganancias, rentabilidad, etc. y todo se convertiría en servicios de la noche a la mañana, y progresivamente tales servicios pasarían a ser gratuitos (viviendas gratuitas, transportes públicos gratuitos, alimentos gratuitos, almacenes públicos gratuitos, etc.).
2. Desaparecerían los criterios del productivismo, la moral de elogio del «trabajo forzado» sería sustituido por el derecho a la pereza.

Se comprenderá que esta superación de la contradicción fundamental del capitalismo, hoy más aguda que nunca, no es tan simple en la medida en que implica la eliminación al mismo tiempo del Estado y de la economía política del capitalismo que es la que

en definitiva le consagra con el valor de cambio, los conceptos de salario y precio, de dinero y mercancía. En vez de extendernos en hipótesis abstractas sobre una sociedad futura liberada del Estado y de la mercancía, preferimos plantearnos cuáles son hoy los aspectos más punzantes de la contradicción fundamental de la sociedad neo-capitalista.

1. La publicidad, un fenómeno diariamente vivido por todos nosotros, en el que la mercancía se convierte de forma ya habitual en espectáculo, en un intento irracional de alienación, con la frustrada pretensión de convertirse en ideología dominante —el consumismo es la publicidad como ideología—.
2. La automatización, un tema más especializado —las «fábricas sin obreros» como posibilidad ya experimentada al nivel actual de innovaciones tecnológicas—, plantea un doble tema: el de la contradicción fundamental y el de por qué el capitalismo ya no puede recurrir hoy en día a la innovación tecnológica para combatir la cuota decreciente de ganancia sin llevar la contradicción fundamental hasta extremos intolerables.

La publicidad: la mercancía se ha vuelto espectacular

En la época del llamado «capitalismo de libre competencia», el templo en el que se adoraba el fetichismo de la mercancía era el mercado. Con el acceso a la fase de capitalismo monopolista de Estado, el mercado puede considerarse como definitivamente desaparecido. Pero ¿puede funcionar el capitalismo —sistema basado en la mercancía y en el poder de la mercancía— sin que se exprese de una u otra forma el fetichismo de la mercancía? Ésta es la misión encomendada a la publicidad: crear un nuevo fetichismo de la mercancía mediante nuevas técnicas, y manifestar con ello la nue-

va fase en que ha entrado el sistema de la mercancía (capitalismo), fomentando al mismo tiempo una ideología no-ideológica que se llama «sociedad consumista», «civilización del bienestar», etc.

A la mercancía le coge la borrachera del espectáculo, parece como si se hubiera vuelto loca. Siempre la mercancía ha necesitado sus intermediarios y anunciantes pero nunca como hoy el anunciante se había llevado la parte del león: si compramos un producto, introducido en estos mecanismos del consumismo, por 100 ptas —es una aproximación promedio que en algunos productos es menor y en otros es incluso superior— podemos considerar que 25 ptas se destinan a cubrir el valor de la materia prima y del trabajo añadido, otras 25 ptas se quedan en manos de los intermediarios, y las 50 ptas restantes se destinan a cubrir gastos de publicidad.

Esta estrategia irracional de la mercancía que consiste en multiplicar por cuatro sus precios de coste para que el público compre es sin embargo coherente en la medida en que está estudiada de acuerdo con nuestros comportamientos: ha pasado la época del mercado, en que se comparaban precios y calidades; hoy vivimos en el enorme supermercado del capitalismo monopolista de Estado y, no sólo puede darse ya la empresa decidida a romper los precios de la competencia eliminando los gastos enormes de publicidad e intermediarios, sino que en caso de que se diera esta utópica empresa que vendería a precios que serían la cuarta parte de los de los monopolios, tal empresa no lograría vender porque su estrategia de mercado no estaría de acuerdo con nuestros comportamientos «publicitaristas».

En nuestro comportamiento cotidiano acabamos por hacernos a la idea de que no puede haber calidad donde no hay publicidad (salvo en el consumo de lujo: por ejemplo, los libros, el arte, el diseño, etc. que tienen una forma de «publicidad no publicitaria» de acuerdo con el tipo de mercancía que colocan en el mercado).

La publicidad pone al servicio de la mercancía nuevas técnicas, como hemos dicho antes no nos referimos a las técnicas materiales—carteles, luces, sonido, film, etc.—sino a las técnicas de estudio del subconsciente del público.

La publicidad nos estudia como si fuera un médico psiquiátrico y da su diagnóstico: frustración sexual, impotencia individual y colectiva, etc. Somos todos unos neuróticos que necesitamos autoafirmarnos y no lo logramos por nuestras fuerzas: la publicidad nos dice que tendremos más poder, sexo, éxito, etc. si consumimos tal marca, que podremos realizarnos en el acto mágico de consumir.

Pero la realidad es muy distinta de lo que la publicidad dice. La publicidad tiene sus problemas:

1. Saturación: la ola de reclamos que recibimos crece en una vertiginosa espiral y, aunque quisiéramos, no tenemos tiempo ni dinero para satisfacer reclamos tan contradictorios.
2. No realización: aunque nos limitemos a unos pocos de tales reclamos no nos realizamos por el hecho de fumar tales cigarrillos, ni somos más viriles bebiendo marca cual, ni nuestra vida familiar se consolida por el hecho de consumir el sopicaldo tal otro, ni tenemos más poder con tal mechero o más éxito amoroso con el dentífrico cual.
3. No sentido: la publicidad es como una quiniela o una lotería que nunca tocarse a nadie... La mercancía se ha transformado convirtiéndose en imagen imaginaria, el nuevo «fetichismo» de la mercancía haciéndose espectáculo—la publicidad—es o quiere ser el nuevo «opio del pueblo», duda entre ser mercancía y ser ideología, para acabar convirtiéndose en una mercancía de nuevo tipo: una mercancía que se consume a sí misma.

La publicidad es pues un reconocimiento cotidiano y una falsa solución de la frustración de nuestra vida cotidiana. Imprime a toda la mercancía un fetichismo fuertemente erotizado que opera sobre nuestro subconsciente; crea falsas necesidades o falsas

soluciones a necesidades reales; su aportación a la conformación de nuestra personalidad individual y colectiva es irracional desde el punto de vista psicológico, sociológico, económico, urbanístico, cultural, etc.; manifiesta un comportamiento absurdo por parte de la mercancía que refleja la no-superación de la crisis mundial del capitalismo en esta prolongación artificial de su agonía; la publicidad es una mercancía que se autoconsume y en cierta manera este absurdo afecta a la mercancía anunciada.

En definitiva, el fenómeno de la publicidad pone en evidencia el grado de agudeza que alcanza en nuestros días la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter social de la producción y el carácter privado y despilfarrador de la apropiación que la publicidad oculta fingiendo la posibilidad falsa de una participación colectiva real.

La automatización: un umbral tecnológico a franquear

La abstracción de la producción hace que el trabajo sea cada vez más mecánico, y a fin de cuentas que el hombre resulte excluido de ella y que la máquina lo sustituya.

G.W.F. HEGEL, *Principios De La Filosofía Del Derecho*, 1821

Creemos interesante referirnos a la problemática que plantea la automatización al capitalismo en la medida en que no lo consideramos un fenómeno puramente tecnológico, un simple progreso técnico (la cibernética), sino en la medida en que constituye un auténtico salto cualitativo que afecta no sólo a los medios de producción sino también a las relaciones de producción de manera tan esencial que amenaza con tener repercusiones a nivel de las relaciones sociales, llevando a su punto límite la contradicción fundamental

entre una producción absolutamente social y una apropiación privada desprovista ya —al nivel de la automatización— de todo sentido.

Explicuemos qué entendemos por automatización. No se trata de que haya sectores de la producción —como la electrónica o el petróleo— que realicen todo su proceso productivo en forma automática cubriendo unas fases del proceso productivo mientras el trabajo en cadena cubre otros (cosa que se da hoy prácticamente en todo sector industrial con maquinaria puesta al día). Todo esto es sólo un débil anticipo de lo que puede ser la automatización al nivel de los conocimientos científicos de nuestro tiempo (al nivel de los aviones USA en Vietnam, al nivel de los experimentos rusos y americanos en la carrera del espacio):

1. La automatización comporta la supresión de las cadenas de trabajo, de sus ritmos infernales para aumentar la productividad, ya que todo proceso productivo corre a cargo de máquinas automáticas con capacidad de autocontrol.
2. La automatización comporta la posibilidad de programar automáticamente toda la producción de una empresa, a partir de un mínimo de decisiones previas tomadas por los que la gestionan, mediante las nuevas técnicas de la cibernética (cerebros electrónicos, ordenadores, Computers).
3. La automatización es, según los expertos, la aplicación a todas las ramas industriales presentes y futuras de una lógica equivalente a la agricultura, ya que el hombre debe limitarse a «sembrar» decisiones adecuadamente y a recoger «un fruto» —el producto industrial— realizado naturalmente por sí solo.
4. La automatización aplicada integralmente no elimina a la mano de obra de unas determinadas industrias para volcarla hacia otras, sino que elimina el concepto mismo de mano de obra (al nivel inicial de aplicación, se aplicará a las industrias desplazando la mano de obra hacia el sector servicios, pero esto a su vez no sólo crecerá extraordinariamente sino que se automatizará en buena parte).

5. La automatización es, en definitiva, la extensión universal de las «fábricas sin obreros» que sólo exigen del hombre unas mínimas tareas de vigilancia y manutención y la pregunta que plantea es, ¿va a beneficiarse de ella la clase obrera reduciendo el tiempo de trabajo en más de un 90% y pudiendo finalmente realizar su soñado «derecho a la pereza» o podrá la burguesía excluirla e ignorarla una vez más?

6. La posibilidad de una planificación gestionada mediante la generalización a nivel de base de Computers y ordenadores —la utopía conocida como la «fábrica del plan», o sea la planificación funcionando como fábrica de centralización cibernética, sin burocracias parasitarias, de las decisiones múltiples de todo núcleo o comunidad de base, puede decirse que sí desborda hoy el marco de la automatización y que pertenece al campo de la más pura utopía.

Automación y contradicción fundamental²¹

Veamos sucintamente las reacciones de la clase obrera y de la burguesía frente a la automatización. Sin una eliminación del carácter privado de la apropiación del producto del trabajo de la sociedad, la automatización integral equivale al paro casi generalizado; mientras la automatización no se aplique de forma integral, sólo puede ser fuente de disminución de plantillas, de paro obrero, de desapari-

21. En todo este apartado se ve cómo no han roto con la ideología del progreso, llegando a preguntarse si podría ser beneficioso para la clase obrera. Más adelante (pag. 146) llegan incluso a afirmar que el comunismo conservará todo el actual progreso técnico. Hoy en día son quizás más evidentes que nunca las catastróficas consecuencias del progreso técnico para la vida humana y la naturaleza, y es importante romper con esa idea. El progreso es parte inseparable del modo de producción capitalista y un pilar de la ideología dominante que sirve siempre a las necesidades de valorización y no a las necesidades humanas.

ción del concepto de «oficio» y «calificación» en su sentido tradicional con las consiguientes desventajas a la hora de ser transferido de un puesto a otro o de una empresa a otra; los sindicatos se limitan, pues, a plantear una serie de reivindicaciones sobre el pleno empleo, alto seguro de paro, etc. y a mirar con desconfianza la automatización; ello corresponde a la conciencia espontánea del obrero que se ve desplazado por la máquina, en una especie de «paro tecnológico» semejante —aunque cualitativamente distinto— a la aparición de las «selfactinas» a principios de siglo contra las que reaccionaron las masas obreras rompiendo las máquinas y prefiriendo un estado tecnológico más retrasado, si es que la burguesía pretende hacerle pagar los platos rotos a la clase obrera mediante el paro. Es lógico y correcto que el obrero prefiera el embrutecedor trabajo de ser «un simple apéndice de la máquina» (Marx) que la miseria y el paro, aunque humanamente la automatización, al desplazarle, le evite las infernales cadenas de hoy.

Pero, si la clase obrera mira la automatización con recelo, mucho mayor es el recelo de la burguesía: con la automatización se elimina prácticamente el proletariado, el trabajo asalariado, la explotación capitalista clásica, se sustituye la «automatización» de los hombres por la de las máquinas. ¿No se corre el peligro de que con las «fábricas sin obreros» se elimine la plusvalía, la forma clásica de apropiación del excedente, de que el beneficio sea apropiado por las máquinas y no por los propietarios? Aunque la burguesía logre gestionar estas «fábricas sin obreros» y sus beneficios ¿puede apropiarse privadamente los beneficios sin llevar al proletariado sin fábricas al grado más extremo de irritabilidad? La burguesía no puede limitarse a dar una participación parcial que asegure a toda la población —trabajadora o no— un simple nivel de subsistencia sin poner de manifiesto la naturaleza real del trabajo asalariado, de la expropiación de la plusvalía, sin hacer evidente ante todos que «la propiedad es un robo» (Proudhon).

La burguesía no puede sustituir el concepto de «salario» por una nueva ficción jurídica («seguro de paro a perpetuidad», por ejemplo) sin entrar en contradicción consigo misma, sin pérdida de coherencia. Con la excusa de que el salario es el precio del trabajo —lo que vale en el mercado— daba al trabajador asalariado sólo la parte de valor incorporado indispensable para la subsistencia del obrero y se quedaba la plusvalía. Desde el momento que funciona un sistema generalizado de «fábricas sin obreros» resulta imposible concebir un término medio: la burguesía debe darlo todo o nada, es decir, debe darlo todo por las buenas o por las malas. Las «fábricas sin obreros» comportan unos «obrerros sin fábrica»: con ello la negatividad del proletariado alcanza su punto límite, se conmina al proletariado a luchar o morir, a luchar o ser claramente despojado del fruto del trabajo social —fruto que por otra parte no tiene sentido alguno producirlo si se destruye con él el paro tecnológico, su única clientela posible—.

Con todo ello, la burguesía ha pasado de ser una clase social racionalista, progresista, innovadora técnicamente, unificadora del mundo, etc. a ser un capitalismo irracional, temeroso del progreso tanto social como tecnológico, sin más recurso que el desarrollo de la industria de guerra pese a la imposibilidad de emprender nuevas guerras mundiales²²: el simple hecho de encontrarnos hoy en el umbral de la automatización y la negativa de la burguesía a lanzarse de lleno a la auténtica revolución tecnológica de nuestro tiempo (si no es en formas marginales, tímidas, que no afecten al conjunto del sistema) plantea con más agudeza que nunca la contradicción fundamental del capitalismo ante la perspectiva de un planteamiento límite.

La automatización no es para nosotros la pretensión de dar una solución técnica a la contradicción fundamental del capitalismo,

22. Al contrario de lo que afirma el MİL el capital se presenta cada vez más como una guerra generalizada.

como si la solución real no fuera la lucha de clases revolucionaria, en la medida en que no se nos plantea como una perspectiva futurista sino como un problema presente, vivido a diario en estas fábricas capitalistas que no se atreven a implantar la tecnología de su tiempo —la cibernética, la automatización— y prefieren las torturas infernales de técnicas de productivismo ya superadas, como el cronometraje o el trabajo en cadena.

SOCIEDAD TECNOCRÁTICA Y AUTORITARISMO²³



La era del Bajo capitalismo

Hemos criticado las contradicciones internas de la racionalidad económica capitalista y su crisis social generalizada o contradicción fundamental. Falta por llenar las críticas que nos merece el momento actual concreto del capitalismo, una crítica modernista tanto por la forma como por el contenido. Para ello se impone que precisemos cuál es el momento actual del capitalismo y que lo co-tejemos con los anteriores.

- Entre el feudalismo propiamente dicho y la revolución industrial que pone en pie el capitalismo como sistema transcurre una larga fase que se ha denominado capitalismo comercial, en el que la mercancía y sus representantes los burgueses tienen

23. Este apartado describe la teoría de la utopía capitalista de la expansión económica eterna, nacida de la gran matanza de la llamada Segunda Guerra Mundial. Pero esa utopía se vio desautorizada bien pronto, a partir de los 60 se comenzó a ver que era una falacia. En un puñado de países del mundo sobrevivió solamente gracias al uso masivo del crédito y el capitalismo especulativo. Lo que se dio en llamar capitalismo financiero que colapsa a principios del siglo XXI.

un papel cada vez más predominante en la economía europea; sin embargo, la nueva clase dominante no desbanca a la nobleza sino que se alía con ella durante siglos hasta que, con la revolución industrial, puede imponerse por ella misma con o sin llevar a cabo una revolución política (la «revolución burguesa»).

- El capitalismo clásico sucede a esta fase de arribismo tímido; es la fase juvenil del capitalismo, de expansión, de mercado, de libre competencia, de nuevas máquinas, nuevas legislaciones, y nuevas políticas; la burguesía, que siempre se había caracterizado por su individualismo y su racionalismo, es además «revolucionaria» y partidaria del progreso; con esta justificación civilizadora, sus máquinas de vapor y sus ferrocarriles invaden todo el mundo con una rapidez y una eficacia nunca vistas hasta entonces, atiborrándolo todo con sus mercancías, colonizándolo.

- El Imperialismo puede considerarse iniciado con la reunificación e industrialización de Alemania en 1870 a partir de una estrecha colaboración Estado-burguesía; es la fase que en política se conoce en muchos países como de «restauración»; el capitalismo se halla en pleno auge, la burguesía ha dejado de presumir de «revolucionaria» y sólo piensa en enriquecerse; el Estado se convierte en el gendarme protector de los intereses privados de la burguesía hasta enzarzarse en guerras inter-capitalistas para defender el reparto del mundo favorable a su burguesía nacional; es la fase de los grandes monopolios y la crisis mundial del sistema coge por sorpresa a toda las burguesías: la fase imperialista culmina con una guerra mundial y la gran crisis del 29.

- El Bajo capitalismo o capitalismo tardío es la fase que sigue, la superación de la crisis según diversos y contradictorios modelos históricos, todos mediante el irracionalismo y la supeditación absoluta, en una u otra forma, al Estado:

- a) La vía prusiana (1870) fue el primer intento de revolución industrial desde arriba, desde el Estado, en un país que necesita-

ba unificar sus territorios para proceder de manera rentable a la revolución industrial.

b) El modelo soviético es el segundo esquema de «capitalismo de Estado» (como luego explicaremos, no se trata de «Socialismo» sino de «capitalismo de Estado») para realizar la acumulación primitiva y la revolución industrial a partir de un país pobre, es decir, mediante la militarización del trabajo, la reducción absoluta del nivel de consumo al mínimo nivel de subsistencia y el trabajo forzado.

c) El fascismo italiano y más tarde el Nazismo alemán tomarán modelo del capitalismo de Estado soviético, de la militarización del trabajo, etc. para combatir la crisis del 29, que ya se palpa desde el fin de la primera guerra mundial, y, en el caso de Alemania, para desarrollar una poderosa industria de guerra.

d) Para hacer frente al enemigo nazi, países como Inglaterra o los EEUU, a los que el imperio del primero o el neo-colonialismo del segundo permitía mayor margen de resistencia ante la crisis, ha de militarizar el trabajo, desarrollar la industria de guerra, etc. a imitación de la Alemania nazi.

e) Los Estados Unidos son el gran vencedor de la segunda guerra mundial y su modelo se impone en toda Europa occidental: es el capitalismo monopolista de Estado, el Plan Marshall, los Planes de Desarrollo, las inversiones en Alemania occidental, la Guerra Fría contra el Este, la descolonización y neo-colonialismo, etc.

f) Para cuando el modelo americano —la tecnocracia— empiece a resultar anticuado, el capitalismo ya tiene dos posibles modelos «de recambio»: el japonés y el sueco, siempre dentro de la misma óptica estatista del Bajo capitalismo.

Bajo capitalismo y guerra

En pocas palabras, la burguesía empezó siendo «racionalista» y «empirista», en su fase clásica tuvo un carácter francamente «revolucionario», en su fase imperialista renegó de su «revolucionarismo» para dedicarse sólo a enriquecerse, y en la fase del Bajo capitalismo ha renegado además de su racionalismo y se ha vuelto partidaria del «autoritarismo irracionalista»; ello es reflejo directo de la situación respectiva de las fuerzas de producción: en el capitalismo comercial se desarrollaban poco a poco, sin prisas, con la revolución industrial tomaron un carácter progresista —nuevas técnicas— y expansionista —en nombre de la revolución, la civilización...—, cuando hubo invadido todo el mundo presintió un próximo estancamiento y se lanzó febrilmente a enriquecerse, hoy ha pasado su etapa de auge y necesita el apoyo del Estado para poder sostenerse. La burguesía era progresista cuando realizaba con creces la reproducción ampliada del capital; ha dejado de serlo al hacersele pequeño el mundo, al entrar en la crisis mundial del capitalismo: por ello se llama también al Bajo capitalismo, «capitalismo en declive», «capitalismo decadente»...

Sin embargo, el «modelo americano» se ha establecido en Europa bajo el triunfalista nombre de «Neocapitalista» y de «Sociedad de consumo». Es efectivamente una nueva fase del capitalismo: la fase decadente o estancada. Cuando las crisis económicas eran sólo cíclicas, eran el indicio de que había más oferta que demanda y que por ello era preciso que se destruyera una parte de la oferta: los mecanismos de la crisis se encargaban de dicha destrucción. Con el Imperialismo, la destrucción previa necesaria para permitir la realización de reproducciones ampliadas de capital corrió a cargo de las grandes guerras mundiales. En el Bajo capitalismo, la crisis es prácticamente continua y requiere el desarrollo prácticamente continuo de las industrias de guerra y el mantenimiento de gue-

rras limitadas (las guerras limitadas que precedieron a la segunda guerra mundial —España, Abisinia, conflictos centro-europeos—, la segunda guerra mundial propiamente dicha, la Guerra Fría, las «guerras calientes» de Corea y Vietnam, los arsenales atómicos, la carrera del espacio, etc.).

Cuando sólo ocasionalmente podía hablarse de superproducción y saturación de mercados, una crisis era como una especie de purga destructora que el sistema necesitaba para volver a adquirir la agilidad perdida. En una fase de superproducción y saturación generalizada se impone la generalización de la destrucción por todos los sistemas (recesiones económicas, guerras, gastos militares). Y todo este inmenso aparato de muerte no puede limitarse a ser una válvula de escape no-rentable del sistema, pagada por el presupuesto del Estado en nombre de la defensa de la soberanía del Estado: a medida que se desarrolla, los Estados de las grandes potencias se ven tentados a utilizarlo, interviniendo en la política de terceros países. ¿En qué medida este militarismo expansionista de los USA es distinto de la Alemania nazi, al plantearse en una fase histórica mucho más desgastada y decadente?

El modelo americano: tecnocracia y fascismo

El efecto más profundo de la burocratización es que, en tanto que «organización» y «racionalización» de las actividades colectivas hecha desde el exterior, culmina la destrucción de las significaciones provocada por el capitalismo y produce la irresponsabilidad en masa.

PAUL CARDAN, *Socialisme ou Barbarie*, 1960

Hemos colocado antes al mismo nivel el modelo soviético, el modelo nazi y el modelo de una burocracia de Estado que oriente la economía, eliminando las crisis, y sus posibles causas (el mercado);

los tres se basan más en la planificación que en el avance tecnológico propiamente dicho, conocen sus fases de euforia y sus fases de recesión; en los tres, el Estado puede intervenir económicamente para compensar una crisis económica mediante el aumento de los gastos de Estado (militares o civiles), los tres aumentan el rendimiento en la producción de mercancías para a continuación aumentar el nivel de vida de la población y crear así una demanda a esta oferta siempre creciente de mercancías. O sea, aumento de rendimiento, aumento de explotación y sociedad de consumo, todo ello gracias a la tutela permanente del Estado y a la intervención directa en la economía de sus especialistas: los tecnócratas. El tecno-burocratismo del modelo soviético es el que adopta formas más primarias por ser el primero en haberse puesto en marcha y por no ser conscientes sus «managers» de formar parte de la fase de Bajo capitalismo con todas las contradicciones que comporta el capitalismo de Estado: pretenden que viven en países socialistas y que sus planificaciones son socialistas-científicas. El tecno-burocratismo del modelo nazi copia del estalinismo el trabajo militarizado, la planificación de guerra (o imperativa), el culto a la personalidad, la fuerte represión a la clase obrera, etc., pero es ya un fascismo de país capitalista desarrollado: en vez del mito del socialismo científico utilizan el mito de la raza que es el más adecuado para sus necesidades de usurpar a los demás imperialismos sus áreas de influencia. El tecno-burocratismo del modelo yanqui no es «científico» —como alardeaban los soviéticos— ni «místico» —como los nazis— sino absolutamente pragmático y cínico: los tecnócratas del neocapitalismo saben que se encuentran en una fase de capitalismo decadente pero planifican, para sobrevivir; si el resultado es satisfactorio, son ellos los primeros en asombrarse y en hablar de «milagro económico».

Los tecnócratas del neocapitalismo saben cuál es el funcionamiento real del sistema: unos tecnócratas del Estado elaboran un Plan de Desarrollo, otros tecnócratas privados ponen dicho Plan de

acuerdo con unos intereses privados y estudian cómo respetarlo o hacer trampa según las conveniencias; ambos bandos de tecnócratas (estatales y privados) tienen sus tecnócratas subordinados encargados de llevar jerárquicamente sus respectivos «planes» hasta el nivel más inferior y encargados de hacerlos realizar; un tercer sector de tecnócratas (a sueldo del Estado o de los grandes bancos) se encarga de tomar permanentemente el pulso a la actividad económica y recetar posibles remedios (una devaluación, un cambio en el tipo de crédito, arreglos monetarios internacionales, congelaciones o aumentos de salarios, estímulo a las ventas a plazos, etc., etc.) después de haber diagnosticado una enfermedad (inflación, deflación, bajo rendimiento, bajo nivel de consumo...). En definitiva, los tecnócratas neocapitalistas no creen en su propia actividad, saben que el capitalismo ha sobrevivido a su crisis más dura y que no tiene por qué inquietarse si surge algún problema, alguna menudencia: al ser el último modelo tecnocrático aparecido, es también el que menos necesita realizar una opresión directa sobre la clase obrera, y ocasionalmente se permite el lujo de mimarla con aumentos de salarios.

Pero el «modelo yanqui» no es tan distinto de los anteriores. Utiliza, como el soviético, el mito de la «sociedad sin clases» (la sociedad industrial, el neocapitalismo, la sociedad de consumo...) y el mito del Plan de Desarrollo como objetivo básico de una política tecnocrática en la que se ha sustituido «el gobierno de los hombres por la administración de las cosas» como decía Marx... El «modelo americano» es también nacionalista, como lo fueron antes el soviético y el nazi: los tecnócratas surgen a medida que surgen las inversiones de capital americano en Europa, como forma americana de gestionar las empresas, la economía. Sólo que no necesita provocar ninguna guerra mundial como los nazis, sino únicamente mantener los frutos recogidos con la victoria americana en Europa y Asia, es decir, mantener al mundo bajo la «Paz Americana». Pero tiene otra cosa en común con los nazis: el autoritarismo. La

tecnocracia es el sistema ideal de gestión de la sociedad de arriba abajo; y este autoritarismo comporta necesariamente la irresponsabilidad general: en otras palabras, en la «sociedad de los especialistas» cada cual se responsabiliza de una parcela limitada, de aquello que concierne a su especialidad, e ignora el resto de sus responsabilidades hacia la sociedad. Una sociedad tecnocrática es una sociedad en la que la división entre mandos y ejecutantes lleva a su extremo máximo la contradicción fundamental del capitalismo. La irresponsabilidad pasa a ser anónima y a generalizarse la posibilidad para toda clase de monstruosidades: el tribunal Russell aplicó a los Estados Unidos los criterios que éstos aplicaron a los nazis, acusar a los soldados de no obedecer cuando se les ordenaban acciones inhumanas, de no negarse a ser los ejecutantes de los más monstruosos genocidios, aunque tal desobediencia comportara riesgo de muerte. Nos referimos a esto cuando decimos que la tecnocracia neocapitalista es autoritaria: que produce la irresponsabilidad en masa.

España ante el modelo tecnocrático europeo

El modelo tecnocrático europeo debe ser analizado teniendo en cuenta los tres niveles de producción propios de todo modo de producción:

1. la producción de productos-cosa;
2. la producción de relaciones de producción (cosificadas);
3. la producción de obras o producción creadora.

Por cuanto llevamos dicho hasta ahora ha quedado claro que el avance tecnológico tímido e insuficiente es lo que caracteriza la producción de productos en la era de la automatización y la cibernética, que el avance autoritarista-tecnocrático llevado al grado

máximo de lo soportable es lo que caracteriza las nuevas relaciones de producción producidas; añadamos que la producción creadora queda limitada a una élite minoritaria de intelectuales y artistas —al margen de toda influencia sobre la producción o las relaciones de producción— y que tiene un carácter alienante, de producción de mercancía cultural para la tan refinada sociedad de consumo de refinado diseño de sus mercancías; el neocapitalismo y la sociedad tecno-burocrática de consumo dirigido no pueden definirse como un avance de las técnicas al nivel de la tecnología actual, sino como un estancamiento, completado por unas relaciones de producción fascistas y por el carácter alienante de la sociedad de consumo. El régimen español tiene cierta razón cuando dice que se anticipó en 30 años a los regímenes neocapitalistas europeos: ciertamente, el tecnocrático europeo tiene un fuerte matiz fascista que rebasa las simples relaciones de producción y acaba por invadir la vida política y todas las instituciones de la sociedad. No es que el «fascismo de país pobre» que impera en España desde hace treinta y tantos años sea lo mismo que el «fascismo tecnocrático» imperante en Europa: este último tiene unas «reglas de juego» amplias y liberales y gusta de mostrar su respeto —real o falso— por ellas, su acción represiva es sutil hasta la acrobacia —la llamada «tolerancia represiva» es una muestra— cuida mucho las apariencias, la razón de Estado presenta siempre una apariencia de «racionalidad» y «coherencia» con la que se granjea una muy útil «respetabilidad». En resumen, el régimen español tiene aún mucho que aprender de los regímenes neocapitalistas europeos y no al contrario, aunque el contenido real resulte en el fondo tan parecido.

Hay que confesar lo desesperante de la presente coyuntura: tanto ha tardado el régimen español en acercarse al modelo europeo que hoy, en el umbral de la integración económica en Europa, asistimos a la fascistización creciente de las «democracias» occidentales, gracias al auge tecnocrático y a la omnipotencia yanqui. Esta perspectiva hasta para moderar ya hoy el auge definitivo de

los evolucionistas-tecnocratistas en el seno del gobierno español, y sus rupturas con un vergonzoso pasado político aún presente (mediante el establecimiento de las «libertades democráticas formales»: de reunión, de asociación, de información, sindical, de huelga, etc.). Si añadimos a la fascistización política del bloque occidental —a caballo del tecnocratismo—, la inexistencia aún hoy en España de una sociedad de consumo propiamente dicha (debido a una serie de cuestiones que han quedado sin resolver como son el bajo nivel de los salarios, de la industrialización, el alto coste de la vida que comporta la ausencia de reforma agraria, el analfabetismo, etc.) y si consideramos además que la oligarquía es consciente del carácter de «doble filo» que puedan tener las «libertades democráticas» formales tras treinta y tantos años de fascismo de vieja escuela, de Partido único, culto a la personalidad, etc. y que teme que la situación se le escape de las manos en un primer momento, comprenderemos por qué el acercamiento a Europa no ha comportado rupturas ni modificaciones en lo esencial, sino todo lo contrario, que el gobierno más tecnocrático —más Opus²⁴— no ha comportado una política evolucionista sino la más ultra de los últimos tiempos.

En pocas palabras, el paso de un fascismo de vieja escuela a un fascismo de corte tecnocrático no es, como sueñan los ingenuos, el paso al reino de la libertad y el fin de la represión: no vamos a ser mucho más libres que ahora, sufriremos un grado similar de represión, la lucha revolucionaria va a toparse con trabas parecidas a las actuales y sólo tendrán mayor margen de maniobra quienes conscientes o inconscientemente se vendan al sistema (sindicalistas reformistas de buena fe, el PC si sigue el camino de los europeos y se integra a su estrategia europea, etc.). La frustración en 1937-39 de

24. Opus Dei. Organización perteneciente a la iglesia católica que fue adquiriendo peso en la dirección y en los puestos formales del gobierno franquista. A los ministros de esta organización se les denominó precisamente «ministros tecnócratas».

la revolución española de 1936-37, la frustración de la postguerra mundial (el régimen español perdía a su aliado, la Alemania nazi, pero ésta era pronto sustituida por los Estados Unidos), la frustración de los conatos de masas revolucionarias en pleno régimen fascista —tanto en su fase más fascista como en su fase tecnocratizante— va a completarse con la frustración que comporta ya hoy una integración a Europa sin cambios profundos en el contenido político del régimen.

Es a partir de esta definitiva frustración de las esperanzas y perspectivas tradicionales en los revolucionarios españoles, que debe arrancar una oleada de huelgas salvajes, que nos integre a una estrategia europea contra los monopolios, ya generalizada en los países occidentales y debe llegar a conectar con los violentos motines del bloque oriental (últimos a los que recurren los tecnócratas tanto europeos como españoles).



10

LOS PAÍSES MAL LLAMADOS «COMUNISTAS»

La burocracia mantiene en posesión suya al ser del Estado, al ser espiritual de la sociedad en su propiedad privada.

KARL MARX, 1843

Debate sobre el llamado «bloque comunista»

Nuestras alusiones al bloque del Este pueden haber provocado más de una situación confusionista y debemos aclarar los conceptos utilizados antes de ir más lejos. Hemos dicho que el modelo soviético es, al igual que el nazismo o el modelo americano, un modelo de Bajo capitalismo (Estado, planificación, tecno-burocracia, nacionalismo, etc.), uno de los primeros intentados y por ello uno de los más imperfectos y represivos. También hemos dicho que se da una convergencia entre el neocapitalismo y las «sociedades de consumo» que surgen en el Este, creándoles nuevos mercados solventes; China constituirá un nuevo mercado solvente cuando estos mercados del Este europeo empiecen a estar saturados.

Por ello a la Guerra Fría ha seguido una etapa de coexistencia pacífica, de estrecha complicidad entre los burócratas del Este y la tecnocracia occidental.

En cuanto a España, Cuba fue el primer país socialista con el que, en nombre de la «Hispanidad», se han establecido relaciones comerciales claramente ventajosas —pedidos pagaderos al contado y en dólares—; no han tardado en establecerse relaciones con el Este europeo, Polonia proporcionó carbón para contrarrestar las huelgas de los mineros asturianos. Una interpretación simplista de la guerra de España o de la famosa Guerra Fría USA-URSS nos ha acostumbrado a llamar «comunistas» a estos países: ¿es ello correcto? Desde el punto de vista marxista, el Comunismo es la fase última en la que se suprime el reino de la mercancía y las relaciones de producción no se rigen ya por el criterio «A cada cual según su trabajo» sino por el criterio «A cada cual según sus necesidades»: el Comunismo es una sociedad feliz y abundante, un «paraíso» desconocido al que se llega, según Marx, pasando por una etapa de transición llamada «dictadura del proletariado». ¿Son pues estos países regímenes de dictadura del proletariado, unos países en fase de transición hacia el comunismo y que, en atención a ello, deben ser calificados de «socialistas»? Pero es que en la URSS esta enojosa explicación de la «fase de transición» cada vez sirve menos tras 54 largos años transcurridos desde la revolución de Octubre. Y si no sirve para la URSS, ¿cómo va a ser aplicable a los países del Este europeo, algunos de los cuales ni siquiera conocieron revolución política alguna, países que adoptaron el modelo soviético debido a su ocupación por las tropas rusas?

No nos basta la explicación izquierdista clásica: la URSS es un Estado Obrero, un país socialista a defender, aunque su revolución se haya corrompido y aunque a la fase de «dictadura del proletariado» haya sucedido una definitiva «dictadura burocrática sobre el proletariado». Llamémoslos países «socialistas burocráticos» pero

no olvidemos de llamarles «socialistas»: tal es el criterio de todo izquierdista más o menos trotskizante. Según los izquierdistas de corte maoísta, en cambio, ha surgido en la URSS una nueva burguesía, una nueva clase dominante: la burocracia; unos nuevos seres: la burocracia política central. Sólo que la China de Mao recuerda demasiado a la hambrienta Rusia de los tiempos de Stalin; si la URSS está volviendo al capitalismo hoy, ¿por qué no va a volver hacia el mismo la propia China dentro de unos años? Toda esta problemática es la que se ha manejado en la «revolución cultural», hoy ya cortada de raíz. La tesis china de la aparición de una nueva era y del regreso al capitalismo se acerca mucho a la tesis yugoslava, con la diferencia que este último país tiene abiertas las puertas al Mercado Común Europeo. «Si es inevitable regresar al capitalismo, regresemos lo más pronto posible», parecen haberse dicho los yugoslavos.

La dictadura del proletariado

Todo el poder para los soviets, no para los partidos.

Izvestia de Kronstadt, 8-III-1921

En la revolución rusa de 1917 se desarrollaron al mismo tiempo y en forma mezclada una revolución burguesa y una revolución proletaria: bajo la férrea tutela del partido comunista, la clase obrera tuvo que resignarse a realizar una serie de tareas propias de la revolución burguesa, a quemar etapas del desarrollo capitalista. El partido comunista tuvo que imponerse al proletariado para ello: en consecuencia no sólo no suprimió el Estado sino que lo reforzó. Y, según Marx y Engels, el concepto de «dictadura del proletariado» es incompatible con la supervivencia del Estado; basta leer la segunda parte de *Estado y Revolución* de Lenin para comprender que el modelo de dictadura del proletariado que Marx planteó en

forma explícita era el de la Comuna de París, el de los obreros en armas, administrando ellos mismos sus propias cosas, sin necesidad de gobierno alguno. Marx acuñó el nuevo término a partir de esta experiencia; y Engels escribió elocuentemente: «Mirad la Comuna de París: era la dictadura del proletariado...» ¿Por qué plantea Marx la necesidad de una fase de transición, de la «dictadura del proletariado»? Porque después de las revoluciones se conservan aún los estigmas del viejo mundo y deben irse eliminando progresivamente. En el caso de un sistema que suceda al capitalismo, se conservan una serie de criterios mercantilistas (el dinero, el salario, el precio, el valor de cambio, la división del trabajo, etc.) y sólo la «dictadura del proletariado», al desbordar desde la base todas las estructuras de relaciones de producción y de relaciones sociales, al imponer la praxis de toda la sociedad por encima de todo «Estado», al eliminar toda «política separada», toda división entre vida pública y vida privada, etc., es capaz de eliminar los persistentes estigmas del viejo mundo de la mercancía.

En este sentido, la «dictadura del proletariado» es un ajuste de cuentas con el mundo de la mercancía, con toda la Economía política burguesa. La revolución de Octubre en Rusia 1917, y ello concierne a todos los países que se ajustan al modelo soviético (China, Cuba, Yugoslavia, Albania, Polonia, Hungría...) no sustituyó al Estado por la dictadura del proletariado y, en consecuencia, no eliminó los estigmas de la sociedad burguesa, los criterios mercantilistas. Se han realizado las tareas económico-sociales de la revolución burguesa: acumulación primitiva de capital mediante el trabajo máximo y el consumo mínimo, industrialización, etc. Es lo que resumía elocuentemente un titular de los *Izvestia* de Kronstadt (8-III-1921): «Lenin dijo que el comunismo es el gobierno de los Soviets más la electrificación, y el pueblo se dio cuenta de que el comunismo es la burocracia más los fusilamientos».

Sobre el «modo de producción asiático»

Hemos criticado las posiciones trotskizantes y maoístas y olvidábamos criticar las posiciones pro-soviéticas. Podrían resumirse así: «Critique usted cuanto quiera al estalinismo como nosotros hacemos en el seno de nuestro propio Partido desde el xx Congreso, la lectura del Informe Krushev y la consigna general de desestalinización y crítica del culto a la personalidad; pero lo que no puede negar ni usted ni nadie es que la Revolución de Octubre de 1917 eliminó el régimen de propiedad privada de los medios de producción; en consecuencia es un modo de producción distinto del capitalista, el que le sucede; y el que le sucede recibe, según Marx, el nombre de socialismo, independientemente de las traiciones y errores políticos de la era de Stalin; estos países son socialistas aunque sólo sea a nivel económico, en la medida en la que no hay propiedad privada, explotación del trabajo humano, en la medida en que no puede hablarse de plusvalía...». Hay en esta objeción varias cuestiones que conviene tratar por separado.

- Confusión entre el concepto burgués de «revolución» (cambio de modo de producción) y el concepto proletario (lucha de clases revolucionaria); —Fetichismo de las ficciones jurídicas que lleva a confundir la supresión de la propiedad privada de los medios de producción con la supresión de la propiedad privada, confundiendo así «nacionalización económica estatal» y «socialismo».
- Visión mecanicista y lineal del desarrollo de la historia, como si hubiera un único esquema con validez universal: sociedad primitiva-esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo-comunismo; si se ha dejado atrás la etapa capitalista es que nos encontramos en la etapa socialista o comunista. En la medida en que no hay apropiación colectiva de la producción colectiva,

puede hablarse de explotación del trabajo humano y de apropiación privada del excedente, tanto si es bajo el concepto de plusvalía capitalista como si no.

■ El socialismo no es un modo de producción más y por ello no puede hablarse de ser «socialista aunque sólo sea a nivel económico», etc. En definitiva, bastaría un somero estudio del «modo de producción asiático» para poner en crisis todos estos equívocos. Marx estudió con interés este modo de producción (que no forma parte de la cadena única feudalismo-capitalismo-socialismo, si no que viene a demostrar que se puede llegar al capitalismo desde los más distintos modos de producción y desde las más dispares experiencias históricas). El modo de producción asiático es el que se caracteriza por el hecho de que su clase dominante realiza una apropiación privada del excedente de producción sin necesidad de ser jurídicamente propietaria privada de los medios de producción. En el modo de producción asiático, la clase dominante es la burocracia (la burocracia del estado zarista, los mandarines y su control sobre los riegos, los sacerdotes del Antiguo Egipto y su ciencia astronómica destinada a determinar los tiempos de siembra, las crecidas del Nilo, etc.). Se hallan frecuentes referencias al mismo en los Manuscritos de Marx, aunque éste lo eliminó en obras como *El Capital* para dar mayor unidad a su exposición.

Hay entre los marxistas una gran ignorancia sobre el «modo de producción asiático». Puede ser debido:

1. A que con ello se rompe la explicación simplista que llama «feudal» a todo lo pre-capitalista y «socialista» a todo lo post-capitalista (o a lo concerniente al Bajo capitalismo también llamado «capitalismo tardío»).
2. A que su estudio pone en claro cómo a través del estado y del simple control sobre la producción y sin necesidad de ningún régimen jurídico de propiedad privada puede realizarse y

de hecho se realiza una forma de apropiación privada del excedente económico distinta de la del capitalismo clásico.

3. A que la conservación de los estigmas de la vieja sociedad en Rusia y en China puede interpretarse no sólo como un mantenimiento de los criterios mercantilistas sino también como la reanudación de la tradición burocrática que marcó durante siglos el modo de producción dominante en Rusia y en China (en este sentido, sería correcto hablar de Stalin como «nuevo zar», de los comunistas chinos como «nuevos mandarines», «nuevos señores de la guerra», etc.).

El «modelo soviético» como capitalismo de Estado

Valía más, pensó Lenin, que fuesen los burócratas quienes hicieran doblegar a las masas que no los antiguos explotadores: burgueses y terratenientes. Es posible que los burócratas concedieran importancia a ello; pero para las masas que bajan la cabeza no tenía demasiada importancia.

ANTON CILIGA

En su «Carta abierta al Partido obrero polaco» los economistas Jacek Kuron y Karol Modzelewski, militantes de las Juventudes Comunistas Polacas, plantean valientemente un análisis sobre el terreno del funcionamiento real del modo de producción que domina en su país. La palabra «burocracia» es equívoca porque, como con la de «tecnocracia» designamos con ellas desde los más altos mandos políticos y económicos del país hasta un técnico, un aparejador, un capataz o un cronometrador... Kuron y Modzelewski acuñan el término de «burocracia-política central» como clase dominante que decide con plena libertad sobre la distribución del excedente económico, que decide acerca de su utilización de

acuerdo con sus intereses particulares, o sea privados, que realiza la apropiación privada del excedente económico (lo que en los países capitalistas clásicos se llamaría «plusvalía»).

El análisis sobre el funcionamiento de la economía polaca es válido para cualquier país que aplique el «modelo soviético», incluida la URSS: ni Yugoslavia, ni Hungría, ni Checoslovaquia, ni la China de Liu Shao Shi, etc., corrían el riesgo de retornar al capitalismo por la sencilla razón de que nunca habían dejado de ser capitalistas, de que jamás abolieron el reino de la mercancía, las leyes de la economía política capitalista. El hecho de que las tropas soviéticas intervinieran en Hungría o en Checoslovaquia es sólo el indicio de que, una vez realizada su fase de acumulación primitiva de capital, de industrialización, la URSS pasa a ser la primera potencia imperialista que participa en 1945 en el reparto del mundo con las demás potencias imperialistas, reparto que está dispuesta a mantener con la fuerza de sus tropas: los tanques de la URSS equivalen a los desembarcos de la marina yanqui...

Los economistas polacos señalan:

1. Una fase de acumulación primitiva (industrialización) realizada a costa del bajo nivel de subsistencia del campesinado.
2. Una vez realizada esta fase, la suerte de la clase obrera no se mejora al ritmo que se mejora el rendimiento en la producción sino que el nivel de vida sigue prácticamente congelado.
3. Ello se debe a que todo el proceso productivo está controlado por la burocracia política central y tiene unos objetivos de clase: la producción por la producción y el control político de ésta.
4. La solución no está en un «socialismo de mánagers» a lo yugoslavo, es decir, en la sustitución del esquema burocrático por un esquema tecnocrático de estilo occidental que abra el camino hacia la sociedad de consumo.

5. La solución real estriba en el renacimiento de la lucha de clases en los países del Este, en la toma de conciencia de clase ante su explotación como obreros (se les expropia el producto de su trabajo amparándose en una mistificación ideológica: no hay clases porque no hay propiedad privada).

Ya en los escritos de Lenin (pero no en los de Trotsky y Stalin) se afirmaba que sólo podría construirse el Socialismo en Rusia si se lograba que la oleada revolucionaria se extendiera por los demás países capitalistas desarrollados de Occidente (por ejemplo, si hubiera triunfado la revolución alemana de 1918); en caso contrario, se verían obligados a construir un capitalismo de Estado a imagen del alemán de fines del siglo pasado (Bismarck). Lenin hizo efectivamente lo que dijo, un capitalismo de Estado, porque sabía que el Socialismo sólo puede ser fruto de una revolución internacional en que se engloben los países capitalistas avanzados y desarrollados: la revolución rusa sólo quería ser el primer eslabón que rompiera la cadena internacional imperialista, siendo seguido por nuevos eslabones... ¿Por qué Stalin proclamó, en cambio, que la URSS era un país socialista en fase de transición hacia el paraíso comunista? Seguramente era la única forma de obligar al trabajo forzado (trabajo estajanovista), a la productividad máxima con un consumo mínimo: la promesa de un más allá mejor en nombre del cual sacrificar el presente de la colectividad.

La Guerra Fría y la coexistencia pacífica

Pero ¿por qué Trotsky proclamó también la necesidad de proteger a la URSS, su Estado Obrero, su revolución socialista, si los intereses de la burocracia no eran los suyos? Es que la Guerra Fría contra la URSS empezó muy pronto con la guerra civil de 1918-1920 (las tropas «blancas» eran protegidas directa o indirectamente por

Inglaterra, Francia y los EEUU). Pese a los pactos entre la URSS y el fascismo italiano, entre la URSS y la Alemania nazi, tanto la prensa burguesa como la estalinista coincidieron pronto. Se halla aquí planteada una lucha entre una lucha entre «buenos» y «malos», entre capitalistas y socialistas, cada cual, cada individuo, cada grupo, cada partido político, etc., ha de escoger uno de los dos bandos, ¿o es concebible una Guerra Fría entre elementos de un mismo bloque?

En esta división entre «buenos» y «malos» se basaron las purgas estalinistas (basta con llamar a la oposición «contrarrevolucionarios», «agentes del imperialismo», y decir que «tratan de reimplantar el capitalismo (?) en el país»: es lo que se ha hecho siempre desde Kronstadt hasta la «revolución cultural china» pasando por la condena del revisionismo yugoslavo. En esta división entre «buenos» y «malos» se basó la invasión de la URSS por la Alemania nazi —«División Azul» incluida—, la división de Europa en zonas de influencia con motivo de la postguerra, la persecución de intelectuales en EEUU en la época de MacCarthy, las guerras de Corea y Vietnam, el aislamiento internacional de China, etc. Ésta es, pues, la base de la propaganda de las dos grandes primeras potencias, USA y la URSS. La primera nada valdría sin el anti-comunismo y la defensa de la libertad; la segunda no tendría sentido sin la protección de la «patria» socialista en peligro, la transición al comunismo, la construcción del hombre nuevo, el avance científico, la crítica de los USA, etc.

Sin embargo, es innegable que la Guerra Fría no se limita a jugar el papel de justificante ideológico sino que a través de ella se expresa una rivalidad real: ¿cuál es la razón de esta rivalidad Este-Oeste si ambos bloques son capitalistas de Estado, aunque según modelos distintos? La aparición del capitalismo de Estado en la URSS, y la extensión de su influencia a todo un amplio bloque choca con los intereses imperialistas occidentales a corto plazo,

con su afán de mercados en primer lugar, con su afán de concentrar el capital y eliminar a futuros competidores; es a partir de tal rivalidad que se plantea toda la agresividad de la Guerra Fría y las situaciones se clarifican: empresas occidentales como la FIAT o la Peugeot instalan fábricas de propiedad privada en la URSS, en las que se impone al proletariado ruso los mismos ritmos y cadencias infernales de la FIAT italiana, o de la Peugeot, el mismo grado de explotación-alienación-expropiación.

Es decir, cuando un país hace una revolución, la estrategia del imperialismo occidental frente a ella es la siguiente:

1. Tratar de derrotarla por las armas.
2. En caso de fracasar, seguir hostigándola, aunque sólo sea para limitar su extensión.
3. La guerra y el bloqueo sirven además para obligar a los revolucionarios a fortalecer al Estado y combatir las tendencias «consejistas» o «autogestionistas» de base, a subordinarlo todo a los dictados de la economía, en definitiva a desprestigiar en Occidente la imagen de socialismo y de revolución.
4. Cuando los revolucionarios han reforzado el Estado y la economía sacrificando a ello sus energías revolucionarias espontáneas y todo su proyecto revolucionario, se establece entre el imperialismo occidental y el nuevo imperialismo una rivalidad típicamente imperialista (como las que provocaron las guerras coloniales, las dos guerras mundiales, la Guerra Fría).
5. A largo plazo, el reforzamiento de la economía y del Estado en determinada zona del mundo (aunque sea bajo pretexto de «socialismo») favorece la necesidad del imperialismo occidental en orden a la creación de nuevos mercados solventes. Es entonces cuando el neocapitalismo abandona la carta de la Guerra Fría por la de la «coexistencia pacífica» mientras el bloque opuesto recela de tan inesperado giro (ante tal intromisión

económica súbita) y sustituye la consigna de coexistencia pacífica por la de Guerra Fría para poder sobrevivir.

6. En una fase futura, sin embargo, ambos imperialismos han de encontrarse en un mismo tipo de sociedad de consumo.

Perspectivas revolucionarias

La burocracia²⁵, a diferencia de la burguesía, no puede prescindir del control sobre el poder político sin perder al mismo tiempo su poder económico, la propiedad privada del excedente: mientras la burguesía occidental puede permitirse el lujo de ausentarse de los cargos del poder político y dejar paso a gobiernos populares, laboristas, obreristas, de «frente popular», etc., para luego tomar de nuevo las riendas de la política a partir de su poder económico que en ningún momento ha abandonado, la burocracia política central no puede abandonar las riendas del poder político sin desaparecer como poder económico, como clase dominante.

Cuando las tensiones sociales y la lucha de clases fuerzan las situaciones y se agudizan, ello se refleja en el seno de la burocracia política central bajo la forma de lo que convencionalmente se llama «luchas inter-burocráticas»: una parte de dicha burocracia política central debe abandonar su puesto para que la burocracia central restante pueda mantenerse. A diferencia de la burguesía, abandonar el poder significa para el miembro de la burocracia política central perder definitivamente todas las riendas de control sobre

25. Concebir a la burocracia como una clase diferente de la burguesía es un mito, consecuencia de no comprender al capital como el verdadero sujeto del capitalismo y a la burguesía como una de sus manifestaciones, su personificación. Que jurídicamente la propiedad de los medios de producción sea a título individual en algunos casos y estatal en otros no cambia nada esencial, la sociedad seguirá siendo una sociedad de producción de capital, la burguesía seguirá siendo un funcionario del capital y por supuesto el proletariado seguirá reproduciéndose como clase explotada.

la apropiación del excedente, todos los resortes de poder económico que puedan fundamentar en un futuro una reconquista del poder político. Por ello, las luchas interburocráticas toman en ocasiones gran dureza; es el caso de la eliminación por parte de Stalin del Politburó del Comité Central; es la campaña de Mao Tse Tung contra Liu Shao Shi que ha requerido la puesta en marcha de una ficticia «revolución cultural» bajo el pretexto de lucha de clases (en realidad, se trata de una lucha de castas que tratan de oponerse de distintos modos a las luchas de clases del proletariado chino), etc. Así pues:

1. En caso de que la lucha de la clase obrera logre imponerse sobre la burocracia política central y eliminarla, no necesita proceder a más medidas revolucionarias que las de evitar el resurgimiento de una nueva burocracia, lo cual hace que el proceso revolucionario parezca más fácil en el Este que en Occidente.
2. Por ello mismo, los regímenes del Este son más rígidos y menos flexibles que los gobiernos occidentales (que se permiten el lujo de alternar el poder con la oposición).
3. Cuando la lucha de la clase obrera logra desbordar a la burocracia tradicional, la presión soviética le impide realizar su proyecto revolucionario, instintivo o consciente, y le obliga a crear una nueva casta tecno-burocrática (surgen personajes como Tito, Kadar, Gomulka, Husak, etc.).
4. Cuando estas nuevas castas recuperadoras se desgastan (como recientemente Gomulka en los motines de Polonia) sus nuevos sustitutos entran ya desgastados en la nueva palestra política, donde la lucha de clases toma nuevo auge.

Pero si para la clase obrera de los países del Este no es exactamente lo mismo que una clase dominante tenga el poder económico gracias al poder político (burocracia) o que tenga el poder político gracias al poder económico (burguesía occidental) para la clase obrera de los países occidentales ambas situaciones son de-

masiado parecidas: una casta que domina al nivel de la economía y al de la política, una tecno-burocracia en lo económico que convierte a los políticos en grises gerentes de la casta dominante, dos sistemas basados en una misma explotación del trabajo humano-alienado, aumento de los salarios al compás del aumento de la productividad, en marcha hacia un mismo modelo de sociedad de consumo. Ambos sistemas tienen los mismos problemas de reproducción ampliada del capital, de tendencia decreciente de la tasa de ganancias, etc. Ambos ponen de manifiesto una misma «contradicción fundamental» entre el carácter social de la producción (tanto en el modelo soviético como en el neo-capitalista) y el carácter privado de la apropiación (del excedente en el caso soviético, de la plusvalía en el neo-capitalista).

La Ostpolitik neo-capitalista (en la que participa incluso España) y la insurrección continua anti-burocrática en el Este han conseguido poner las cartas boca arriba sobre el carácter de clase del «capitalismo de Estado» del Este y sobre la estrategia neo-capitalista ante el otro bloque; ayer enemigos, hoy clientes, mañana la única casta tecno-burocrática dominando todo el mundo. Es a partir de estas constataciones de la clase obrera de los países occidentales y del nuevo imperialismo del Este que puede plantearse con serenidad un proyecto revolucionario en el que se rejuvenezcan y depuren de su carga propagandística-mistificada los conceptos de «socialismo», «revolución», etc. Un proyecto en el que, por vez primera, no exista al frente del proletariado occidental una «quinta columna de la burocracia soviética» (y de sus intereses de «coexistencia pacífica» con el imperialismo occidental).

El planteamiento de Marx sobre la posibilidad objetiva de ruptura revolucionaria con el viejo mundo para el establecimiento de una sociedad socialista (de auténtica dictadura del proletariado, de fase auténticamente transitoria hacia una sociedad auténticamente comunista) sitúa su coto de interés en los países desarrolla-

dos (del Este o del Oeste) y lógicamente en sus zonas de influencia más directa: el proyecto revolucionario español debe quedar inserto, pues, dentro de una estrategia europea occidental y tener como horizonte la revolución mundial en uno y en otro bloque. Pero es indispensable, si es que quiere tener una eficacia masiva que hasta ahora ninguna opción política ha podido conseguir (por obvias razones), que proclame a los cuatro vientos que la misión histórica del proletariado nada tiene que ver con cuanto hasta ahora ha sido calificado con los nombres de «comunismo» o de «revolución», sino que se propone tareas hasta ahora inéditas que sacudan al viejo mundo, desde Washington a Moscú, desde Pekín al Vaticano.

III Parte

... solo, Barcelona 1970-71. FIN...

... con plano radicalismo, hasta el fin, la lucha in-
... seguir sus auténticos moldes objetivos, políticos y orga-
... con los viejos mitos obrero y dogmáticos, panes de panifi-
... con los viejos mitos revolucionarios, para la revolución
... planteamiento auténticamente revolucionario, una situación d-
... no se limita a plantear de forma explícita una situación d-
... cuentas con los partidos obreros, sino que se
... planteamiento auténticamente revolucionario, una situación d-
... ante todo no se limita a plantear de forma explícita una situación d-
... movimiento obrero con respecto a los partidos obreros, sino que se
... formulaciones del proceso revolucionario, panes de panifi-
... de las problemáticas de la lucha de la clase crítica. Plan
... es, el proyecto de la lucha de la clase crítica. Plan
... las cuestiones fundamentales, para la revolución
... limita a soluciones tan fundamentales, para la revolución
... soluciones revolucionarias, panes de panifi-
... de una "etc." etc.
... ta el

II

LA REVOLUCIÓN MUNDIAL DE LOS CONSEJOS OBREROS

La humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver.

KARL MARX

*Esa táctica es el resultado de una serie de grandes actos creadores de la
lucha de clases, frecuentemente espontánea, que busca su camino.*

ROSA LUXEMBURGO

Introducción

Hasta aquí hemos planteado una serie de amplios temas. No se trata de darles un tratamiento exhaustivo, sino de apuntar todos los grandes temas fundamentales para tener una visión de conjunto de la totalidad de la problemática que se plantea hoy el pensamiento revolucionario: hay una serie de conceptos clásicos que hay que definir en función de las realidades actuales de la lucha devolviéndoles así su sentido originario. Hay una serie de situaciones actuales a examinar mediante la aplicación a los mismos de conceptos tradicionales forjados en el pensamiento revolucionario mucho antes que existieran estas nuevas realidades. No se trata, pues, de una labor de simple divulgación y de servicio: se trata de fundamentar una serie de posiciones inherentes a las recientes ex-

perencias de la lucha de clases en España, una serie de intuiciones manifiestas pero no explícitas suficientemente hasta hoy.

Nos hemos propuesto plantear de modo tajante las intuiciones y conceptos que se han dado lugar en el seno de la lucha de clases en España y de su tendencia a la internacionalización y radicalización de las luchas: esta labor de explicitación de una serie de contenidos implícitos en la lucha de clases a menudo espontánea es una opción política, la base para establecer colectivamente una serie de formulaciones indispensables para el auge de la lucha de clases revolucionaria en España; tales reformulaciones del proyecto revolucionario no van a ser tarea nuestra sino una tarea colectiva del movimiento obrero español. En otras palabras, todas estas formulaciones teóricas de tono didáctico o divulgador no pretenden establecerse como eruditas y desinteresadas investigaciones, base de seminarios, etc., sino todo lo contrario, no se trata de una élite de intelectuales que les enseñan a los obreros lo que deberían saber por ellos mismos, no se trata de unos poseedores de la verdad de la lucha de clases que cristalizan, mediante una publicación henchida de teoría, su defensa con respecto al movimiento real de la clase y a su conciencia real, no se trata ni de sustituirlos, ni de «van-guardismos», de constitución de dogmas, de cuerpos de doctrinas ni de grupos especializados en difundirla (con el mismo espíritu de apostolado que caracteriza a todo «catecismo revolucionario»).

A partir de aquí la cosa va a hacerse evidente, se hablará de qué es la dictadura del proletariado, de cómo se plantea hoy bajo las nuevas fórmulas organizativas, se tomará posición con respecto a los Consejos Obreros y al Consejismo, se explicará qué se entiende en realidad por sociedad comunista. Es decir, se va a tomar posición y plantear unas conclusiones radicales: estos planteamientos revolucionarios no se presentan aquí sobre el vacío, sino que se apoyan en la compleja problemática hasta aquí examinada, la problemática del pensamiento revolucionario, de cómo hacer

adecuados los viejos conceptos a las nuevas realidades; no pueden pues ser rebatidas en el vacío sino mediante un replanteamiento de toda la ilimitada problemática hoy planteada al pensamiento revolucionario. A partir de aquí recurriremos a la terminología clásica, evitaremos los vistosos juegos de palabras, los equívocos y demás recursos de tono didáctico; no se trata de «interpretar» el pensamiento revolucionario de distintas maneras, se trata de transformarlo.

El proyecto revolucionario implica:

5. la sociedad futura a que aspiramos,
6. la ruptura con el viejo mundo a partir de su contestación radical,
7. los medios utilizados para ello, formas organizativas, etc.

Pero creemos que interesa un debate sobre la revolución en absoluto, que se desglose el tema rompiendo la unidad fundamental que existe pese a este triple nivel, en todo proyecto revolucionario: lo que interesa es que los problemas se planteen sobre el particular, donde está el punto crítico de todo planteamiento revolucionario. Hacer éste sin tomar posturas es adoptar la postura abstencionista; los intelectuales pequeño-burgueses son abstencionistas como lo es su clase, pueden abordar los más candentes temas sin tomar postura o tomando una postura ideológica-mística; los pensadores comunistas no pueden hacer ni quieren algo parecido, porque para ellos la verdad fundamental no puede jamás concebirse más que como práctica, como movimiento colectivo de apreciación, como Historia real.

La dictadura del proletariado

Mirad la Comuna de París: era la dictadura del proletariado.

FRIEDRICH ENGELS

Éste es el punto fundamental de debate entre el pensamiento comunista fundamentalmente científico y el utopista: la dictadura del proletariado fue la fórmula que plantearon Marx y Engels frente a quienes negaron sin razonarlo la necesidad imprescindible de una etapa de transición y hablaron de pasar a la auténtica «sociedad comunista» de la noche a la mañana (ciertas tendencias anarquistas como el Comunismo Libertario niegan en teoría la «etapa» de transición; otros, como Bakunin, afirman su necesidad ineludible) pero también plantearon la fórmula de la etapa de transición frente a los partidarios del «Socialismo de Estado» (en su época, Lasalle y el reformismo; en la nuestra, el oportunismo de Lenin, Trotsky, Stalin, Mao, etc., así como todo el bloque del Este en general).

La posibilidad objetiva de una auténtica «dictadura del proletariado» la basan Marx y Engels en el ejemplo histórico de la Comuna de París: es posible que una sociedad funcione sin Estado; con un mínimo de coordinaciones es posible sustituir el Estado (dictadura desde arriba) por el proletariado en armas y la dictadura desde abajo, que todo se coordinaba fácilmente, que cada distrito se autogobernaba en cierta forma, que los cargos eran revocables permanentemente, que las más diversas tendencias políticas o doctrinales colaboraban de hecho en la medida en que pertenecían a un mismo proletariado, con idénticos problemas.

No hace falta entretenerse en explicar que en la URSS, China, Cuba y el Este en general no ha existido jamás dictadura del proletariado: se conservó y reforzó el viejo Estado zarista y se pusieron sus palancas de poder en manos de los bolcheviques, que se creían algo así como el único e indiscutible Estado Mayor de la revolución. La consigna «Todo el poder para los Soviets (Consejos obreros)» ni siquiera se intentó en la URSS: fue el movimiento de los consejos obreros, en el contexto de una revolución de alcance mundial, el que tomó a su cargo tal consigna: la dictadura des-

de abajo, el proletariado en armas puede darse no sólo a nivel local como en la Comuna de París, sino también a nivel nacional e internacional en forma de movimiento de los Consejos, como decía tajantemente Paul Mattick «el poder de los Consejos es la dictadura del proletariado», es realmente el único movimiento que se desarrolla a ejemplo de la Comuna de París. Y la dictadura del proletariado a ejemplo de la Comuna es lo que Marx plantea frente al oportunismo del «Socialismo de Estado»; la etapa de transición a la «sociedad comunista» no puede ser el Estado, perpetuador de alienaciones, trabas, pasividad de base, etc. (aunque se llame «Estado socialista o comunista») sino la presencia activa y soberana de una base organizada capaz de sustituir la maquinaria opresora del Estado.

Hay derrotas que deben considerarse como victorias y victorias que deben considerarse como derrotas: la Comuna de París de 1871 pertenece a las primeras, la revolución rusa de 1917 a las segundas. Hoy, una vez superada la primera fase de Guerra Fría y pugnas ideológicas, el término «dictadura del proletariado» y demás términos manipulados y usados por la URSS sin conservar nada de su sentido originario, empiezan a caer en desuso con el inicio de la coexistencia pacífica con Occidente y los intentos de desarrollar también en el Este una sociedad de consumo: el leninismo, el estalinismo, el medio siglo de fase de transición en la URSS no era una fase de transición hacia la «sociedad comunista» sino hacia la sociedad de consumo, no tenía nada que ver con la «dictadura del proletariado» real.

¿Qué significa en profundidad «fase de transición»? Todo lo contrario a un cambio automático, mecanicista. Aunque la lucha de clases —contradicción fundamental del capitalismo— lograra eliminar el modo de producción capitalista, las masas revolucionarias que lo habrían logrado estarían presas aún de la lógica del valor de cambio, conservarían temporalmente los «estigmas» del reino

de la mercancía: la solución de la sociedad comunista se rige en una lógica opuesta a la del valor de uso, la que convierte el deseo en apropiación. La fase de transición es, pues, la fase en que se dan contenidos comunistas a todos los niveles y sectores de la realidad; una vez desarrollada con éxito esta siembra de conciencia comunista, la fase transitoria deja de tener sentido y deja lugar a la fase ulterior, a la sociedad comunista. En la medida en que se restituya a la dictadura del proletariado su significación originaria, la clase obrera podrá comprobar su plena actualidad y hará entrar definitivamente en crisis los modelos tradicionales de organización: las actuales fórmulas organizativas —partidos políticos, sindicatos— están pensadas para ejercer la dictadura sobre el proletariado, no para poder plantear la dictadura del proletariado a imagen de la Comuna de París. Ello no hará más que agudizar una larga crisis a que se ven condenados los partidos y sindicatos debido a su esterilidad e impotencia, debido a su capacidad maniobrera y manipuladora, debido a su carácter de «profesionales en exclusiva de la lucha de clases».

Formas de organización de la clase

Si el contenido esencial de la revolución consiste en que las masas tomen ellas mismas en mano la dirección de sus propios asuntos, la dirección de la producción y de la sociedad, se deduce de ahí que toda forma de organización que no permita a las masas dominar y dirigir por sí mismas es contra-revolucionaria y perjudicial; por tal motivo ha de ser sustituida por otra forma organizativa que sea revolucionaria, porque permita a los obreros mismos el decidir activamente sobre todo.

ANTON PANNEKOEK, 1920

La dinámica misma del movimiento obrero en España ha puesto en entredicho el partido político, el grupúsculo, el «vanguardismo», etc. como «actividad separada» y las centrales sindicales (clandestinas) y otros «movimientos de masas», así como las normas internas de los partidos y grupúsculos —concepto de «revolucionarios profesionales», de «centralismo democrático», etc.—. Cuando estas críticas se han hecho en nombre de otro partido o grupúsculo, no han podido plantearse con toda radicalidad, limitándose a sugerir posibles reformas al esquema leninista de «partido» —proletarización, derecho de tendencia, etc.—, lo que en realidad expresa elocuentemente en su acción el movimiento obrero es que el movimiento comunista real «no está unido a la organización de la clase obrera, es el movimiento mismo de la clase obrera...» (Rosa Luxemburgo).

Los partidos políticos y las centrales sindicales constituyen actividades separadas-alienadas a abolir, pertenecen al viejo mundo, a su política, a sus engranajes, y tienen intereses creados en la sociedad actual: ¿cómo es posible esperar de ellos que planteen una alternativa a la situación actual, que tengan suficiente imaginación para ello, que sean formas organizativas adecuadas para la lucha de clases? Tanto los partidos «de clase» como las centrales sindicales son únicamente una quinta columna del viejo mundo en el seno de la lucha de clases, que sirven para encauzar la lucha, recuperarla, reprimirla y policarla cuando la burguesía se lo pida, partidos y sindicatos se complementan en la labor de plantear objetivos compatibles con la legalidad burguesa, en hacer pensar únicamente a los obreros en el aumento de los salarios y del nivel de vida, en la reivindicación salarial y en la sociedad de consumo.

Aunque unos y otros se erigen en «profesionales separados» de la lucha de clases, las centrales sindicales aparentan una menor separación de la base que los partidos políticos; como contrapartida, sus intereses en la sociedad burguesa son más reales y me-

nos ilusorios. Los intereses de los partidos políticos varían: están en la legalidad y se dedican a lograr una parcela de poder y tratar de conservarla y aumentarla —participando activamente en el parlamento burgués—, están en la clandestinidad y aspiran a la legalidad porque tienen ya elementos suficientes para detentar el monopolio de la lucha de clases —caso del PC—, están en la clandestinidad y sin inserción en la base —caso de los grupúsculos— y aspiran a arrancarle al PC el monopolio de la lucha de clases y convertirse en un nuevo PC. En todos los casos hay intereses reales que se mezclan con intereses ilusorios: hay que militar hoy para conseguir una buena posición burocrática en un mañana mejor.

En cambio, los intereses creados de los sindicatos son mucho más concretos y reales: contratan con los patronos los márgenes salariales en que se moverán sus reivindicaciones de aumento de los salarios durante un plazo que oscila entre un año y varios años como mínimo —según los países—. Éste es un elemento indispensable para que la burguesía pueda plantear una programación económica; éste aspecto, que viene a ser algo parecido al papel que juegan en España los Convenios Colectivos, puede llegar a un grado de perfeccionamiento y constituirse en una verdadera «ciencia», la de la política de rentas.

En Países, como los USA, Alemania, etc., los patronos contratan los tantos por cientos con los sindicatos y les ofrecen una prima a cobrar privadamente si no se alcanza el nivel establecido; los jerarcas sindicales vigilan, entonces, que sólo haya huelgas encauzadas por ellos y van a detener los conflictos surgidos espontáneamente y al margen de ellos —«huelgas salvajes»— para no perder su prima anual, actuando si es preciso con más vigor y dureza que la misma policía, formando piquetes anti-huelga si hace falta. En resumen, que entre su papel dentro de la «planificación económica» capitalista, y su interés por fomentar el «consumismo» en el seno

de la clase obrera, se sitúa una tercera misión: el papel de policía, de árbitro único de un conflicto, de represión de la lucha, etc.

Dicho en pocas palabras y sin necesidad de argumentar sacando a relucir los «trapos sucios» que tienen en su haber partidos y sindicatos: es evidente que no son las formas organizativas de la lucha de clases revolucionaria, sino formas anti-revolucionarias introducidas en el seno de la lucha de clases. Son unos «ingenieros de la revolución» que responden al carácter general de toda nuestra sociedad de «especialistas»; se nos presentan como unos «revolucionarios profesionales» —los partidos—, como unos «profesionales de la lucha de clases» —los sindicatos—. En realidad, unos y otros son ineptos que venden mercancía adulterada, unos «profesionales» de la mistificación, de dar apariencias revolucionarias a actividades anti-revolucionarias, pero tal mistificación no puede durar siempre. Las experiencias acumuladas por el movimiento obrero, tanto en España como a nivel internacional, son concluyentes: partidos políticos, grupúsculos, burocracias sindicales, elementos introducidos en el seno de la CNS para luchar contra ella, etc., son puro *bluff* (sic), falsas vanguardias, organizaciones separadas del proceso revolucionario total.

La revolución mundial de los Consejos obreros²⁶

La internacional Comunista se da por objetivo la lucha armada, para el derrocamiento de la burguesía internacional y la creación de la

26. El MIL se encontraba aún influido por la ideología consejista pese a que ya apuntaba hacia una ruptura con ella y trataba de denunciarla. Pero su crítica a la misma es todavía bastante superficial. No expone claramente una de las rupturas fundamentales con esa ideología: contenido vs formalismo. De ahí su insistencia en el movimiento por los consejos que sigue manteniendo esa mitología sobre el consejo que oculta cómo esos órganos se afirmaron desde el interior en órganos del Estado.

república internacional de los Consejos Obreros (soviets), primera etapa en la vía de la supresión completa de todo régimen gubernamental.

1920. Estatutos de la Internacional Comunista

«Hay que cambiar el juego, no las piezas del juego» (Breton): no basta con llegar a la conclusión de que los partidos políticos no sirven y en desarrollar un nuevo militatismo a nivel de centrales sindicales, pero conservando un cierto espíritu militante y una cierta actitud sindicalista al margen de las centrales sindicales. Se trata de plantear una forma de organización distinta no sólo formalmente sino en cuanto a contenido, nos referimos al movimiento mundial de los Consejos obreros, desarrollado en uno y otro bloque como un único movimiento de la lucha de clases.

En la gran oleada revolucionaria de 1917-21, los Consejos obreros plantearon una revolución de alcance mundial; la nueva forma organizativa logró neutralizar los manejos de los políticos reformistas, de los oportunistas y de las falsas vanguardias mediante su lucha autónoma: con diversas tendencias y formas, tal fenómeno internacional, además de plantearse en el movimiento de Soviets de la revolución rusa del 17, o de Kronstadt en el 21, el movimiento de los Consejos sin vanguardias fue característico de la revolución en Alemania en 1918-19 y especialmente a partir de 1920 (movimiento en ruptura con toda vanguardia) pero se extendió también a Hungría, Austria, Holanda, Finlandia, Bulgaria, Italia, etc.

La fórmula de los Consejos obreros, que surgió en los puntos menos controlados por la III Internacional —sectores de ultrazquierda en especial, pero también en algunos sectores moderados— sigue teniendo plena vigencia en la actualidad; se trata de órganos que:

- Son elegidos por los obreros en el sitio de trabajo (democracia directa).

- Son controlados y revocables en todo momento por las masas que los eligen.
- Incluyen a todos los obreros sin distinción de edad, sexo, creencias, afiliaciones...
- Sus objetivos sobrepasan los de los sindicatos de clase.
- En vez de fragmentar a los obreros en distintas categorías profesionales los une en una nueva organización de masa.
- Nunca tolerarán una burocracia en la que los delegados cesan de ser obreros y reciben por la ejecución de sus tareas cantidades superiores al salario de obrero.

Para valorar todo el alcance de la fórmula organizativa de los Consejos obreros hemos de ser conscientes de su actualidad permanente desde su explosión internacional de 1917-21: han existido experiencias de este tipo en la revolución española de 1936-37 (Comuna de Asturias de 1934, Comités de Milicias, Consejos de fábrica, Colectivizaciones agrarias en el frente, Comunismo libertario); en las revoluciones anti-burocráticas del Este (motín de Berlín-Este en 1953, motines y Consejos en Polonia en el 56, Consejos en Hungría en el 56, nuevos motines en Polonia en el 70-71); la generalización de las huelgas salvajes (extra-sindicales, ilegales) en el mundo occidental como forma de lucha autónoma que al radicalizarse adopta a menudo forma de Consejos obreros, Comunas, etc. (este tipo de huelga se generaliza: USA, Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, Escandinavia, Países Bajos, Japón, etc.); grandes acontecimientos que implican huelgas salvajes (Bélgica 1960-61, Grecia 1963, Francia mayo-junio 1968, Limburg 1969-70, etc. que constituyen una irreversible radicalización de la lucha de clases).

Hay que ser plenamente conscientes también de que el movimiento de los Consejos obreros no es sólo una forma organizativa que sirve de alternativa al sindicalismo o al militantismo de partido o de grupúsculo: el movimiento internacional de los Consejos plantea la etapa transitoria o dictadura del proletariado. La dic-

tadura del proletariado es el poder de los Consejos; la dinámica de los Consejos plantea, pues, directamente la transición al comunismo, los contenidos y la lógica de la sociedad futura. No se trata, pues, únicamente de que queramos evitar con tal movimiento que la lucha contra la alienación se plantee bajo formas alienadas —partidos, sindicatos—, se trata del movimiento mismo hacia la sociedad futura. «El comunismo no es para nosotros un estado que ha de ser establecido, ni un ideal según el cual la realidad ha de comportarse. Llamamos comunismo al movimiento real que suprime el estado de cosas actual». Ahí se dirige el movimiento de los Consejos obreros.

12

EL

PROYECTO

REVOLUCIONARIO



La conciencia de la modificación de las circunstancias y de la modificación de la actividad humana no puede apreciarse ni comprenderse más que en cuanto práctica.

KARL MARX

No podemos limitarnos a plantear una alternativa a las formas organizativas tradicionales y señalar la dinámica de ésta hacia la futura sociedad comunista. Es indispensable aclarar en qué medida el movimiento de los Consejos conduce a la sociedad comunista y qué entendemos por tal sociedad comunista. Es indispensable esbozar el proyecto revolucionario para enjuiciar de acuerdo con él las experiencias de la lucha.

El «Consejismo» como coartada

Ninguna fórmula puede bastar cuando se trata de interpretar desde el punto de vista marxista un problema del socialismo... Nada es más contrario al espíritu del marxismo, a su método de pensamiento histórico-dialéctico, que el separar los fenómenos del terreno histórico en el que surgen y transformarlos en esquemas abstractos con un valor absoluto y general.

ROSA LUXEMBURGO

El movimiento de los Consejos no debe ser considerado como una fórmula abstracta: sólo tiene sentido en tanto que movimiento real, no en tanto que coartada ideológica. Como hemos visto, el militante consciente, tras una serie de decisivas experiencias de lucha, pierde toda su fe en los partidos políticos, grupúsculos y «vanguardias»; pero al hacerlo suele caer en un ilusorio y mítico «sindicalismo»: cuando tras una serie de elocuentes experiencias, este individuo pierda toda su fe en las centrales sindicales, seguirá sin tener la solución. Habrá eliminado los viejos esquemas, habrá podido notar su parecido, sabrá qué cosas no deben hacerse, algo indispensable pero absolutamente insuficiente para encontrar caminos más correctos. La tentación más fácil es conservar una cierta fe «sindicalista» pese al desengaño recibido por las organizaciones sindicales, como antes se conservó un cierto espíritu militantista pese al desengaño recibido por parte de los partidos políticos; este nuevo sindicalismo anti-centrales sindicales que se configura ante nuestros ojos es «la coartada del Consejojismo», la constitución del Consejojismo sin Consejos en ideología.

Esta afirmación ha de ser matizada debidamente: acabamos de declararnos partidarios del movimiento de los Consejos obreros, hemos hecho notar los contenidos comunistas que suscitaba la dinámica misma del movimiento de Consejos, hemos definido la fase de transición a la sociedad comunista como «el poder de los Consejos», hemos definido la auténtica dictadura del proletariado como la generalización del movimiento de Consejos obreros incompatible con cualquier poder de Estado, etc. Y de pronto, decimos que el Consejojismo es una coartada organizativa, un «sindicalismo» disfrazado, una ideología que no lleva a ninguna parte. Debemos aclarar esta aparente contradicción, este equívoco en el que se encuentra sumergido todo el debate en torno al tema del Consejojismo.

Definamos los conceptos: a nuestro modo de ver, el Consejojismo es lo opuesto al movimiento real de los Consejos obreros. Dada la

inexistencia o desaparición de los Consejos obreros surgidos en las mejores irrupciones revolucionarias, hay quien se conforma con declararse «consejista»: sustituir los Consejos obreros reales, pletóricos de contenido, por una ideología puramente formal y sin contenido a la que puede llamarse «Consejismo». Al pasar de una lucha y un movimiento real a una abstracción hemos variado su mismo alcance, significado y capacidad de alternativa; hemos hecho abstracción de los contenidos comunistas, y nos hemos quedado puramente en el aspecto formal. Una organización consejista plantea el modelo de la forma de lucha a utilizar, habla de asamblea, de autonomía de base, de permanente revocabilidad de los cargos, etc. pero no aborda para nada la problemática de qué tarea debe plantearse el movimiento de los Consejos.

Tras décadas y décadas de esterilidad de las organizaciones reformistas en la Europa occidental, de impotencia real y manifiesta de los partidos y de los sindicatos, surge el fenómeno del Consejismo: se trata de un simple síntoma del grado de pudrimiento del aparato tradicional, pero no basta para constituir una alternativa real al mismo. El Consejismo sin Consejos obreros (el único que aquí queremos criticar, dada su proliferación creciente) se nos presenta como algo más que una pura ideología: se trata de una mística, de una cierta nostalgia de un pasado idealizado, de una actitud puramente arcaica y sin porvenir. Añadamos a ello que, en la medida en que tal «ideología» no presenta más que aspectos formales y hace abstracción de los contenidos comunistas que generan la dinámica de los auténticos Consejos obreros, tal fórmula es fácilmente recuperable a corto plazo por partidos y sindicatos.

El movimiento internacional de los Consejos es algo irrecuperable por mezquinos partidos y sindicatos pertenecientes al viejo mundo: en cambio la forma «Consejo», como todo esquema formal —como el eslogan de la «participación», de la «Autogestión», del control obrero, etc.—, puede ser recuperado y planteado en el seno

del viejo mundo. Pueden plantearse Consejos, que formalmente correspondan al esquema de cómo funciona un Consejo obrero en el contexto del movimiento internacional de los Consejos, pero que no tenga contenido alguno, que haya sido neutralizado o recuperado por el viejo mundo y sus organizaciones: los sindicatos pueden intentar convertir en «Consejos» sus secciones de empresa²⁷, por ejemplo, pero no pueden dar a tales secciones un contenido comunista, de fase de transición a la sociedad comunista. Cuando las organizaciones del viejo mundo tratan de imitar al movimiento revolucionario de los Consejos:

1. indica que su crisis ha llegado a extremos insoportables,
2. tratan, al mismo tiempo, de neutralizar las posibilidades reales del movimiento revolucionario.

En este sentido, los revolucionarios de todo el mundo hemos de ser decididamente severos: el movimiento mundial de los Consejos no admite componenda alguna con el viejo mundo, aunque éste se presente etiquetado como «Consejo obrero». Ya hemos dicho que para nosotros los Consejos obreros son algo más que una forma de democracia directa, que una alternativa organizativa, que un prurito de parlamentarismo en el seno del movimiento obrero, que una ideología: plantean continuamente la exigencia de emprender la fase de transición hacia el auténtico comunismo, es decir hacia el trastocamiento total del viejo mundo de la mercancía.

Iniciado con la Comuna de París de 1871, el movimiento de los Consejos no se plantea ya hoy como una simple Comuna sino que se generaliza, impulsando y radicalizando a todo el movimiento de la clase. A este impulso objetivo debe unirse una conciencia subjetiva altamente sensibilizada; pero ésta no es misión de un partido leninista, de una vanguardia separada, sino que sólo puede situarse

27. Así estaba ocurriendo, efectivamente en países como Italia, tras el primer ciclo de huelgas salvajes de los años 1969-1970.

en el seno del movimiento de Consejos, cuya imagen esbozaba ya Engels en 1885: «Hoy, el proletariado alemán no tiene ya necesidad de organizaciones oficiales, ni públicas ni secretas; la conexión simple y natural de compañeros que pertenecen a la misma clase social y que profesan las mismas ideas es suficiente, sin estatuto, ni comité directivo, ni resolución u otra forma tangible, para alterar todo el imperio alemán [...]. Más aún, el movimiento internacional del proletariado americano y europeo ha llegado a ser, en este momento, tan poderoso que no sólo su forma primera y estrecha —la Liga secreta— sino también su segunda forma infinitamente más amplia —la Asociación Internacional de Trabajadores— se le ha convertido en obstáculo, ya que el simple sentimiento de solidaridad basado en la comprensión de la misma situación de clase, es suficiente para crear y mantener, entre los trabajadores de todos los países y de todas las lenguas, un único y mismo partido del proletariado» (en «Algunas palabras sobre la historia de la Liga de los Comunistas»).

Los estigmas del viejo mundo

El comunismo es hijo del capitalismo y sólo por él podía ser engendrado, y a pesar de ello, e incluso precisamente a causa de ello, ha de combatirlo y derrocarlo.

AMADEO BORDIGA

El viejo mundo tiene una lógica propia: en una fase de transición se conservan aún toda una serie de resabios, de «estigmas» del viejo mundo (como decía Marx). Sólo una vez realizada la abolición de la lógica del viejo mundo puede plantearse la realización de la auténtica sociedad comunista. La lógica del viejo mundo ha sido llevada a su punto límite con la sociedad capitalista y su implacable reino de la mercancía. La mercancía es aquella realidad cosificada a cuyo valor de uso se añade un valor de cambio, un precio; con ello,

el capitalismo finge que el intercambio y la compraventa no es una relación entre personas sino entre cosas, —una forma de fetichismo—, y fundamenta esta deformación de la realidad mediante la moneda, elemento de fetichización por excelencia. Se relaciona a cosas con cosas, a cosas con dinero, a dinero con cosas, se dejan en la sombra las relaciones entre personas, base real de relación.

Ya no es el hombre el creador de riqueza y de valor sino las cosas, sus productos, la mercancía, el valor de cambio en definitiva. En el reino de la mercancía se produce un fetichismo de la mercancía misma, de las relaciones de intercambio, del valor de cambio —y todo lo que, unido a él, fundamenta la Economía política burguesa—, del dinero, la moneda, el oro, el precio, el beneficio, el interés, el lucro, el capital, etc. Todo posible «comunismo primitivo» —o relación armónica del individuo con la colectividad en el seno de una comunidad-totalidad históricamente dada, antes de la división del trabajo, del trabajo social, de la sociedad en clases, de la propiedad privada, etc.— se hunde ante el impacto arrollador y expansivo de la mercancía y de su símbolo, la moneda. Se fomenta, además, el fetichismo jurídico en torno a las leyes para el ordenamiento y conservación de la propiedad privada de las «cosas». Y se ignora lógicamente —aunque los mismos economistas burgueses lo hayan descubierto— que el único creador de valor es el trabajo humano... El fetichismo jurídico no se limita a las leyes sino a la creación del Estado mismo, un Estado al servicio de la clase dominante —Estado que evoluciona de acuerdo con el desarrollo de la clase dominante—. El trabajo humano no sólo es ignorado sino cosificado, manipulado y enajenado dentro del marco de una alienación generalizada: se le atribuye categoría de cosa, con un precio (el salario), con un propietario que compra su trabajo creador de valor y expropia todo su excedente de producción bajo forma de plusvalía. Pero el hombre no está alienado sólo durante su tiempo de trabajo sino en toda su vida cotidiana en general, que implica:

- Unas alienaciones-frustraciones concretas: trabas a la apropiación del espacio-tiempo (en el trabajo, en la vivienda, en el urbanismo, transportes, horarios, etc.), trabas a la apropiación de la naturaleza y de su propia naturaleza —que implica cosas tan diversas como el trabajo creador, derecho a la pereza, sexo, etc.—, estructuras que consolidan tales trabas (economía, política, normas, leyes, etc.).
- Un todo alienado, la cotidianidad como situación alienada: la separación entre vida pública y vida privada —debida a una creciente «privatización» que se introduce en nuestras vidas—, la separación entre cotidianidad y ocio —entre vida cotidiana y fiesta—, la separación entre deseos y realidades —entre principio del placer y del desplacer, consiguientes repercusiones en el subconsciente, condicionamientos, etc.—, y una serie de cuestiones globales similares que condenan la vida cotidiana a una situación muy grave; la vida cotidiana, entendida en el sentido amplio del término no es como dicen algunos un terreno en el que pueda uno realizarse ni tampoco un terreno privilegiado de lucha, sino que se limita a ser un «terreno colonizado», fuente incesante de frustración y alienación.

El reino de la mercancía es el reino del valor de cambio, de las relaciones mercantiles, de la sociedad de clases, del Estado de clase (dominante), de la alienación especializada en el lugar de trabajo y de la alienación generalizada en toda nuestra vida cotidiana; esta sociedad no es la de fase de transición a otro modo de producción sino que se reproduce perpetuamente a sí misma. Hasta el día en que la rebeldía generalizada que provoca en todos su vida cotidiana alienada, unida a la lucha de clases que provoca en los lugares de trabajo una alienación mucho más especializada y profunda, estalle: aquel día se iniciará el camino hacia la sociedad comunista si se eliminan decididamente la lógica del valor de cambio y el Estado de clase destinado a proteger tal valor de cambio.

Si los mecanismos del reino de la mercancía no son destruídos, se reproducen. Por ello, puede decirse que la URSS, China, Cuba, etc. son capitalistas: en vez de plantear una auténtica dictadura del proletariado que fuera fase de transición en la que se eliminara al Estado, la moneda, el valor de cambio, la mercancía, los salarios, la alienación de la vida cotidiana —separada de la vida pública, de la fiesta, de la realización de los deseos—, la alienación en el trabajo —productivismo, etc.—, han dejado que los mecanismos del reino de la mercancía, amenazados ya de muerte, se reprodujeran, reproduciendo con ellos todo el viejo mundo, su cosificación-alienación, su no-apropiación, etc. La sociedad comunista del futuro, que integrará todo el actual progreso tecnológico —a diferencia de toda nostalgia hacia el «comunismo primitivo»— puede afirmarse rotundamente que no ha existido nunca pero que es la continuación lógica del capitalismo, a medida que se agudice en éste su contradicción fundamental entre la socialización de la producción y el carácter cada vez más privado de la apropiación, o sea entre los intereses del proletariado y de la burguesía.

Sociedad comunista

El comunismo como superación positiva de la propiedad privada, de esta alienación y separación del hombre de sí mismo, ha de ser pues la auténtica apropiación de la naturaleza humana por y para el hombre; es pues el retorno del hombre a sí mismo, retorno total, consciente y que mantiene toda la riqueza del desarrollo anterior [...]. Es por ello que todo el movimiento de la historia es el acto real del nacimiento del comunismo.

KARL MARX, 1844

En su alternativa programática al Socialismo de Estado de Lassalle, simple supervivencia de la mercancía y del capitalismo, Marx planteaba la auténtica sociedad comunista con estas palabras:

«Cuando el estrecho horizonte jurídico burgués pueda ser superado, la sociedad inscribirá sobre una bandera: de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades» (*Crítica del programa de Gotha*). Con estas simples palabras, Marx sugiere la abolición del valor de cambio, de la moneda, del viejo mundo de la mercancía: quedan claramente señaladas qué cosas deben abolirse cuando se supere «el estrecho horizonte jurídico burgués» que aún conservará sus residuos en la fase de transición al comunismo.

Aquí no se plantea, pues, ninguna profecía sobre una sociedad comunista que jamás ha existido, sobre su fecha, sobre sus detalles de aplicación, sobre su estilo; aquí no se plantea dogma ni programa alguno, sino que se exponen sólo los puntos clave para un giro total de la racionalidad burguesa, y sus repercusiones en el hombre y en la sociedad. Este giro total del viejo mundo ha de ser evidentemente fruto de una revolución que se auto-revolucione continuamente, de un permanente esfuerzo de imaginación, de una praxis radical hasta el fin; siguiendo el camino marcado por los estatutos de la primera Internacional: «La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos».

A la lógica del valor de cambio (intercambio, mercancía, alienación, actividades separadas-alienadas, abstracciones, etc.) vamos a sustituir, en la medida en que podamos expresarlo, la lógica del valor de uso, la lógica del «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades» de Marx. Este complejo proceso queda polarizado entre lo individual y lo colectivo, entre el pensamiento y la acción, entre lo público y lo privado, entre lo económico y lo político, etc. (una serie de divisiones que estamos acostumbrados a plantear pero que en esta sociedad futura no tendrían razón de ser). Estas implicaciones diversifican extraordinariamente nuestra temática, dejando una serie de temas apenas esbozados:

- Nivel económico: en la nueva sociedad comunista ha de haber sido abolida no sólo la mercancía sino la lógica de la mer-

cancia (el sistema de intercambio mismo que forma su núcleo fundamental) y sus consecuencias (el productivismo, la sociedad de consumo, etc.), ha de haber sido abolida la Moneda—su símbolo fetichista—y el propio Capital. En esta sociedad ha de reinar la creatividad, la abundancia, el derecho a la pereza, la obra, el estilo, la apropiación en definitiva del valor de uso sin valor de cambio. Dar a cada uno según sus necesidades y exigirle según sus capacidades es haber eliminado el valor de cambio en nombre de la implantación del valor de uso.

■ Nivel político: en la nueva sociedad comunista ha de haber sido abolido no sólo el Estado —«La sociedad relegará toda la máquina del Estado allí donde será a partir de entonces su verdadero lugar: en el museo de las antigüedades, al lado del torno de hilar y del hacha de bronce.» (Engels)— sino todo Poder y Autoridad —«la existencia del Estado y la de la esclavitud son inseparables» (Marx)—, no sólo los poderes sino la política misma —en tanto que actividad separada— y su base más profunda, el humanismo y la ideología. En esta sociedad del valor de uso ha de reinar únicamente la gestión-apropiación directa en vistas de la realización y la autenticidad tanto individual como colectiva; por «gestión-apropiación directa» queremos indicar que no se trata de una «actividad separada» sino que se inserta armónicamente en el marco inmediato de nuestra nueva vida cotidiana.

■ Nivel «cultural-ideológico»: en la nueva sociedad comunista han de haber sido abolidos no sólo el humanismo y la ideología, ya citados, sino la alienación generalizada y sus fundamentos (por una parte, la explotación del trabajo humano; por la otra, el espectáculo de la mercancía en la sociedad de consumo, y sus formas más disimuladas —la «cultura», el Arte, etc., como «actividades separadas»—, el fetichismo y la cosificación que el espectáculo provoca, los mitos, supersticiones, religión, moral,

etc. en tanto que formas de cristalización de dicha alienación generalizada).

En esta sociedad de la realización y autenticidad tanto individual como colectiva por medio de la gestión-apropiación directa, no ha de reinar ya más el «Hombre» abstracto sino los hombres concretos, múltiples y diversos; los «Derechos del hombre» son la satisfacción ficticia a necesidades reales nuestras y la justificación velada de la Propiedad privada, la familia, la moral, los «valores» de la civilización burguesa.

El hombre concreto no necesitará ya proyectar fuera de sí sus frustraciones y hallar falsas compensaciones en la Religión, la Cultura, la Política u otras «actividades separadas-alienadas», porque toda su Vida será regida por el Pensamiento—del que la ideología era sólo una forma cosificada e inerte, una caricatura sin vida—y por el Deseo, sin trabas ni represiones; la vida de estos hombres será toda ella arte, estilo, poesía, y por ello irá perdiendo sentido hablar de Arte, Política, etc. como actividades separadas de una vida cotidiana transformada.



¿QUÉ VENDEMOS?

¡¡NADA!!

¿QUÉ QUEREMOS?

¡¡TODO!!

El presente estudio no ha venido a vender mercancía adulterada en la feria de la ideología sino que ha puesto de manifiesto unas cuestiones fundamentales que no pueden eludirse. En la medida de lo posible las ha planteado como cuestiones aún en debate, ha presentado diversas opiniones sobre un mismo problema y ha tomado posición a partir de una serie de razonados argumentos. Sin embargo, resultaba inevitable el recurso a una serie de ideas generales extremadamente simples y debidamente interrelacionadas. Para que nadie pueda llamarse a engaño, vamos a tratar de resumir en unos puntos, estas ideas generales que presiden todo nuestro estudio:

- Consideramos alienada toda clase de actividad separada: el pensamiento, la cultura, el arte, la política, la vida cotidiana entendida como «vida privada» separada de la vida pública, el valor de cambio, el espectáculo de la mercancía, etc.
- Consideramos que el proyecto revolucionario es el intento de extirpar de raíz toda clase de alienación, con plena conciencia de que la alienación y la separación entre valor de uso y apropiación real tiene su más profunda raíz en la cosificación, el fetichismo, etc. inherentes en el reino de la mercancía; el capitalismo es el reino de la mercancía llevado a su punto límite, el grado máximo de cosificación y fetichismo, el estadio supremo de la alienación humana.

■ Para que el proyecto revolucionario no sea desviado ni recuperado por el viejo mundo de la mercancía, del valor de cambio, de la alienación, etc. debe adecuar sus medios al fin que se propone; no es que el fin no justifique los medios, sino que el fin juzga, en la práctica, a los medios. Ello implica:

- A nivel de pensamiento: no puede lucharse contra la alienación bajo formas alienadas (separadas, fetichistas, cosificadas...).
- A nivel político: no puede lucharse contra el capitalismo y todo el viejo mundo desde dentro del sistema.
- A nivel organizativo: para poder llegar a plantear realmente una etapa transitoria hacia el comunismo, hemos de ser fiel reflejo de la auténtica sociedad comunista, incluso organizativamente.

■ Las consecuencias de tales afirmaciones no son abstractas sino que se nos plantean a diario de forma muy concreta. En resumen:

- Rechazamos el reformismo, todo intento de luchar contra el sistema desde dentro del sistema.
- Rechazamos igualmente toda clase de grupúsculos, vanguardias, izquierdismos verbales, etc., en la medida que constituyen formas alienadas y recuperables de luchar contra la alienación y el viejo mundo.
- Rechazamos asimismo la constitución del pensamiento revolucionario en «especialización» o «actividad separada», en abierto desfase con el movimiento obrero real, desvinculado de su profunda problemática.
- No planteamos, en absoluto, una posición en la que el aporte de la obra de Marx sea «dogma»; nos limitamos a considerar más contundente el realizar una crítica del Estado, de la mercancía, de la alienación, etc. desde una reinterpretación.

ción de las auténticas posiciones de Marx y Engels, que no a partir de elementales e ineficaces posiciones anarquistas²⁸.

- Nos desentendemos por completo del capitalismo de Estado que, bajo el nombre de «socialismo» o «comunismo» detenta el poder no sólo de los Estados del bloque del Este sin excepción, sino también el de las burocracias político-sindicales occidentales.
- Sólo el movimiento internacional de los Consejos obreros puede emprender la lucha contra la alienación bajo formas no alienadas, la lucha contra el sistema, el planteamiento de formas organizativas adecuadas a los fines propuestos.
 - ▶ Tales son las formulaciones a que está llegando el movimiento obrero español —e internacional— a partir de las realidades de estos últimos años:
 - ▶ Enfrentamiento de la clase obrera con la CNS, tras la que se encubren sus dos obstáculos decisivos para lograr la emancipación total: el Estado y la burguesía.
 - ▶ Primero, los partidos y grupúsculos plantearon abiertamente una táctica plenamente desautorizada por los hechos, la de entrismo en la CNS; la clase tuvo que enfrentarse a los dirigentes y responsables de los partidos y grupúsculos monopolizadores de la lucha.
 - ▶ A continuación, la clase ha planteado su enfrentamiento radical con la CNS, oponiéndose a quienes lograron introducirse en la CNS en nombre de una estrategia equivocada —el entrismo— y, a consecuencia de ello se ha visto obligada a oponerse a los partidos y grupúsculos,

28. El MIL cae aquí en una división ideológica propia de la socialdemocracia que él mismo criticará después. Esta división se basa en la separación entre anarquismo y comunismo. Para nosotros en realidad ambos términos son formas de denominar al movimiento revolucionario del proletariado pese a que bajo esas etiquetas también se han ocultado —y se ocultan— fuerzas que nada tienen que ver con ese movimiento.

en vez de reducir su oposición a los dirigentes burocráticos de dichos grupos.

- ▶ Planteamiento de nuevas formas de lucha de la clase, no sólo contra la CNS sino directamente contra la burguesía. Los sectores-punta de la industria son los más directamente concernidos: no se trata de una lucha a la defensiva, sino todo lo contrario.

- ▶ El desfase entre los partidos y grupúsculos monopolizadores de la lucha con respecto a la lucha real se hace evidente de nuevo con motivo de las elecciones sindicales de 1971: unos preconizan de nuevo el entrismo para mantener y aumentar los cuadros introducidos en la CNS, otros tratan de plantear la participación en las elecciones sindicales con un entrismo más mistificador, intentando crear un «movimiento de masas» semejante al de 1966, sin tener en cuenta para nada las decisivas experiencias de lucha contra la CNS y los avances organizativos autónomos de la clase.

- ▶ Pese al desarrollo desigual del capitalismo español, las nuevas formas organizativas del proletariado que surgen en toda España convergen espontáneamente en una misma estrategia de conjunto: es precisamente cuando han estallado todos los organismos centralizadores y burocráticos, cuando dicha convergencia real se hace de forma absolutamente espontánea; frente a estas perspectivas de conjunto que plantea el movimiento autónomo y a menudo espontáneo de la clase, el deplorable espectáculo de unos partidos y grupúsculos que carecen de toda visión de conjunto y se limitan a vegetar en un marco reducidamente provinciano, confirma el carácter irreversible del desfase entre unos y otros: entre el movimiento obrero real y las pretendidas «vanguardias».

- ▶ Este desfase, unido a esta convergencia de perspectivas en los más diversos puntos de España, se sitúa en el

marco de la internacionalización creciente de las luchas que plantea repetidamente la clase obrera española.

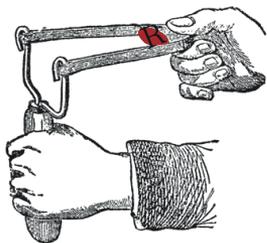
► La desautorización de los viejos esquemas, el nivel fácilmente constatable de desmistificación creciente del movimiento obrero real en España, de nuestras condiciones concretas de lucha hoy, plantea la exigencia de nuevas formulaciones en torno a su estrategia, a sus tareas inmediatas y al renacer del pensamiento revolucionario.

En el marco general de esta renovación radical, tanto del pensamiento revolucionario como del movimiento obrero mismo, y dentro del reciente renacer del pensamiento comunista tras la árida etapa del bolchevismo-estalinismo, se sitúa nuestro estudio que plantea unas exigencias mínimas sobre la actividad revolucionaria:

- Sólo hay actos revolucionarios en la medida en que se plantean en el contexto de una revolución total: la del comunismo.
- La auténtica revolución se plantea como una lucha de alcance internacional.
- La lucha de clases tiende a formas más autónomas que se integran en el movimiento internacional de los consejos obreros.
- El auténtico pensamiento comunista ha sido largo tiempo encarcelado y falsificado. La renovación del pensamiento comunista implica una renovación de la praxis. El comunismo está en la vida.
- Frente a las organizaciones separadas-alienadas de la lucha de clases, el proletariado necesita poner en pie la organización revolucionaria de la clase que le permita realizar la apropiación de su propia lucha de clases.

El contexto en el que se escribe este texto no sólo evidencia la crisis social del capitalismo en las décadas de 1960 y 1970 sino el estado de quiebra de una de las ideologías socialdemócratas más nefastas de la historia: el leninismo. Así, mientras se generalizaban las luchas y rupturas de clase en todo el mundo, los partidos autodenominados «comunistas» adquirirían un descrédito generalizado. Cada vez estaba más claro en todas partes el papel que jugaban los países del Este en la represión mundial de las luchas proletarias. Toda una serie de apoyos críticos tomaban fuerza para destruir la ruptura (trotskismo, maoísmo, guevarismo...) y afirmar la reforma. En todo este contexto, *Revolución hasta el fin* arroja luz colocándose en la línea histórica de la praxis revolucionaria, intentando ahondar en la ruptura programática entre la práctica revolucionaria del proletariado y las expresiones burguesas que tratan de reprimirla y atraparla en el lazo socialdemócrata.

Las posiciones desarrolladas en la obra en relación con la mercancía, la socialdemocracia, el proletariado, la crisis capitalista, la ideología, la revolución y sus tareas, el comunismo... se inscriben en los esfuerzos del proletariado por retomar las posiciones históricas de la revolución. El MIL fue, ante todo, eso, y *Revolución hasta el fin* es una de las formas bajo las que materializó y nos transmitió ese esfuerzo que sigue siendo en la actualidad una necesidad ineludible. Sólo por ello, este texto merece salir de la oscuridad.



ISBN 978-84-948884-2-7



Reapropiación
EDICIONES